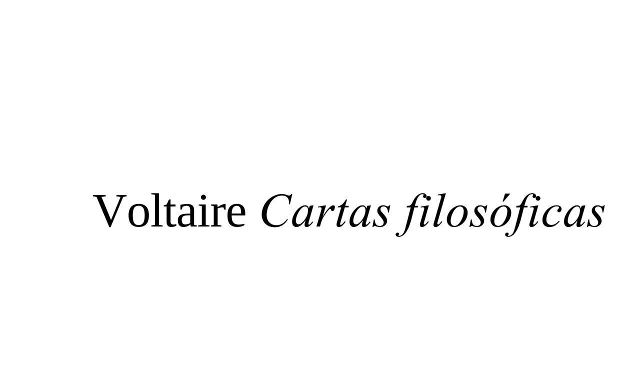


Voltaire *Cartas filosóficas*

ÍNDICE

PRIMERA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

He creído que la doctrina y la historia de un pueblo tan extraordinario merecerían la curiosidad de un hombre razonable. Para instruirme, he ido a encontrar a uno de los más célebres cuáqueros de Inglaterra, quien, después de haber estado treinta años en el comercio, había sabido poner límites a su fortuna y a sus deseos, y se había retirado a un lugar en el campo cerca de Londres. Fui a buscarle a su retiro; era una casa pequeña, pero bien construida, llena de limpieza sin ornamento. El cuáquero era un viejo vigoroso que nunca había estado enfermo, porque jamás había conocido las pasiones ni la intemperancia: nunca en mi vida he visto un aire más noble ni más atractivo que el suyo. Estaba vestido, como todos los de su religión, de un traje sin pliegues a los lados y sin botones sobre los bolsillos ni en las mangas, y llevaba un gran sombrero de alas abatidas, como nuestros eclesiásticos; me recibió con el sombrero en la cabeza, y avanzó hacia mí sin la menor inclinación de su cuerpo; pero había más cortesía en el aire abierto y humano de su rostro que la que hay en el uso de echar una pierna tras la otra y llevar en la mano lo que está hecho para cubrir la cabeza. «Amigo, me dijo, veo que eres un extranjero; si puedo serte de alguna utilidad no tienes más que hablar. —Señor, le dije, inclinando el cuerpo y deslizando un pie hacia él, según nuestra costumbre, me honro en suponer que mi justa curiosidad no os desagradará, y que querréis hacerme el honor de instruirme en vuestra religión. —Las gentes de tu país, me respondió, hacen demasiados cumplidos y reverencias; pero no he visto todavía ninguno que tenga la misma curiosidad que tú. Entra, y cenemos juntos primero.» Hice todavía algunos malos cumplidos, porque no se deshace uno de sus costumbres de repente; y, tras una comida sana y frugal, que comenzó y acabó con una oración a Dios, me puse a interrogar a mi hombre. Comencé por la pregunta que los buenos católicos han hecho más de una vez a los hugonotes: «Mi querido señor, le dije, ¿está usted bautizado? —No, me respondió el cuáquero, y mis cofrades tampoco lo están. —¿Cómo, pardiez, proseguí yo, no sois acaso cristianos? —Hijo mío, repuso con tono dulce, no jures; somos cristianos e intentamos ser buenos cristianos pero no creemos que el cristianismo consista en echar agua fría sobre la cabeza con un poco de sal. — ¡Eh, voto a bríos! , proseguí yo, molesto por esta impiedad, ¿habéis pues olvidado que Jesucristo fue bautizado por Juan? —Amigo, nada de juramentos, insisto, dijo el bondadoso cuáquero. Cristo recibió el bautizo de Juan, pero Él no bautizó nunca a nadie; nosotros no somos los discípulos de Juan, sino de Cristo. —¡Ay!, dije, ¡qué pronto os quemarían en un país con Inquisición, pobre hombre! ... ¡Ah, por el amor de Dios, ojalá pueda

yo bautizaros y haceros cristiano! —Si sólo eso fuera preciso para condescender a tu debilidad, lo haríamos gustosos, repuso gravemente; nosotros no condenamos a nadie por utilizar la ceremonia del bautismo, pero creemos que los que profesan una religión plenamente santa y espiritual deben abstenerse, en tanto puedan, de las ceremonias judaicas. —¡Esa sí que es buena!, grité. ¡Ceremonias judaicas! —Si, hijo mío, continuó él, y tan judaicas que bastantes judíos todavía hoy usan a veces el bautismo de Juan. Consulta la Antigüedad; te enseñará que Juan no hizo más que renovar esta práctica, que era usual desde mucho antes entre los hebreos, como la peregrinación a la Meca lo era entre los ismaelitas. Jesús quiso recibir el bautismo de Juan, lo mismo que se había sometido a la circuncisión; pero, tanto la circuncisión como el lavamiento con agua debían ser ambos abolidos por el Bautismo de Cristo, ese Bautismo espiritual, esa ablución del alma que salva a los hombres. También el precursor Juan decía: *Yo os bautizo en verdad con agua, pero otro vendrá después de mí, de quien no soy digno de llevar las sandalias; ese os bautizará con el fuego y el Espíritu Santo*. También él gran apóstol de los gentiles, Pablo, escribe a los Corintios: *Cristo no me ha enviado para bautizar sino para predicar el Evangelio*, también ese mismo Pablo no bautizó nunca con agua más que a dos personas, y aún fue a regañadientes; circuncidó a su discípulo Timoteo; los otros apóstoles circuncidaban a todos los que querían. ¿Estás circuncidado?, añadió. Le respondí que no tenía ese gusto. «Pues bien, amigo, dijo, tú eres cristiano sin estar circuncidado y yo, sin estar bautizado.»

Así es como mi santo hombre abusaba bastante especiosamente de tres o cuatro pasajes de las Sagradas Escrituras que parecían favorecer a su secta; pero olvidaba con la mejor buena fe un centenar de pasajes que la aplastaban. Me guardé muy mucho de contestarle; no hay nada que ganar con un entusiasta: no hay que empeñarse en decirle a un hombre los defectos de su amante, ni a un querellante la debilidad de su causa ni razones a un iluminado; así que pasé a otras preguntas. «Respecto a la comunión ¿qué usos tenéis? —No tenemos ningún uso, dijo —¡Qué! ¿No tenéis comunión? —No, salvo la de los corazones.» Entonces me citó de nuevo las Escrituras. Me echó un sermón muy bonito contra la comunión, y me habló en un tono inspirado para probarme que todos los sacramentos eran todos de invención humana, y que la palabra sacramento no se encuentra ni una sola vez en el Evangelio. «Perdona, dijo, mi ignorancia, no te he dado ni la centésima parte de las pruebas de mi religión; pero puedes encontrarlas en la exposición de nuestra fe por Robert Barclay: es uno de los mejores libros que jamás hayan salido de mano de los hombres. Nuestros enemigos concuerdan en que es muy peligroso, lo que prueba cuán razonable es». Le prometí leer ese libro y mi cuáquero me creyó ya convertido.

A continuación me explicó en pocas palabras algunas singularidades que exponen esta secta al desprecio de los otros. «Confiesa —dijo— que has tenido dificultad en no reírte cuando he respondido a todas tus cortesías con el sombrero en la cabeza y tuteándote; sin embargo, me pareces demasiado instruido para

ignorar que en el tiempo de Cristo ninguna nación caía en el ridículo de substituir el singular por el plural. Decían a César Augusto: *te amo, te ruego, te agradezco*; ni siquiera soportaba que se le llamase Señor, *Dominus*. Sólo mucho después de él los hombres comenzaron a hacerse llamar vos en lugar de tú, como si fuesen dobles, y a usurpar los títulos impertinentes de Grandeza, de Eminencia, de Santidad, que unos gusanos dan a otros gusanos, asegurándoles que son, con un profundo respeto y una falsedad infame, sus muy humildes y obedientes servidores. Para salvaguardarnos de ese indigno comercio de mentiras y de halagos, tuteamos igualmente a los reyes y a los zapateros, no saludamos a nadie y no tenemos por los hombres más que caridad y respeto sólo por las leyes.»

«Llevamos también un traje un poco diferente al de los otros hombres, a fin de que sea para nosotros una advertencia continua de que no debemos parecernos a ellos. Los otros llevan las marcas de sus dignidades, y nosotros, las de la humildad cristiana; huimos las reuniones de placer, los espectáculos, el juego; pues seríamos muy de compadecer si llenásemos con esas bagatelas los corazones que Dios debe habitar; nunca hacemos juramentos, ni siquiera ante la justicia; pensamos que el nombre del Altísimo no debe prostituirse en las disputas miserables de los hombres. Cuando es preciso que comparezcamos ante los magistrados para los asuntos de los otros (pues nosotros nunca tenemos procesos), afirmamos la verdad con un *sí* o un *no*, y los jueces nos creen simplemente bajo palabra, mientras que tantos cristianos perjuran sobre el Evangelio. Nunca vamos a la guerra; no es que temamos a la muerte, por el contrario, bendecimos el momento que nos une al Ser de los seres; pero resulta que no somos ni lobos, ni tigres, ni dogos, sino hombres, sino cristianos. Nuestro Señor, que nos ha ordenado amar a nuestros enemigos y sufrir sin protestar, no quiere sin duda que crucemos el mar para ir a degollar a nuestros hermanos, porque asesinos vestidos de rojo, con un gorro de dos pies de alto, enrolan a los ciudadanos haciendo ruido con dos palitos sobre una piel de asno bien tensa; y cuando, tras batallas ganadas todo Londres brilla con iluminaciones, el cielo está inflamado de cohetes, el aire resuena con el ruido de las acciones de gracias, de las campanas, de los órganos, de los cañones, gemimos en silencio por estos crímenes que causan la alegría pública».

SEGUNDA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Tal fue más o menos la conversación que tuve con este hombre singular; pero tuve ocasión de sorprenderme mucho más cuando, el domingo siguiente, me llevó a la iglesia de los cuáqueros. Tienen varias capillas en Londres; aquélla a la que yo iba estaba cerca de ese famoso pilar llamado el *Monumento*. Estaban ya reunidos cuando entré con mi guía. Había alrededor de cuatrocientos hombres en la iglesia, y trescientas mujeres: las mujeres se ocultaban el rostro con su abanico; los hombres estaban cubiertos con sus anchos sombreros; todos estaban sentados, todos en un profundo silencio. Pasé entre ellos sin que ni uno levantase los ojos hacia mí. Este silencio duró un cuarto de hora. Al fin, uno de ellos se levantó, se quitó su sombrero, y, después de ciertas muecas y ciertos suspiros, profirió, mitad con la boca y mitad con la nariz, un galimatías que él creía sacado del Evangelio, en el que ni él ni nadie entendía nada. Cuando ese contorsionista hubo acabado su precioso monólogo, y la asamblea se hubo separado completamente edificada y completamente estúpida, pregunté a mi hombre por qué los más sabios de entre ellos soportan semejantes tonterías. «Estamos obligados a tolerarlas, me dijo, porque no podemos saber si un hombre que se levanta para hablar estará inspirado por el espíritu o por la locura; en la duda, lo escuchamos todo pacientemente, permitimos hablar incluso a las mujeres. A veces dos o tres de nuestras devotas se encuentran inspiradas a la vez, y entonces se arma un buen jaleo en la casa del Señor. —¿Entonces no tenéis sacerdotes?, le dije —No, amigo mío, me dijo el cuáquero, y nos encontramos muy bien así. No quiera Dios que nos atrevamos a ordenar a alguien recibir al Espíritu Santo el domingo, con exclusión de los restantes fieles. Gracias al Cielo, somos los únicos en la tierra que no tenemos sacerdotes. ¿Quisieras quitarnos una distinción tan feliz? ¿Por qué entregaríamos nuestro hijo a nodrizas mercenarias, cuando tenemos leche que darle? Esas mercenarias dominarían pronto en casa Y oprimirían a la madre y al hijo. Dios ha dicho: *Habéis recibido gratis, dad gratis*. ¿Vamos después de esta frase a mercadear con el Evangelio, a vender al Espíritu Santo, y hacer de una asamblea de cristianos una tienda de mercaderes? Nosotros no damos dinero a hombres vestidos de negro por asistir a nuestros pobres, enterrar a nuestros muertos, predicar a los fieles; esos santos empleos nos son demasiado queridos para descargarlos sobre otros.

—Pero, ¿cómo podéis discernir, insistí, si es el Espíritu de Dios el que os anima en vuestros discursos? —Cualquiera, dijo él, que ruegue a Dios para que lo ilumine, y que anuncie las verdades evangélicas que sienta, ese puede estar seguro de que Dios le inspira». Entonces me abrumó con citas de la Escritura que demostraban,

según él, que no hay cristianismo sin una revelación inmediata, y añadió estas palabras notables: «Cuando haces mover uno de tus miembros, ¿acaso es tu propia fuerza la que lo mueve? No, sin duda, pues ese miembro tiene frecuentemente movimientos involuntarios. Es, pues, quien ha creado tu cuerpo el que mueve ese cuerpo de tierra. Y las ideas que recibe tu alma, ¿eres tú quien las forma? Aún menos, pues vienen pese a ti. Es pues el Creador de tu alma quien te da tus ideas; pero, como ha dejado a tu corazón libertad, da a tu espíritu las ideas que tu corazón merece; vives en Dios, actúas, piensas en Dios; no tienes, pues, más que abrir los ojos a esa luz que ilumina a todos los hombres; entonces verás la verdad, y la harás ver. —¡Eh, aquí tenemos al padre Malebranche puro y nudo!, grité yo. —Conozco a tu Malebranche, dijo él; era un poco cuáquero, pero no lo bastante». Estas son las cosas más importantes que he aprendido en lo tocante a la doctrina de los cuáqueros. En la próxima carta tendréis su historia, que encontraréis aún más singular que su doctrina.

TERCERA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Ya habéis visto que los cuáqueros fechan a partir de Jesucristo, que fue, según ellos, el primer cuáquero. La religión, dicen, se corrompió casi inmediatamente después de su muerte y permaneció en esa corrupción alrededor de mil seiscientos años; pero había siempre algunos cuáqueros ocultos en el mundo, que se cuidaban de conservar el fuego sagrado apagado en todos los demás sitios, hasta que al fin esta luz se extendió en Inglaterra en el año 1642.

En el tiempo en que tres o cuatro sectas desgarraban Gran Bretaña con guerras civiles emprendidas en nombre de Dios, un tal Georges Fox, del condado de Leicester, hijo de un obrero de la seda, se dedicó a predicar como un verdadero apóstol, según él mismo pretendía, es decir, sin saber leer ni escribir; era un joven de veinticinco años, costumbres irreprochables, y santamente loco. Estaba vestido de cuero de los pies a la cabeza; iba de pueblo en pueblo, gritando contra la guerra y contra los clérigos. Si no hubiese predicado más que contra las gentes de guerra, no hubiera habido nada que temer; pero atacaba a las gentes de la Iglesia: pronto fue encarcelado. Se le llevó a Derby ante el juez de paz. Fox se presentó ante el juez con su gorro de cuero en la cabeza. Un sargento le dio un gran cachete, diciéndole: «Bribón, ¿acaso no sabes que hay que comparecer ante el Señor Juez con la cabeza descubierta?». Fox puso la otra mejilla y rogó al sargento que quisiera darle otro cachete por amor de Dios. El juez de Derby quiso hacerle prestar juramento antes de interrogarle. «Sabe, amigo mío, le dijo al juez, que nunca tomo el nombre de Dios en vano». El juez, viendo que este hombre le tuteaba, le envió al manicomio de Derby para que fuese azotado. Georges Fox fue, alabando a Dios, al hospital de los locos, donde no dejaron de ejecutar rigurosamente la sentencia del juez. Los que le infligieron la penitencia del látigo quedaron muy sorprendidos cuando les rogó que le aplicasen todavía unos cuantos vergajazos más por el bien de su alma. Esos señores no se hicieron de rogar; Fox tuvo su doble dosis, por lo que les dio las gracias muy cordialmente. Se puso a predicarles; primero se rieron de él, luego le escucharon; y, como el entusiasmo es una enfermedad que se contagia, varios quedaron persuadidos, y los que le habían azotado se convirtieron en sus primeros discípulos.

Liberado de su prisión, corrió a los campos con una docena de prosélitos, predicando siempre contra los clérigos, y azotado de vez en cuando. Un día, estando en la picota, arengó a todo el mundo con tanta fuerza que convirtió a una cincuentena de auditores y puso a los demás tan a su favor que le sacaron tumultosamente del agujero en que estaba; fueron a buscar al cura anglicano cuyo crédito había hecho condenar al Fox al suplicio, y le pusieron a su vez en la picota.

Voltaire *Cartas filosóficas*

Se atrevió a convertir a unos cuantos soldados de Cronwell, que abandonaron el oficio de las armas y rehusaron prestar juramento. Cronwell no quería una secta en la que no luchaban, lo mismo que Sixto Quinto no auguraba nada bueno a una secta *dove non si chiavava*. Se sirvió de su poder para perseguir a estos recién llegados, las prisiones se llenaban de ellos; pero las persecuciones no sirven casi nunca más que para hacer prosélitos: salían de las prisiones reafirmados en su creencia y seguidos de sus carceleros, a los que habían convertido. Pero he aquí lo que más contribuyó a extender la secta, Fox se creía inspirado. Creyó, en consecuencia, deber hablar de una manera diferente a la de los otros hombres; se puso a temblar, a hacer contorsiones y muecas, a retener su aliento, a expulsarlo con violencia; la sacerdotisa de Delfos no lo habría hecho mejor. En poco tiempo adquirió un gran hábito de inspiración, y pronto ya no estuvo a su alcance el hablar de otra manera. Este fue el primer don que comunicó a sus discípulos. Estos hicieron voluntariosamente todas las muecas de su maestro; temblaban con todas sus fuerzas en el momento de la inspiración. De ahí tomaron el nombre de cuáqueros (*quakers*) que significa *tembladores*. La gente menuda se divertía imitándolos. Temblaban, hablaban con la nariz, tenían convulsiones y se creían poseídos por el Espíritu Santo. Les hacían falta algunos milagros y los hicieron.

El Patriarca Fox dijo públicamente a un juez de paz, en presencia de una gran asamblea: «Amigo, cuídate; pronto te castigará Dios por perseguir a los santos». Este juez era un borracho que bebía todos los días demasiada mala cerveza y aguardiente; murió de apoplejía dos días después, precisamente según venía de firmaruna orden para enviar a unos cuantos cuáqueros a prisión. Esta muerte súbita no fue atribuida a la intemperancia del juez; todo el mundo la miró como un efecto de las predicciones del santo.

Esta muerte hizo más cuáqueros de lo que mil sermones y otras tantas convulsiones hubieran podido lograr. Cronwell, viendo que su número aumentaba todos los días, quiso atraerles a su partido: les hizo ofrecer dinero, pero fueron incorruptibles; y dijo un día que esta religión era la única contra la que no había podido prevalecer con guineas.

Fueron a veces perseguidos bajo Carlos II, no por su religión, sino por no querer pagar sus diezmos a los clérigos, por tutear a los magistrados, y por negarse a prestar los juramentos prescritos por la ley.

Finalmente Roberto Barclay, escocés, presentó al rey, en 1675, su *Apología de los Cuáqueros*, obra tan buena como podía serlo en su género. La Epístola Dedicatoria a Carlos II contiene, no bajas adulaciones, sino verdades audaces y consejos justos.

> «Has probado, le dice a Carlos al final de este Epístola, la dulzura y la amargura, la prosperidad y las mayores desdichas; has sido expulsado del país en el que reinas; has sentido el peso de la opresión y debes saber cuán detestable es el opresor ante Dios y ante los hombres. Que si, tras tantas

pruebas y bendiciones, tu corazón se endureciese y olvidase al Dios que se ha acordado de ti en tus desgracias, tu crimen sería mayor y tu condena más terrible. En lugar, pues, de escuchar a los aduladores de tu corte, escucha la voz de tu conciencia, que no te adulará jamás. Soy tu fiel amigo y súbdito BARCLAY» ".

Lo que es más asombroso es que esta carta, escrita a un rey por un particular oscuro, tuvo su efecto y la persecución cesó.

CUARTA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Más o menos por ese tiempo apareció el ilustre Guillermo Penn, que estableció el poder de los cuáqueros en América, y que les hubiera hecho respetables en Europa, si los hombres pudiesen respetar la virtud bajo apariencias ridículas; era hijo único del caballero Penn, Vicealmirante de Inglaterra y favorito del duque de York, desde Jacobo II.

Guillermo Penn, a la edad de quince años, encontró un cuáquero en Oxford, donde hacía sus estudios; ese cuáquero le persuadió, y el joven, que era vivo, y de natural elocuente, y que tenía nobleza en su fisonomía y en sus maneras, ganó pronto a algunos de sus camaradas. Estableció sin ser notado una Sociedad de jóvenes Cuáqueros, que se reunían en su casa; de tal suerte que se encontró siendo jefe de secta a la edad de dieciséis años.

De vuelta a casa de su padre el Vicealmirante al salir del Colegio, en lugar de postrarse de rodillas delante de él y de pedirle su bendición, según el uso de los ingleses, le abordó con el sombrero en la cabeza, y le dijo: «Amigo, me alegro mucho de verte bueno». El Vicealmirante creyó que su hijo se había vuelto loco; pronto se dio cuenta de que era cuáquero. Puso en práctica todos los medios que la prudencia humana puede emplear para decidirle a vivir como otro cualquiera; el joven sólo respondió a su padre exhortándole a que él también se hiciera cuáquero.

Finalmente el padre se avino a no pedirle otra cosa sino que fuese a ver al Rey y al Duque de York con el sombrero bajo el brazo y que no les tutease. Guillermo respondió que su conciencia no se lo permitía y el padre, indignado y presa de desesperación, le echó de su casa. El joven Penn agradeció a Dios lo que sufría ya por su causa; se fue a predicar a la ciudad, donde hizo muchos prosélitos.

En los sermones de los ministros había cada día más claros; y como Penn era joven, hermoso y bien hecho, las mujeres de la Corte y la villa acudían devotamente para oírle. El patriarca Georges Fox vino del fondo de Inglaterra a verle a Londres por su reputación; los dos resolvieron irse a misionar en países extranjeros. Se embarcaron para Holanda, después de haber dejado obreros en número suficiente para cuidar la viña de Londres. Sus trabajos tuvieron un feliz éxito en Amsterdam; pero lo que les hizo más honor y lo que puso más en peligro su humildad, fue la recepción que les hizo la Princesa Palatina Elizabeth, tía de Jorge I, rey de Inglaterra, mujer ilustre por su espíritu y por su saber, y a la que Descartes había dedicado su novela de filosofía.

Vivía ella entonces retirada en La Haya, donde vio a esos *amigos*, pues así es como llamaban entonces a los cuáqueros en Holanda; tuvo varias conferencias con ellos, predicaron a menudo en su casa y, si no hicieron de ella una perfecta

cuáquera, confesaron por lo menos que no estaba lejos del reino de los cielos.

Los amigos sembraron también en Alemania, pero recogieron poco. No gustó mucho la moda de tutear, en un país donde siempre hace falta tener en la boca los términos de Alteza y de Excelencia. Penn volvió pronto a Inglaterra, al tener noticia de la enfermedad de su padre; llegó a recoger su último suspiro. El Vicealmirante se reconcilió con él y le abrazó con ternura, aunque fuese de una religión diferente; Guillermo le exhortó en vano a no recibir los últimos sacramentos y a morir cuáquero; y el viejo buen hombre recomendó inútilmente a Guillermo llevar botones en sus mangas y plumas de ganso en su sombrero.

Guillermo heredó grandes bienes, entre los que se encontraban deudas de la Corona, por adelantos hechos por el Vicealmirante en expediciones marítimas. Nada era menos seguro entonces que el dinero debido por el rey; Penn se vio obligado a ir a tutear más de una vez a Carlos II y a sus ministros, para conseguir su pago. El gobierno le dio, en 1680, en lugar de dinero, la propiedad y la soberanía de una provincia de América, al sur de Maryland: aquí tenemos a un cuáquero hecho soberano. Partió para sus nuevos estados con dos barcos cargados de cuáqueros que le siguieron. Se llama desde entonces al país *Pennsilvania*, por el nombre de *Penn*. Allí fundó la ciudad de *Filadelfia*, que hoy es muy floreciente. Comenzó por hacer una liga con sus vecinos americanos. Es el único tratado entre esos pueblos y los cristianos que no haya sido jurado y que no haya sido roto. El nuevo soberano fue también el legislador de Pennsilvania; dio leyes muy sabias, ninguna de las cuales ha sido modificada desde entonces. La primera es no maltratar a nadie con motivo de su religión, y mirar como hermanos a todos los que creen en un Dios.

Apenas hubo establecido su gobierno cuando varios mercaderes de América vinieron a poblar esa colonia. Los naturales del país, en lugar de huir a los bosques, se conciliaron insensiblemente con los pacíficos cuáqueros: tanto como detestaban a los otros cristianos conquistadores y destructores de América, amaban a estos recién llegados. En poco tiempo, gran número de esos pretendidos salvajes, encantados por la mansedumbre de sus vecinos, fueron en masa a pedir a Guillermo Penn que los recibiera como vasallos suyos. Era un espectáculo completamente nuevo, ese soberano al que todo el mundo tuteaba, y a quien se hablaba sin descubrirse uno, un gobierno sin sacerdotes, un pueblo sin armas, ciudadanos completamente iguales, semejantes a la Magistratura, y vecinos sin envidias.

Guillermo Penn podía gloriarse de haber traído a este mundo la edad de oro de la que tanto se habla, y que probablemente no ha existido más que en Pennsilvania. Volvió éste a Inglaterra por asuntos de su nuevo país, a la muerte de Carlos II. El rey Jacobo, que había amado a su padre, tuvo el mismo afecto por el hijo, y no le consideró como un secretario oscuro sino como un muy gran hombre. La política del rey coincidía en esto con sus gustos; deseaba halagar a los cuáqueros aboliendo las leyes hechas contra los no-conformistas, a fin de poder introducir la religión católica a favor de esta libertad. Todas las sectas de Inglaterra vieron la trampa y no se dejaron coger en ella; siempre están unidas contra el catolicismo, su

enemigo común. Pero Penn no creyó deber renunciar a sus principios para favorecer a los protestantes que le odiaban, contra un rey que le amaba. Había establecido la libertad de conciencia en América; no quería parecer intentar destruirla en Europa; permaneció pues fiel a Jacobo II, hasta el punto de que fue generalmente acusado de ser jesuita. Esta calumnia le entristeció sensiblemente; se vio obligado a justificarse con escritos públicos. Sin embargo, el desdichado Jacobo II, que como casi todos los Estuardos era una mezcla de grandeza y debilidad, que como ellos hizo demasiado y demasiado poco, perdió su reino sin que pudiera decirse como sucedió la cosa.

Todas las sectas inglesas recibieron de Guillermo II y de su Parlamento esa misma libertad que no habían querido obtener de manos de Jacobo II. Fue entonces cuando los cuáqueros comenzaron a gozar, por la fuerza de las leyes, de todos los privilegios de los que están hoy en día en posesión. Penn, después de haber visto finalmente su secta establecida sin disputa en el país de su nacimiento, volvió a Pennsilvania. Los suyos y los americanos le recibieron con lágrimas de alegría como a un padre que volvía a ver a sus hijos. Todas sus leyes habían sido religiosamente observadas durante su ausencia, lo que no le había ocurrido a ningún legislador antes de él. Permaneció varios años en Filadelfia; partió finalmente a su pesar para ir a solicitar a Londres nuevas ventajas en favor del comercio de los pennsilvanos; vivió a partir de entonces en Londres hasta una extrema vejez, considerado como el jefe de un pueblo y de una religión. No murió hasta 1718.

Se conservó a sus descendientes la propiedad y el gobierno de Pennsilvania, y ellos vendieron al rey el gobierno por doce mil piezas de oro. Los asuntos del rey sólo le permitieron pagar mil. Un lector francés creerá quizá que el ministro pagó el resto en promesas y se apoderó de todos modos del gobierno: nada de eso; como la Corona no había podido satisfacer en el tiempo marcado el pago de la suma completa, el contrato fue declarado nulo y la familia de Penn recuperó sus derechos.

No puedo adivinar cuál será la suerte de la religión de los cuáqueros en América; pero veo que se depaupera diariamente en Londres. En todo país la religión dominante, cuando no persigue, acaba a la larga por absorber a todas las otras. Los cuáqueros no pueden ser miembros del Parlamento, ni poseer ningún oficio, porque habría que prestar juramento y ellos no quieren jurar. Se ven reducidos a la necesidad de ganar dinero por medio del comercio; sus hijos, enriquecidos por la industria de sus padres, quieren gozar, tener honores, botones y bocamangas; se avergüenzan de ser llamados cuáqueros y se hacen protestantes para estar a la moda.

QUINTA CARTA

SOBRE LA RELIGIÓN ANGLICANA

Este es el país de las sectas. Un inglés, como hombre libre, va al Cielo por el camino que más le acomoda.

Sin embargo, aunque cada uno puede aquí servir a Dios a su modo, su verdadera religión, aquella en la que se hace fortuna, es la secta de los episcopalianos, llamada la Iglesia Anglicana, o la Iglesia por excelencia. No se puede tener empleo, ni en Inglaterra ni en Irlanda, sin figurar en el número de los fieles anglicanos; esta razón, que es una excelente prueba, ha convertido a tantos inconformistas, que hoy no hay ni la veinteava parte de la nación que esté fuera del redil de la iglesia dominante.

Los clérigos anglicanos han conservado muchas de las ceremonias católicas, y sobre todo la de recibir los diezmos con una atención muy escrupulosa. Tienen también la piadosa ambición de ser los amos.

Además, fomentan todo lo que pueden entre sus fieles un santo celo contra los inconformistas. Ese celo era bastante vivo bajo el gobierno de los tories, en los últimos años de la reina Ana; pero no iba más allá de romper a veces los cristales de las capillas heréticas; pues el furor de las sectas ha acabado en Inglaterra con las guerras civiles, y ya no quedaba, bajo la reina Ana, más que los ruidos sordos de un mar aún agitado mucho tiempo después de la tempestad. Cuando los whigs y los tories desgarraron su país, como antaño los güelfos y los gibelinos, fue preciso que la religión entrase en los partidos. Los tories estaban por el episcopado; los whigs lo querían abolir, pero se han contentado con rebajarlo cuando han sido los amos.

En los tiempos en que el conde Harley de Oxford y milord Bolingbroke hacían beber a la salud de los tories, la iglesia anglicana los miraba como los defensores de sus santos privilegios. La asamblea del bajo clericato, que es una especie de Cámara de los comunes compuesta de eclesiásticos, tenía entonces algún crédito; gozaba al menos de la libertad de reunirse, de razonar en controversia y de hacer quemar de vez en cuando algunos libros impíos, es decir, escritos contra ella. El ministerio, que hoy es whig, lo único que no permite a esos señores es tener su asamblea; están reducidos, en la oscuridad de su parroquia, al triste empleo de rezar a Dios por el gobierno, al que no les molestaría perturbar. En cuanto a los obispos, que son veintiséis en total, tienen su asiento en la Cámara Alta a despecho de los whigs, porque el viejo abuso de considerarles como barones subsiste todavía; pero no tienen más poder en la Cámara que el que los duques y pares tienen en el Parlamento de París. Hay una cláusula en el juramento que se presta al Estado, destinada a poner a prueba la paciencia cristiana de estos señores.

En ella se promete pertenecer a la Iglesia tal como ésta está establecida por la ley. No hay obispo, deán o arcipreste que no crea serlo por derecho divino; es pues

un gran motivo de mortificación para ellos estar obligados a confesar que lo tienen todo por una miserable ley hecha por profanos laicos. Un religioso (el padre Courayer) ha escrito hace poco un libro para probar la validez y la sucesión de las ordenaciones anglicanas. Esta obra ha sido proscrita en Francia; pero ¿creéis que ha complacido al ministerio de Inglaterra? En absoluto. Esos malditos whigs se preocupan muy poco de que la sucesión episcopal haya sido interrumpida entre ellos o no, y que el obispo Parker haya sido consagrado en un cabaret (como hay quien pretende) o en una iglesia; prefieren que los obispos obtengan su autoridad del Parlamento mejor que de los apóstoles. El lord B. dice que esa idea del derecho divino no servirá más que para hacer tiranos con muceta y roquete, mientras que la ley hace ciudadanos.

Respecto a las costumbres, el clericato anglicano es más morigerado que el de Francia, y esta es la causa: todos los eclesiásticos son educados en la Universidad de Oxford o en la de Cambridge, lejos de la corrupción de la capital; sólo son llamados a las dignidades de la Iglesia muy tarde, y en una edad en la que los hombres no tienen otra pasión que la avaricia, cuando su ambición se halla falta de alimento. Los empleos son aquí la recompensa de largos servicios en la Iglesia tal como sucede en el ejército; no se ven jóvenes obispos ni coroneles al salir de la Academia. Además, los pastores están casi todos casados; la torpeza contraída en la universidad y el poco comercio que tienen aquí con las mujeres hacen que de ordinario un obispo se vea forzado a contentarse con la suya. Los pastores van a veces al cabaret, porque el uso se lo permite, y si se emborrachan lo hacen seriamente y sin escándalo.

Ese ser indefinible, que no es ni eclesiástico ni seglar, en una palabra lo que se llama [*en Francia*, N. de. T,] un *Abbé*, es una especie desconocida en Inglaterra; los eclesiásticos son aquí todos reservados y casi todos pedantes. Cuando se enteran de que en Francia hay jóvenes, conocidos por su desenfreno y elevados a la prelatura por intrigas de mujeres, que hacen públicamente el amor, se alegran componiendo canciones tiernas, dan todos los días cenas delicadas y largas, y de allí van a implorar las luces del Espíritu Santo y se hacen llamar audazmente sucesores de los apóstoles, agradecen a Dios ser protestantes. Pero son villanos herejes, que hay que quemar con todos los diablos, como dice Maese Francisco Rabelais; por eso yo no me meto en sus asuntos.

SEXTA CARTA

SOBRE LOS PRESBITERIANOS

La religión anglicana no se extiende más que por Inglaterra e Irlanda. El presbiterianismo es la religión dominante en Escocia. Ese presbiterianismo no es otra cosa más que el calvinismo puro, tal como había sido establecido en Francia y subsiste en Ginebra. Como los sacerdotes de esta secta no reciben de sus Iglesias más que diez diezmos muy mediocres y, por consecuencia, no pueden vivir con el mismo lujo de los obispos, han adoptado el natural partido de clamar contra los honores que no pueden alcanzar. Figuraos al orgulloso Diógenes que pisoteaba el orgullo de Platón: los presbiterianos de Escocia no dejan de parecerse a ese orgulloso y pordiosero razonador. Trataron al rey Carlos II con menos miramientos que los usados por Diógenes con Alejandro. Pues cuando tomaron las armas a su favor contra Cronwell, que les había engañado, infligieron a ese pobre rey cuatro sermones diarios; le prohibieron jugar; le ponían penitencias; hasta el punto de que Carlos se cansó pronto de ser el rey de esos pedantes y se escapó de sus manos, como un escolar se escapa del colegio.

Comparado con un joven y vivo bachiller (francés), vociferando por la mañana en las Escuelas de Teología, y por la tarde cantando con las señoras, un teólogo anglicano es un Catón; pero ese Catón parece un galanteador ante un presbiteriano escocés. Este último afecta un paso grave, un aire enojado, lleva un vasto sombrero, una largo abrigo encima de un traje corto, predica con la nariz y da el nombre de prostituta de Babilonia a todas las Iglesias en las que algunos eclesiásticos son lo suficientemente suertudos como para tener cincuenta mil libras de renta, y en las que el pueblo es lo suficientemente bueno como para aguantarlo y llamarles Monseñor, Vuestra Grandeza, Vuestra Eminencia.

Estos señores, que tienen también algunas iglesias en Inglaterra, han puesto de moda los aires graves y severos en ese país. A ellos se debe la santificación del domingo en los tres reinos; esos días está prohibido trabajar y divertirse, lo que es el doble de la severidad de las iglesias católicas; no hay ópera, no hay comedias, no hay conciertos en Londres el domingo; incluso las cartas están tan expresamente prohibidas que sólo la gente de calidad y lo que se llama gente honrada juegan ese día. El resto de la noción va al sermón, al cabaret y a casa de las mujeres de vida alegre.

Aunque la secta episcopal y la presbiteriana sean las dos dominantes en Gran Bretaña, todas las otras son bien venidas y viven bastante bien juntas, mientras que la mayor parte de sus predicadores se detestan recíprocamente con casi tanta cordialidad como un jansenista maldice a un jesuita.

Entrad en la Bolsa de Londres, ese lugar más respetable que muchas cortes; allí

veréis reunidos a los diputados de todas las naciones para la utilidad de los hombres. Allí el judío, el mahometano y el cristiano tratan el uno con el otro como si fuesen de la misma religión, y no dan el nombre de infieles más que a los que hacen bancarrota; allí, el presbiteriano se fía del anabaptista, y el anglicano recibe la promesa del cuáquero. A la salida de esas pacificas y libres asambleas, los unos se van a la sinagoga y los otros a beber; éste se va a hacerse bautizar en una gran cuba en nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo; aquél hace cortar el prepucio de su hijo y hace farfullar sobre el niño palabras hebraicas que no entiende; esos otros se van a su iglesia a esperar la inspiración de Dios, con el sombrero en la cabeza, y todos están contentos.

Si no hubiese en Inglaterra más que una religión, sería de temer el despotismo; si hubiese dos, se cortarían mutuamente el cuello; pero como hay treinta, viven en paz y felices.

SÉPTIMA CARTA

SOBRE LOS SOCINIANOS, O ARRIANOS, O ANTITRINITARIOS

Hay una pequeña secta compuesta de eclesiásticos y de algunos seglares muy sabios, que no toman ni el nombre de arrianos ni el de socinianos, pero que no están en absoluto de acuerdo con la opinión de San Atanasio sobre el tema de la Trinidad, y que os dicen claramente que el Padre es más grande que el Hijo.

¿Recordáis a cierto obispo ortodoxo que, para convencer a un emperador de la consubstanciación, se dedicó a coger al hijo del emperador por debajo de la barbilla y a tirarle de la nariz en presencia de su sagrada majestad? El emperador iba a enojarse contra el obispo, cuando el buen hombre le dijo estas bellas y convincentes palabras: «Señor, si vuestra majestad monta en cólera por que se falte el respeto a vuestro hijo, ¿cómo pensáis que Dios Padre tratará a los que rehúsan a Jesucristo los honores que le son debidos?». Las gentes de las que os hablo dicen que el santo obispo estaba muy equivocado, que su argumento distaba mucho de ser concluyente, y que el emperador debía responderle: «Sabed que hay dos formas de faltarme al respeto: la primera, no rendir bastante honor a mi hijo, y la segunda, tributarle tanto como a mí».

Sea como fuere, el partido de Arrio comienza a revivir en Inglaterra, tanto como en Holanda y en Polonia. El gran señor Newton hacía a esta opinión el honor de favorecerla; este filósofo pensaba que los unitarios razonaban más geométricamente que nosotros. Pero el más ilustre patrón de la doctrina arriana es el ilustre doctor Clarke. Este hombre es de una virtud rígida y de un carácter suave, más amante de sus opiniones que apasionado por hacer prosélitos, únicamente ocupado de cálculos y demostraciones, una verdadera máquina de razonamientos.

Es el autor de un libro bastante poco entendido, pero estimado, sobre la existencia de Dios y de otro, más inteligible, pero bastante despreciado, sobre la verdad de la religión cristiana.

No se ha enzarzado en las hermosas disputas escolásticas, que nuestro amigo llama venerables trabalenguas; se ha contentado de hacer imprimir un libro que contiene todos los testimonios de los primeros siglos por y contra los unitarios, y ha dejado al lector el cuidado de contar los votos y juzgar. Este libro del doctor le ha traído muchos partidarios, pero le ha impedido ser Arzobispo de Canterbury; creo que el doctor se ha equivocado en su cálculo y que vale más ser Primado de Inglaterra que cura arriano.

Ya veis que revoluciones suceden tanto en las opiniones como en los imperios. El partido de Arrio, tras trescientos años de triunfo y doce siglos de olvido, renace finalmente de sus cenizas; pero se equivoca de época al reaparecer en una era en que el mundo está harto de disputas y de sectas.

Esta es todavía demasiado pequeña para obtener la libertad de las asambleas públicas; la obtendrá, sin duda, si llega a ser más numerosa; pero se es tan tibio ahora sobre esto que apenas hay posibilidades de hacer fortuna para una religión nueva o renovada: ¿no es una cosa divertida que Lutero, Calvino, Zwinglio, todos ellos escritores ilegibles, hayan fundado sectas que se reparten Europa, que el ignorante Mahoma haya dado una religión a Asia y África, y que los señores Newton, Clarke, Locke, Le Clerc, etc.... los mayores filósofos y las mejores plumas de su tiempo, hayan podido apenas establecer un pequeño rebaño que incluso disminuye todos los días?

Ahí veis lo que supone venir al mundo a tiempo. Si el Cardenal de Retz reapareciese hoy, no amotinaría ni a diez mujeres en París. Si Cronwell renaciese, él, que hizo cortar la cabeza a su rey y se proclamó soberano, sería un simple comerciante en Londres.

OCTAVA CARTA

SOBRE EL PARLAMENTO

A los miembros del Parlamento de Inglaterra les gusta compararse a los antiguos romanos todos lo que pueden.

No hace mucho, M. Shipping, en la Cámara de los Comunes, comenzó su discurso con estas palabras: *La majestad del pueblo inglés sería herida*, etc. La singularidad de la expresión provocó un gran estallido de risa; pero él, sin desconcertarse, repitió las mismas palabras con un aire firme y ya nadie se rió. Confieso que no veo nada en común entre la majestad del pueblo inglés y la del pueblo romano, aún menos entre sus gobiernos. Hay un Senado en Londres, de algunos de cuyos miembros se sospecha, equivocadamente sin duda, que venden sus votos llegado el caso, como se hacía en Roma: ese es todo el parecido. Por otro lado, las dos naciones me parecen completamente diferentes, sea para bien, sea para mal. Nunca se ha conocido entre los romanos la locura horrible de las guerras de religión; esta abominación estaba reservada a los devotos predicadores de la humildad y la paciencia. Mario y Sila, Pompeyo y César, Antonio y Augusto, no luchaban para decidir sí el *flamen* debía llevar su camisa por encima de su ropón o su ropón por encima de su camisa, y si los pollos sagrados debían comer y beber, o sólo comer, para que se hiciesen los augurios. Los ingleses se han hecho colgar antaño recíprocamente en sus tribunales, y se han destruido en batallas en toda regla por querellas de semejante especie; la secta de los episcopalianos y el presbiterianismo han transtornado durante cierto tiempo estas cabezas serias. Me imagino que semejante tontería no volverá a pasarles; me parece que se van volviendo sensatos por experiencia propia y no les veo ninguna gana de volverse a degollar por silogismos.

He aquí una diferencia más esencial entre Roma e Inglaterra, que representa una completa ventaja para esta última: que el fruto de las guerras civiles en Roma fue la esclavitud, y el de los disturbios en Inglaterra, la libertad. La nación inglesa es la única que ha llegado a regular el poder de los reyes resistiéndoles, y que, de esfuerzo en esfuerzo, ha establecido finalmente ese gobierno sensato en el que el Príncipe todopoderoso para hacer el bien, tiene las manos atadas para hacer el mal; en el que los señores son grandes sin insolencia y sin vasallos y en el que el pueblo comparte el gobierno sin confusión.

La Cámara de los Pares y la de los Comunes son los árbitros de la nación, el rey es el superárbitro. Este contrapeso faltaba a los romanos: los grandes y el pueblo estaban siempre divididos en Roma, sin que hubiera un poder mediador que pudiese conciliarlos. El Senado de Roma, que tenía el injusto y castigable orgullo de no querer compartir nada con los plebeyos, no conocía otro secreto para alejarlos del

gobierno que ocuparlos siempre en guerras extranjeras. Miraban al pueblo como a una bestia feroz que había que azuzar contra los vecinos por miedo a que devorase a sus amos. Así, el mayor defecto del gobierno de los romanos hizo de ellos conquistadores; fue por ser desdichados en su casa por lo que se convirtieron en dueños del mundo hasta que finalmente sus divisiones les hicieron esclavos.

El gobierno de Inglaterra no está hecho para un esplendor tan grande ni para un fin tan funesto; su meta no es la brillante locura de hacer conquistas, sino de impedir que sus vecinos las hagan. Este pueblo no es solamente celoso de su libertad, lo es también de la de los otros. Los ingleses se encarnizaron contra Luis XIV, únicamente porque le creían ambicioso. Le hicieron la guerra jubilosamente, sin duda sin ningún interés.

Ha costado ciertamente establecer la libertad en Inglaterra; en mares de sangre se ha ahogado el ídolo del poder despótico; pero los ingleses no creen en absoluto haber comprado demasiado caro las buenas leyes. Las otras naciones no han tenido menos disturbios, no han derramado menos sangre que ellos; pero esta sangre que han derramado por la causa de la libertad no ha hecho más que cimentar su servidumbre.

Lo que se convierte en una revolución en Inglaterra no es más que una sedición en otros países. Una ciudad toma las armas para defender sus privilegios, sea en España, sea en Berbería, sea en Turquía: inmediatamente los soldados mercenarios la subyugan, los verdugos la castigan y el resto de la nación besa sus cadenas. Los franceses piensan que el gobierno de esa isla es más tempestuoso que el mar que la rodea y es verdad; pero esto es cuando el rey comienza la tempestad, cuando quiere convertirse en dueño del navío del que no es más que primer piloto. Las guerras civiles en Francia han sido más largas, más crueles, más fecundas en crímenes que las de Inglaterra; pero de todas estas guerras civiles, ninguna ha tenido una libertad sensata por objeto.

En los tiempos detestables de Carlos IX y de Enrique III, se trataba solamente de saber si se sería esclavo de los Guisas. En lo tocante a la última guerra de París, no merece más que silbidos; me parece que veo a los escolares que se amotinan contra el prefecto de un colegio, y que acaban por ser azotados; el Cardenal de Retz, con mucho espíritu y coraje mal empleados, rebelde sin ningún motivo, faccioso sin designio, jefe de partido sin ejército, cabildeaba por cabildear, y parecía hacer la guerra civil por gusto. El Parlamento no sabía lo que quería ni lo que no quería; reclutaba tropas por decreto y luego lo anulaba; amenazaba y pedía perdón; ponía precio a la cabeza de Mazarino y después iba a cumplimentarle con ceremonia. Nuestras guerras civiles bajo Carlos IV habían sido crueles, las de la Liga fueron abominables, la de la Fronda fue ridícula.

Lo que más se reprocha en Francia a los ingleses es el suplicio de Carlos I, que fue tratado por sus vencedores como él los hubiese tratado si hubiese vencido.

Después de todo, mirad por un lado a Carlos I vencido en una batalla en regla, prisionero, juzgado, condenado en Westminster, y por otro lado al emperador

Enrique VII envenenado por su capellán al comulgar, Enrique III asesinado por un monje ministro de la rabia de todo un partido, treinta asesinatos meditados contra Enrique IV, varios ejecutados y el último que privó finalmente a Francia de este gran rey. Pesad esos atentados y juzgad.

NOVENA CARTA

SOBRE EL GOBIERNO

Esa mezcla feliz en el gobierno de Inglaterra, ese concierto entre los comunes, los lores y el rey no siempre ha subsistido. Inglaterra ha sido mucho tiempo esclava; lo ha sido de los romanos, de los sajones, de los daneses, de los franceses. Guillermo el Conquistador, sobre todo, la gobernó con cetro de hierro —disponía de los bienes y de la vida de sus nuevos súbditos como un monarca de oriente; prohibió, bajo pena de muerte, que ningún inglés se atreviese a tener fuego o luz en su casa pasadas las ocho de la tarde, sea porque pretendiese de este modo prevenir sus asambleas nocturnas, sea que quisiese probar, por medio de una prohibición tan chocante, hasta dónde puede llegar el poder de un hombre sobre los otros hombres.

Es cierto que antes y después de Guillermo el Conquistador los ingleses han tenido Parlamentos; se glorían de ello, como si esas asambleas, llamadas entonces Parlamentos, compuestas de tiranos eclesiásticos y de saqueadores llamados Barones, hubiesen sido guardianas de la libertad y la felicidad pública.

Los bárbaros, que desde las orillas del mar Báltico se lanzaban sobre el resto de Europa, trajeron con ellos el uso de estos Estados o Parlamentos, sobre los que se ha hecho tanto ruido y que son tan poco conocidos. Los reyes entonces no eran despóticos, cierto es; pero no por ello los pueblos dejaban de gemir en una servidumbre miserable. Los jefes de esos salvajes que habían saqueado Francia, Italia, España, Inglaterra, se hicieron monarcas; sus capitanes compartieron entre ellos las tierras de los vencidos. De ahí provienen esos margraves, esos lairdes, esos barones, esos subtiranos que disputaban a menudo con su rey los despojos de los pueblos. Eran pájaros de presa combatiendo contra un águila para chupar la sangre de las palomas; cada pueblo tenía cien tiranos en lugar de un amo. Los sacerdotes se apuntaron pronto a ese bando. En todas las épocas, la suerte de los galos, de los germanos, de los insulares de Inglaterra había sido ser gobernados por sus druidas y sus jefes de poblado, antigua especie de barones, pero menos tiranos que sus sucesores. Esos druidas se decían mediadores entre la divinidad y los hombres; hacían leyes, excomulgaban, condenaban a muerte. Los obispos sucedieron poco a poco a su autoridad temporal en el gobierno godo y vándalo. Los Papas se pusieron a su cabeza y con breves, bulas y monjes hicieron temblar a los reyes, los depusieron, los hicieron asesinar y sacaron para ellos todo el dinero que pudieron de Europa. El imbécil Inas, uno de los tiranos de la heptarquía de Inglaterra, fue el primero que, en una peregrinación a Roma, se sometió a pagar el denario de San Pedro (lo que era poco más o menos un escudo de nuestra moneda) por cada casa de su territorio. Toda la isla siguió pronto ese ejemplo. Inglaterra se convirtió poco a poco en una provincia del Papa; el Santo Padre enviaba de vez en cuando

sus legados para recoger allí impuestos exorbitantes. Juan sin Tierra hizo finalmente una cesión en la forma debida de su reino a Su Santidad, que le había excomulgado, y los barones, que no vieron en esto su conveniencia, expulsaron a ese miserable rey; pusieron en su lugar a Luis VIII, padre de San Luis, rey de Francia; pero se asquearon pronto de este recién llegado y le obligaron a volver a cruzar el mar.

Mientras que los barones, los obispos, los Papas, desgarraban así Inglaterra, donde todos querían mandar al pueblo, la más numerosa, la más virtuosa incluso y, por consecuencia, la más respetable parte de los hombres, compuesta de los que estudiaban las leyes y las ciencias, los negociantes, los artesanos, en una palabra, de todo el que no era un tirano, el Pueblo, digo, era mirado por ellos como animales inferiores al hombre. Mucho faltaba para que los comunes tuvieran entonces parte en el gobierno; eran villanos: su trabajo y su sangre pertenecía a sus amos, que se llamaban nobles. El mayor número de los hombres era entonces en Europa lo que ahora son en varios lugares del norte, siervos de un Señor, una especie de ganado que se vende y que se compra con la tierra. Han hecho falta siglos para hacer justicia a la humanidad, para sentir que era horrible que el gran número sembrase y el pequeño recogiese; ¿y no es una dicha para el género humano que la autoridad de esos pequeños bandidos haya sido extinguida en Francia por el poder legítimo de los reyes y del pueblo?

Felizmente, en las sacudidas que las querellas de los reyes y los grandes daban a los Imperios, los grilletes de las naciones se han aflojado más o menos; la libertad ha nacido en Inglaterra de las querellas de los tiranos. Los Barones forzaron a Juan Sin Tierra y a Enrique III a conceder esa famosa Carta, cuya principal meta era, en verdad, poner a los reyes bajo la dependencia de los Lores, pero en la que el resto de la nación fue un poco favorecido, a fin de que, llegado el caso, se alinease en el partido de sus pretendidos protectores. Esta gran Carta, que es mirada como el origen sagrado de las libertades inglesas, hace ver bien lo poco conocida que era la libertad. Sólo el título ya prueba que el rey se creía absoluto por derecho, y que los Barones y los clérigos mismos no le forzaban a desprenderse de ese pretendido derecho más que porque eran los más fuertes.

He aquí como comienza la gran Carta: «Nos concedemos por nuestra libre voluntad los siguientes privilegios a los arzobispos, obispos, abades, priores y barones de nuestro reino, etc ... »

En los artículos de esta carta no se dice ni una palabra de la Cámara de los Comunes, prueba de que no existía todavía, o de que existía sin poder. Se especifica allí los hombres libres de Inglaterra: triste demostración de que había algunos que no lo eran. Se ve, por el artículo 32, que esos hombres pretendidamente libres debían servicios a su Señor. Una libertad tal todavía tenía mucho de esclavitud.

Por el artículo 21, el rey ordenó que sus oficiales no podrían a partir de entonces coger por la fuerza los caballos y las carretas de los hombres libres más que pagando, y este reglamento pareció al pueblo una verdadera libertad, porque le quitaba una tiranía mayor.

Enrique VII, usurpador dichoso y gran político, que fingía amar a los barones, pero que les odiaba y les temía, decidió procurar la alienación de sus tierras. De este modo, los villanos que, a continuación, adquirieron bienes por su trabajo, compraron los castillos de los ilustres pares que se habían arruinado por sus locuras. Poco a poco, todas las tierras cambiaron de dueños.

La Cámara de los Comunes se hizo día a día más poderosa. Las familias de los antiguos pares se extinguieron con el tiempo, y, como en Inglaterra propiamente sólo los pares son nobles en el rigor de la ley, no habría habido en absoluto nobleza en dicho país, si los reyes no hubiesen creado nuevos barones de vez en cuando, y conservado la orden de los pares, a los que tanto habían temido antaño, para oponerlos a los comunes, que habían llegado a ser demasiado temibles.

Todos estos nuevos pares, que componen la Cámara alta, reciben del rey su título y nada más; casi ninguno de ellos posee la tierra de la que lleva el nombre. El uno es duque de Dorset y no tiene ni una pulgada de tierra en Dorsetshire; el otro es conde de un pueblo que apenas sabe dónde está situado. Tienen poder en el Parlamento y no en otro sitio.

No oiréis aquí hablar de alta, media y baja justicia, ni del derecho a cazar en las tierras de un ciudadano, el cual no tiene libertad para tirar ni un tiro en su propio campo.

Un hombre, porque es noble o porque es cura, no está aquí exento de pagar ciertas tasas; todos los impuestos son regulados por la Cámara de los Comunes que, no siendo más que la segunda por su rango, es la primera por su crédito.

Los señores y los obispos pueden muy bien rechazar el *Bill* de los Comunes para las tasas; pero no les está permitido cambiar nada; es preciso que lo acepten o lo rechacen sin restricción. Cuando el *Bill* es confirmado por los Lores y aprobado por el rey, entonces todo el mundo paga. Cada uno da, no según su calidad, lo que es absurdo, sino según su renta; no hay talla ni capitación arbitraria, sino una tasa real sobre las tierras. Todas han sido *evaluadas* bajo el famoso rey Guillermo III, y puestas por debajo de su precio.

La tasa subsiste siempre igual, aunque las rentas de la tierra hayan aumentado; así nadie es pisoteado y nadie se queja. El campesino no tiene los pies magullados por los zuecos, come pan blanco, está bien vestido, no teme aumentar el número de su ganado ni cubrir su techo con tejas, por miedo a que le aumenten los impuestos el año siguiente. Hay aquí muchos campesinos que tienen alrededor de doscientos mil francos de bienes, y que no desdeñan cultivar la tierra que les ha enriquecido y en la que viven libres.

DÉCIMA CARTA

SOBRE EL COMERCIO

El comercio, que ha enriquecido a los ciudadanos en Inglaterra, ha contribuido a hacerles libres, y esta libertad ha extendido a su vez el comercio; así se ha formado la grandeza del Estado. Es el comercio el que ha establecido poco a poco las fuerzas navales por las que los ingleses son los dueños de los mares. Tienen hoy cerca de doscientos barcos de guerra. La posteridad se enterará, quizá con sorpresa, de que una isla pequeña, que no tiene de por símisma más que un poco de plomo, estaño, tierra de batán y lana grosera, ha llegado a ser por su comercio, lo suficientemente poderosa para enviar, en 1723, tres flotas a la vez a tres extremos del mundo, una ante Gibraltar, conquistado y conservado por sus armas, otra a PortoBello, para quitar al rey de España el goce de los tesoros de las Indias, y la tercera al mar Báltico, para impedir batirse a las potencias del norte.

Cuando Luis XIV hacía temblar a Italia y sus ejércitos, ya dueños de la Saboya y el Piamonte, estaban preparados para tomar Turín, fue preciso que el príncipe Eugenio marchase desde el corazón de Alemania en socorro del Duque de Saboya; no tenía dinero, sin el cual no se toman ni se defienden las ciudades; recurrió a los mercaderes ingleses; en media hora le prestaron cincuenta millones. Con eso liberó Turín, venció a los franceses y escribió a los que le habían prestado esa suma este billetito: «Señores, he recibido vuestro dinero y me honro de haberlo empleado a vuestra satisfacción.»

Todo esto da un justo orgullo a un mercader inglés, y hace que se atreva a compararse, no sin cierta razón, a un ciudadano romano. Tampoco el hermano menor de un par del reino desdeña el negocio. Milord Townshend, ministro de Estado, tiene un hermano que se contenta con ser comerciante en la ciudad. En la época en que Milord Oxford gobernaba Inglaterra, su hermano menor era agente comercial en Alepo, de donde no quiso volver y donde murió.

Esta costumbre, que sin embargo comienza a pasarse demasiado, parece monstruosa a los alemanes, emperrados en sus *cuarteles*; no sabrían concebir que el hijo de un par de Inglaterra no sea más que un rico y poderoso burgués, mientras que en Alemania todo el mundo es príncipe; se ha llegado a ver hasta treinta altezas del mismo nombre sin otro bien que sus blasones y el orgullo.

En Francia es marqués quien quiere; y cualquiera que llega a París desde el fondo de una provincia con dinero para gastar y un nombre en Ac o en Ille, puede decir «un hombre como yo, un hombre de mi calidad» y despreciar soberanamente a un negociante; el negociante oye hablar tan a menudo con desprecio de su profesión que es lo suficientemente tonto como para enrojecer de ella. No sé, empero, quién es más útil a un Estado, un señor bien empolvado que sabe

precisamente a qué hora el rey se levanta, a qué hora se acuesta, y que se da aires de grandeza haciendo el papel de esclavo en la antecámara de un ministro, o un negociante que enriquece a su país, da desde su despacho órdenes a Surate y al Cairo, y contribuye a la felicidad del mundo.

UNDÉCIMA CARTA

SOBRE LA INSERCIÓN DE LA VIRUELA

Se dice en voz baja, en la Europa cristiana, que los ingleses son locos rabiosos: locos, porque dan la viruela a sus hijos, para impedirles tenerla; rabiosos porque comunican alegremente a esos niños una enfermedad cierta y espantosa con vistas a prevenir un mal incierto. Los ingleses, por su lado, dicen: «Los otros europeos son cobardes y desnaturalizados: son cobardes porque temen hacer un poco de daño a sus hijos; desnaturalizados, porque les exponen a morir un día de viruela». Para juzgar quién tiene razón en esta disputa, he aquí la historia de esta famosa inserción, de la que se habla fuera de Inglaterra con tanto espanto.

Las mujeres circasianas tienen, desde tiempo inmemorial, la costumbre de dar la viruela a sus hijos, incluso a la edad de seis meses, haciéndoles una incisión en el brazo, e insertando en esa incisión una pústula que han retirado cuidadosamente del cuerpo de otro niño. Esta pústula hace, en el brazo en que ha sido inferida, el efecto de la levadura en un pedazo de pasta: fermenta en él y expande por la masa de la sangre las cualidades de las que está dotada. Los botones del niño al que le ha sido dada esta viruela artificial sirven para llevar la misma enfermedad a otros. Hay una circulación así casi continua en Circasia; y cuando desdichadamente no hay viruelas en el país, están tan fastidiados como lo están de otro modo en un mal año.

Lo que ha introducido en Circasia esta costumbre, que parece tan extraña a los otros pueblos, es empero una causa común a toda la tierra: la ternura maternal y el interés.

Los circasianos son pobres y sus hijas son hermosas; de tal modo que es de ellas de lo que hacen mayor tráfico. Proveen de beldades los harenes del Gran Señor, del Sufí de Persia, y de los que son bastante ricos como para comprar y mantener esta mercancía preciosa. Educan a sus hijas con todo cuidado y gusto para que formen danzas llenas de lascivia y blandura, para reavivar por todos los artificios más voluptuosos el gusto de los amos desdeñosos a los que están destinadas; esas pobres criaturas repiten todos los días su lección con su madre, como nuestras hijitas repiten su catecismo, sin entender ni palabra.

Pues bien, sucedía a menudo que un padre y una madre, tras haberse tomado muchas molestias para dar una buena educación a sus hijas, se veían súbitamente frustrados en su esperanza. La viruela se introducía en la familia; una hija moría de ella, otra perdía un ojo, una tercera se recuperaba con una gran nariz, y la pobre gente se veía arruinada sin remedio. Incluso a menudo, cuando la viruela se hacía epidémica, el comercio se veía interrumpido por varios años, lo que causaba una notable disminución en los serrallos de Persia y de Turquía.

Una nación comerciante está siempre muy alerta a sus intereses y no desdeña ninguno de los conocimientos que pueden ser útiles en su negocio. Los circasianos advirtieron que, de cada mil personas, apenas se encontraba una que fuese atacada dos veces por una viruela bien completa; que verdaderamente se suelen soportar dos o tres viruelas ligeras, pero nunca dos que sean decididas y peligrosas; que, en una palabra, nunca se tiene esta enfermedad verdaderamente dos veces en la vida. Advirtieron también que, cuando la viruela es muy benigna y su erupción no tiene que atravesar más que una piel delicada y fina, no deja ninguna impresión en la cara. De estas observaciones naturales concluyeron que si un niño de seis meses o un año tuviese una viruela benigna, no se moriría, no quedaría marcado y se vería libre de esta enfermedad para el resto de sus días.

Había, pues, para conservar la vida y la belleza de sus hijos, que darles la viruela a edad temprana; y eso es lo que se hizo, insertando en el cuerpo de un niño un botón que se tomó de la viruela más completa y juntamente más favorable que pudo hallarse. La experiencia no podía dejar de tener éxito. Los turcos, que son gente sensata, adoptaron poco después esta costumbre y hoy no hay Bajá, en Constantinopla, que no dé la viruela a su hijo y a su hija haciéndoles sajar.

Hay ciertas personas que pretenden que los circasianos tomaron antaño esta costumbre de los árabes; pero dejamos que este punto de historia lo aclare algún sabio benedictino, que no dejará de componer sobre el tema varios volúmenes *in-folio* con las pruebas. Todo lo que tengo que decir sobre esta materia es que, en el comienzo del reino de Jorge I, la señora de Wortley-Montaigu, una de las mujeres de Inglaterra que tienen más espíritu y más fuerza en el espíritu, estando con su marido en embajada en Constantinopla, se decidió a dar sin escrúpulo la viruela a un niño que había dado a luz en ese país. Pese a que su capellán le dijo que esa experiencia no era cristiana y que no podía resultar bien más que entre infieles, el hijo de la señora Wortley se encontró de maravilla. Esta dama, de vuelta a Inglaterra, comunicó su experiencia a la princesa de Gales, que es hoy la reina. Hay que confesar que, títulos y coronas aparte, esta princesa ha nacido para estimular todas las artes y para hacer el bien a los hombres; es un filósofo amable en el trono; nunca ha perdido ni una ocasión de instruirse ni de ejercer su generosidad; ella fue quien, habiendo oído decir que una hija de Milton vivía todavía, y vivía en la miseria, le envió inmediatamente un regalo considerable; ella es la que protege a ese pobre padre Courayer; ella es quien se digna ser la mediadora entre el doctor Clarke y el Sr. Leibniz. Desde que oyó hablar de la inoculación o inserción de la viruela, hizo hacer la prueba sobre cuatro criminales condenados a muerte, a los que salvó doblemente la vida, pues no solamente les apartó del patíbulo, sino que, a favor de esta viruela artificial, previno la natural, que hubieran probablemente tenido, y de la que habrían muerto quizá a una edad más avanzada.

La princesa, segura ya de la utilidad de esta prueba, hizo inocular a sus hijos; Inglaterra siguió su ejemplo y, desde entonces, diez mil hijos de familia al menos, deben su vida así a la reina y a la señora Wortley-Montaigu, y otras tantas hijas le

deben su belleza.

De cada cien personas en el mundo, sesenta al menos tienen la viruela; de esas sesenta, veinte mueren en sus años más favorables y veinte conservan para siempre enfadosas secuelas; así pues, la quinta parte de los hombres son muertos o afeados ciertamente por esta enfermedad. De todos los que son inoculados en Turquía o en Inglaterra, ninguno muere, si no está enfermo y condenado a muerte por otra causa; nadie queda marcado; ninguno tiene la viruela por segunda vez, en el supuesto de que la inoculación haya sido perfecta. Es pues cierto que, si alguna embajadora francesa hubiese traído ese secreto de Constantinopla a París, hubiera prestado un servicio eterno a la nación; el duque de Villequier, padre del actual duque de Aumont, el hombre mejor constituido y más sano de Francia, no hubiera muerto en la flor de la vida. El príncipe de Soubise, que tenía la salud más brillante, no hubiera sido arrebatado a la edad de veinticinco años; Monseñor, abuelo de Luis XV, no hubiera sido enterrado en su cincuentavo año; veinte mil personas, muertas en París de viruela en 1723, vivirían todavía. ¡Entonces, qué! ¿Es que los franceses no aman la vida? ¿Es que sus mujeres no se preocupan de su belleza? ¡En verdad, somos gente extraña! Quizá dentro de diez años se adoptará este método inglés, si los curas y los médicos lo permiten; o bien los franceses, en tres meses, se servirán de la inoculación por fantasía, si los ingleses se aburren de ella por inconstancia.

Me entero de que desde hace cien años los chinos tienen este uso; es un gran prejuicio el ejemplo de una nación que pasa por ser la más sabia y más civilizada del universo. Cierto es que los chinos se las arreglan de otra manera: no hacen incisión; hacen tomar la viruela por la nariz, como el tabaco en polvo; esta forma es más agradable, pero viene a ser lo mismo, y sirve igualmente para confirmar que, si se hubiera practicado la inoculación en Francia, se hubiera salvado la vida a millares de personas.

DUODÉCIMA CARTA

SOBRE EL CANCILLER BACON

No hace mucho tiempo se debatía, en una compañía célebre, esa cuestión gastada y frívola de quién era el hombre más grande, César, Alejandro, Tamerlán, Cronwell, etc...

Alguien respondió que era sin disputa Isaac Newton. Ese hombre tenía razón, pues si la verdadera grandeza consiste en haber recibido del cielo un genio poderoso, y en haberse servido de él para iluminar a sí mismo y a los otros, un hombre como el señor Newton, tal como apenas se encuentra uno en diez siglos, es verdaderamente el gran hombre; y esos políticos y esos conquistadores, de los que ningún siglo ha carecido, no son de ordinario más que ilustres malvados. Es a aquel que domina sobre los espíritus por la fuerza de la verdad, no a los que hacen esclavos por la violencia, es a aquel que conoce el universo, no a los que lo desfiguran, a quien debemos respeto.

Puesto que exigís que os hable de los hombres célebres que ha dado Inglaterra, comenzaré por los Bacon, los Locke, los Newton, etc... Los generales y los ministros vendrán cuando les toque su turno.

Es preciso comenzar por el famoso Conde de Verulamio, conocido en Europa por el nombre de Bacon, que era su apellido. Era hijo de un Guardián de los Sellos, y fue durante mucho tiempo Lord Canciller bajo el rey Jacobo I. Empero, en medio de todas las intrigas de la Corte, que exigían a un hombre por entero, encontró tiempo de ser gran filósofo, buen historiador y escritor elegante; y lo que es más asombroso todavía, es que vivía en un siglo en el que apenas se conocía el arte de escribir bien y aún menos la buena filosofía. Ha sido, como es usual entre los hombres, más estimado después de su muerte que durante su vida: sus enemigos estaban en la Corte de Londres; sus admiradores estaban en toda Europa.

Cuando el marqués de Effiat llevó a Inglaterra a la princesa María, hija de Enrique el Grande, que debía casarse con el príncipe de Gales, este ministro fue a visitar a Bacon que, como estuviese a la sazón enfermo en cama, le recibió con las cortinas echadas. «Os parecéis a los ángeles —le dijo Effiat; siempre se oye hablar de ellos, se les considera muy superiores a los hombres y nunca se tiene el consuelo de verlos».

Sabéis, Señor, cómo Bacon fue acusado de un crimen que no es muy propio de un filósofo, de haberse dejado corromper por dinero; sabéis cómo fue condenado por la Cámara de los Pares a una multa de cerca de cuatrocientas mil libras de nuestra moneda, a perder su dignidad de Canciller y de Par.

Hoy, los ingleses reverencian su memoria hasta el punto de que no quieren confesar que fue culpable. Si me preguntáis lo que pienso de él, me serviré, para

responderos, de una frase que oí decir a Milord Bolingbroke. Se hablaba, en su presencia, de la avaricia de la que fue acusado el duque de Marlborough, y se citaban rasgos sobre los que se requería el testimonio de Milord Bolingbroke que, habiendo sido su enemigo declarado, podía quizá con facilidad decir lo que había sido. «Era un hombre tan grande, respondió, que he olvidado sus vicios».

Me limitaré, pues, a hablaros de lo que ha merecido al Canciller Bacon la estima de Europa.

El Canciller Bacon no conocía la naturaleza; pero sabía e indicaba todos los caminos que llevan a ella. Había despreciado muy pronto lo que las Universidades llaman la filosofía, y hacía todo lo que dependía de él, a fin de que esas Compañías, instituidas para la perfección de la razón humana, no continuasen estropeándola con sus *quiddidades*, su *horror al vacío*, sus *formas sustanciales* y todas las palabras impertinentes que sólo la ignorancia había hecho casi sagradas.

Es el padre de la filosofía experimental. Es cierto que antes de él se habían descubierto secretos asombrosos. Se había inventado la brújula, la imprenta, el grabado de estampas, la pintura al óleo, los vidrios, el arte de devolver de algún modo la vista a los viejos por medio de las gafas llamadas anteojos, la pólvora de cañón, etc... Se había buscado, encontrado y conquistado un nuevo mundo. ¿Quién no creería que esos sublimes descubrimientos hubiesen sido hechos por los más grandes filósofos, y en tiempos mucho más ilustrados que los nuestros? Pues nada de eso: fue en el tiempo de la más estúpida barbarie cuando esos grandes cambios se hicieron en la tierra; sólo el azar ha producido casi todas esas invenciones, e incluso tiene toda la apariencia de que lo que se llama azar ha tenido gran parte en el descubrimiento de América; por lo menos siempre se ha creído que Cristóbal Colón no emprendió su viaje más que por creer a un capitán de barco al que una tempestad había arrojado hasta la altura de las islas Caribes.

Sea como fuere, los hombres sabían ir hasta el extremo del mundo, sabían destruir ciudades con un trueno artificial más terrible que el trueno verdadero; pero no conocían la circulación de la sangre, la gravidez del aire, las leyes del movimiento, la luz, el número de nuestros planetas, etc., y un hombre que sostenía una tesis sobre las categorías de Aristóteles, sobre el universal *a parte rei* o cualquier otra tontería era mirado como un prodigio.

Las invenciones más asombrosas y las más útiles no son las que más honran al espíritu humano.

Es a un instinto mecánico, que está en la mayoría de los hombres, al que debemos todas las artes y no a la sana filosofía.

El descubrimiento del fuego, el arte de hacer pan, de fundir y preparar los metales, de edificar casas, la invención de la lanzadera, son de mucha más necesidad que la imprenta o la brújula; empero, estas artes fueron inventadas por hombres todavía salvajes.

¿Qué prodigioso uso no hicieron después los griegos y romanos de las artes mecánicas? Sin embargo se creía en su tiempo que había cielos de cristal y que las

estrellas eran pequeñas lámparas que caían a veces en el mar; y uno de sus grandes filósofos, después de muchas investigaciones, había encontrado que los astros eran pedruscos que se habían desprendido de la tierra.

En una palabra, nadie antes del Canciller Bacon había conocido la filosofía experimental; y de todas las pruebas físicas que se han hecho después de él, apenas hay una que no esté indicada en su libro. Él mismo había hecho varias; hizo una especie de máquinas neumáticas, por medio de las cuales descubrió la elasticidad del aire; giró en torno del descubrimiento de su gravidez; ya lo tocaba; esta verdad fue captada por Torricelli. Poco tiempo después, la física experimental comenzó repentinamente a ser cultivada a la vez en casi todas las partes de Europa. Era un tesoro oculto que Bacon había sospechado, y que todos los filósofos, animados por su promesa, se esforzaron en desenterrar.

Pero lo que más me ha sorprendido ha sido ver en su libro, en términos expresos, esta nueva atracción de la que el señor Newton pasa por inventor.

«Hay que buscar, dice Bacon, si no habrá una especie de fuerza magnética que opera entre la tierra y las cosas pesadas, entre la luna y el océano, entre los planetas, etc...»

En otro sitio, dice: «Es preciso que los cuerpos graves sean llevados hacia el centro de la tierra o que sean mutuamente atraídos y, en ese último caso, es evidente que cuanto más los cuerpos, al caer se acerquen a la tierra, tanto más fuertemente serán atraídos por ella. Es preciso, prosiguió, experimentar si el mismo reloj de pesas marchará más deprisa sobre lo alto de una montaña o en el fondo de una mina; si la fuerza de las pesas disminuye sobre la montaña y aumenta en la mina, parecería que la tierra tiene una verdadera atracción».

Este precursor de la filosofía ha sido también un escritor elegante, un historiador, un espíritu cultivado.

Sus *Ensayos de moral* son muy estimados; pero están hechos para instruir más que para gustar; y, no siendo ni la sátira de la naturaleza humana como las *Máximas* del Sr. de La Rochefoucauld, ni la escuela del escepticismo como Montaigne, son menos leídos que estos dos libros ingeniosos.

Su *Historia de Enrique VII* ha pasado por ser una obra maestra; pero yo me engañaría mucho si pudiese compararse a la obra de nuestro ilustre De Thou.

Hablando de ese famoso impostor Parkins, judío de nacimiento, que tomó tan audazmente el nombre de Ricardo IV, rey de Inglaterra, animado por la duquesa de Borgoña, y que disputó la corona a Enrique VII, he aquí cómo el Canciller Bacon se expresa:

«Por ese tiempo, el rey Enrique fue acosado por espíritus malignos por la magia de la duquesa de Borgoña, que evocó de los infiernos la sombra de Eduardo IV para venir a atormentar al rey Enrique. Cuando la duquesa de Borgoña hubo instruido a Parkins, comenzó a deliberar por cuál región del cielo haría aparecer este cometa, y resolvió que estallaría en primer lugar sobre el horizonte de Irlanda».

Me parece que nuestro sabio De Thou no cae nunca en esta jerga, que antes se

consideraba sublime, pero que hoy es llamado con razón galimatías.

DECIMOTERCERA CARTA

SOBRE EL SEÑOR LOCKE

Nunca hubo quizá un espíritu más sensato, más metódico, un lógico más exacto que el Sr. Locke; no era, sin embargo, un gran matemático. Nunca había podido someterse a la fatiga de los cálculos ni a la sequedad de las verdades matemáticas, que no presenta en primer término nada sensible al espíritu, y nadie ha probado mejor que él que se podía tener el espíritu geómetra sin recurrir a la geometría. Antes de él, grandes filósofos habían decidido positivamente lo que es el alma del hombre; pero, puesto que no sabían nada del asunto, es muy justo que hayan tenido todos opiniones diferentes.

En Grecia, cuna de artes y de errores, y donde se llevó tan lejos la grandeza y la tontería del espíritu humano, se razonaba sobre el alma como entre nosotros.

El divino Anaxágoras, a quien se levantó un altar por haber enseñado a los hombres que el sol era más grande que el Peloponeso, que la nieve era negra y que los cielos eran de piedra, afirmó que el alma era un espíritu aéreo, pero sin embargo inmortal.

Diógenes, otro que el que se hizo cínico después de haber sido falsificador de moneda, aseguraba que el alma era una porción de la sustancia misma de Dios, y esta idea era por lo menos brillante.

Epicuro la componía de partes, como el cuerpo. Aristóteles, al que se ha explicado de mil maneras, porque era ininteligible, creía, si nos remitimos a algunos de sus discípulos, que el entendimiento de todos los hombres era una sola y la misma sustancia.

El divino Platón, maestro del divino Aristóteles, y el divino Sócrates, maestro del divino Platón, decían del alma que era corporal y eterna; el demonio de Sócrates se lo había dicho, seguramente. Hay gentes, en verdad, que pretenden que un hombre que se gloriaba de tener un genio familiar era un loco o un bribón; pero esas gentes son demasiado difíciles.

En cuanto a nuestros Padres de la Iglesia, varios en los primeros siglos han creído que el alma humana, los ángeles y Dios eran corporales.

El mundo no deja de refinarse. San Bernardo, según la opinión del padre Mabillon, enseñó a propósito del alma, que después de la muerte no veía a Dios en el cielo, sino que solamente conversaba con la humanidad de Jesucristo; esta vez no se le creyó sólo bajo palabra. La aventura de la Cruzada había desacreditado un poco sus oráculos. Mil escolásticos vinieron después, como el Doctor Irrefutable, el Doctor Sutil, el Doctor Angélico, el Doctor Seráfico, el Doctor Querúbico, todos los cuales han estado muy seguros de conocer el alma muy claramente, pero que no han dejado de hablar de ella como si hubiesen querido que nadie entendiese nada.

Nuestro Descartes, nacido para descubrir los errores de la antigüedad, pero para sustituirlos por los suyos, y arrastrado por ese espíritu sistemático que ciega a los más grandes hombres, se imaginó haber demostrado que el alma era la misma cosa que el pensamiento, como la materia, según él, es lo mismo que la extensión; aseguró que siempre se piensa, y que el alma llega al cuerpo provista de todas las nociones metafísicas, conociendo a Dios, el espacio, el infinito, poseyendo todas las ideas abstractas, llena en una palabra de bellos conocimientos, que olvida desdichadamente al salir del vientre de su madre.

El Sr. Malebranche, del Oratorio, en sus ilusiones sublimes, no sólo admite las ideas innatas, sino que no duda de que todo lo veamos en Dios, y que Dios, por así decirlo, fuese nuestra alma.

Cuando tantos razonadores habían hecho la novela del alma, ha venido un sabio, que modestamente ha hecho su historia. Locke ha esclarecido al hombre la razón humana, como un excelente anatomista explica los resortes del cuerpo humano. Se ayuda constantemente de la antorcha de la física; a veces, osa hablar afirmativamente, pero también osa dudar; en lugar de definir de golpe lo que no conocemos, examina por grados lo queremos conocer. Toma un niño en el momento de su nacimiento; sigue paso a paso los progresos de su entendimiento; ve lo que tiene de común con los animales y lo que tiene por encima de ellos; consulta sobre todo su propio testimonio, la conciencia de su pensamiento.

«Dejo, dice, para que lo discutan quienes saben más que yo, si nuestra alma existe antes o después de la organización de nuestro cuerpo; pero confieso que me ha tocado en suerte una de esas almas groseras que no siempre piensan, e incluso tengo la desdicha de no concebir que sea más necesario para el alma pensar siempre que para el cuerpo estar siempre en movimiento.»

En lo que a mí toca, me alabo del honor de ser en este punto tan estúpido como Locke. Nadie me hará nunca creer que pienso siempre; y no me siento más dispuesto que él a imaginar que, unas cuantas semanas después de mi concepción, yo era un alma muy sabía, sabiendo entonces mil cosas que he olvidado al nacer, y habiendo poseído muy inútilmente en el útero conocimientos que se me han escapado cuando podía haber tenido necesidad de ellos, y que nunca he podido volver a aprender bien después.

Locke, después de haber demolido las ideas innatas, después de haber renunciado a la vanidad de creer que siempre se piensa, establece que todas nuestras ideas nos vienen por los sentidos, examina nuestras ideas simples y las que son compuestas, sigue al espíritu del hombre en todas sus operaciones, hace ver cuán imperfectas son las lenguas que hablan los hombres, y qué abuso hacemos de los términos en todo momento.

Viene por fin a considerar la extensión o, mejor, la nada de los conocimientos humanos. Es en este capítulo donde se atreve a avanzar modestamente estas palabras: *No seremos quizá nunca capaces de conocer si un ser puramente material piensa o no.*

Este sabio discurso pareció a más de un teólogo una declaración escandalosa de que el alma es material y mortal.

Algunos ingleses, devotos a su manera, hicieron sonar la alarma. Los supersticiosos son en la sociedad lo que los cobardes en un ejército: tienen y provocan terrores pánicos. Se gritó que Locke quería derribar la religión: no se hablaba sin embargo nada de religión en este asunto; era una cuestión puramente filosófica, muy independiente de la fe y de la revelación; no había más que examinar sin acritud si hay contradicción en decir: *la materia puede pensar*, y si Dios puede comunicar el pensamiento a la materia. Pero los teólogos comienzan demasiado a menudo a decir que Dios ha sido ultrajado cuando no se es de su opinión. Eso es parecerse demasiado a los malos poetas, que gritaban que Despreaux hablaba mal del rey, porque se burlaba de ellos.

El doctor Stilligfleet se ha hecho una reputación de teólogo moderado, por no haber dicho positivamente injurias a Locke. Entró en liza contra él, pero fue vencido, pues razonaba como doctor, y Locke como filósofo instruido de la fuerza y debilidad del espíritu humano, y que luchaba con armas cuyo temple conocía.

Sí yo me atreviese a hablar después del Sr. Locke sobre un tema tan delicado, diría: los hombres disputan desde hace mucho tiempo sobre la naturaleza y sobre la inmortalidad del alma. Respecto a su inmortalidad, es imposible demostrarla, pues aún se discute sobre su naturaleza, y ciertamente hace falta conocer a fondo un ser creado para decidir si es inmortal o no. La razón humana es tan incapaz de demostrar por sí misma la inmortalidad del alma que la religión se ha visto obligada a revelárnosla. El bien común de todos los hombres exige que se considere al alma inmortal; la fe nos lo ordena; no hace falta más, y la cosa está decidida. No sucede lo mismo con su naturaleza; importa poco a la religión de qué naturaleza sea el alma, con tal de que sea virtuosa; es un reloj que nos han dado para que lo gobernemos; pero el obrero no nos ha dicho de qué está hecho el resorte de ese reloj.

Soy cuerpo y pienso: no se más. ¿Iré hasta atribuir a una causa desconocida lo que puedo fácilmente atribuir a la sola causa segunda que conozco? Aquí, todos los filósofos de la escuela me detienen argumentando y dicen: «No hay en el cuerpo más que extensión y solidez, y no puede haber más que movimiento y figura. Ahora bien, movimiento y figura, extensión y solidez no pueden formar un pensamiento; luego el alma no puede ser materia». Todo este gran razonamiento, tantas veces repetido, se reduce únicamente a esto: «No conozco en absoluto la materia; adivino imperfectamente algunas de sus propiedades; ahora bien, no sé en absoluto si esas propiedades pueden juntarse al pensamiento; así pues, como no sé nada de nada, aseguro positivamente que la materia no puede pensar». Tal es claramente la manera de razonar de la Escuela. Locke diría con sencillez a esos señores: «Confesad por lo menos que sois tan ignorantes como yo; ni vuestra imaginación ni la mía pueden concebir cómo un cuerpo tiene ideas; ¿y acaso comprendéis mejor cómo una substancia, tal como fuere, tenga ideas? No concebís ni la materia ni el espíritu; ¿cómo os atrevéis a asegurar algo?»

El supersticioso viene a su vez y dice que hay que quemar, por el bien de sus almas, a los que sospechan que se puede pensar con la sola ayuda del cuerpo. Pero ¿qué dirían si fuesen ellos mismos los culpables de irreligión? En efecto, ¿quién es el hombre que se atreverá a asegurar, sin una impiedad absurda, que es imposible al Creador dar a la materia pensamiento y sentimiento? ¡Ved, por favor, a qué perplejidad estáis reducidos, los que así limitáis el poderío del Creador! Los animales tienen los mismos órganos que nosotros, los mismos sentimientos, las mismas percepciones; tienen memoria, combinan ciertas ideas. Si Dios no ha podido animar la materia y darle sentimiento, una de dos, o los animales son puras máquinas o tienen un alma espiritual.

Me parece casi demostrado que los animales no pueden ser simples máquinas. He aquí mi prueba: Dios les ha hecho precisamente los mismos órganos de sentimiento que los nuestros; luego, si no sienten, Dios ha hecho una obra inútil. Ahora bien, Dios, según vuestra propia confesión, no hace nada en vano; luego no ha fabricado tantos órganos de sentimientos para que no haya sentimiento; luego los animales no son puras máquinas.

Los animales, según vosotros, no pueden tener un alma espiritual; luego, pese a vosotros, no queda por decir otra cosa sino que Dios ha dado a los órganos de los animales, que son materia, la facultad de sentir y de percibir, que en ellos llamáis instinto.

¡Y bien!, ¿quién puede impedir a Dios comunicar a nuestros órganos más sutiles esa facultad de sentir, de percibir y de pensar, que llamamos razón humana? De cualquier lado que os volváis estáis obligados a confesar vuestra ignorancia y el poder inmenso del creador. No os rebeléis más, pues, contra la sabia y modesta filosofía de Locke; lejos de ser contraria a la religión, le serviría de prueba, si la religión lo necesitase, pues ¿qué filosofía más religiosa que la que, no afirmando más que lo que concibe claramente y sabiendo confesar su debilidad, os dice que hay que recurrir a Dios desde que se examinan los primeros principios?

Por otro lado, no hay nunca que temer que ningún sentimiento filosófico pueda dañar a la religión de un país. Por mucho que nuestros misterios sean contrarios a nuestras demostraciones, no son menos reverenciados por los filósofos cristianos, que saben que los objetos de la razón y de la fe son de diferente naturaleza. Nunca los filósofos formarán una secta religiosa. ¿Por qué? Porque no escriben para el pueblo y porque carecen de entusiasmo.

Dividid el género humano en veinte partes; diecinueve están compuestas de los que trabajan con sus manos, que nunca sabrán que hay un Locke en el mundo; en la veinteava parte restante, ¡qué difícil es encontrar hombres que lean! Y entre los que leen, hay veinte que leen novelas contra uno que lee filosofía. El número de los que piensan es excesivamente pequeño y esos no se preocupan de turbar al mundo.

No ha sido ni Montaigne, ni Locke, ni Bayle, ni Spinoza, ni Hobbes, ni Milord Shaftesbury, ni el señor Collins, ni el Sr. Toland, etc., quienes han llevado la antorcha de la discordia en su patria; esos son, en su mayoría, teólogos que,

teniendo en principio la ambición de ser jefes de secta, han tenido pronto la de ser jefes de partido. ¡Qué digo! Todos los libros de filósofos modernos puestos juntos no harán nunca en el mundo tanto ruido solamente como el que hizo antaño la disputa de los cordeleros sobre la forma de su manga y su capuchón.

PRIMER APÉNDICE A LA CARTA XIII

CARTA SOBRE EL ALMA Y EL SR. LOCKE
(Primera redacción de la carta XIII)

Debo confesarlo, cuando he leído al infalible Aristóteles, al divino Platón, al doctor sutil, al doctor angélico, he tomado esos epítetos por motes. Nada he visto en los filósofos que han hablado del alma humana salvo ciegos llenos de temeridad y de parloteo, que se esfuerzan en persuadir de que tienen una vista de águila a otros ciegos curiosos y tontos que les creen bajo palabra, y que pronto se imaginan que también ellos ven algo.

No fingiré poner en el rango de estos maestros de errores a Descartes y Malebranche. El primero nos asegura que el alma del hombre es una sustancia cuya esencia es pensar, que piensa siempre, y que se ocupa en el vientre de su madre de hermosas ideas metafísicas o de bellos axiomas generales que olvida después.

Por lo que respecta al padre Malebranche, está completamente persuadido de que lo vemos todo en Dios; ha encontrado partidarios, porque las fábulas más audaces son las mejor recibidas por la débil imaginación de los hombres. Así pues, varios filósofos han hecho la novela del alma; finalmente ha llegado un sabio que ha escrito modestamente su historia. Voy a haceros el resumen de esa historia, según yo la he entendido. Sé muy bien que no todo el mundo convendrá con las ideas del Sr. Locke; podría ser que el Sr. Locke tuviese razón contra Descartes y Malebranche y se equivocase contra la Sorbona; yo no respondo de nada; hablo según las luces de la filosofía y no según las revelaciones de la fe. Sólo me corresponde pensar humanamente; los teólogos deciden divinamente, lo que es cosa muy distinta. La razón y la fe son de naturaleza contraria. En una palabra, he aquí un pequeño resumen del Sr. Locke que yo censuraría si fuese teólogo, y que adopto por un momento como pura hipótesis, como conjetura de simple filosofía.

Humanamente hablando, se trata de saber lo que es el alma.

1.º La palabra «alma» es una de esas palabras que cualquiera pronuncia sin entenderla; no entendemos más que las cosas de las que tenemos una idea: no tenemos idea del alma, del espíritu; luego no la entendemos.

2.º Nos ha complacido, pues, llamar alma a esta facultad de pensar y de sentir, como llamamos vista a la facultad de ver, voluntad a la facultad de querer, etc...

Después han venido razonadores que han dicho:

«El hombre está compuesto de materia y de espíritu. La materia es extensa y divisible, el espíritu no es ni extenso ni divisible; luego es, dicen, de otra naturaleza; luego es una reunión de seres que no están hechos el uno para el otro, y que Dios

une pese a su naturaleza. Vemos poco el cuerpo, pero no vemos en absoluto el alma; no tiene partes, luego es eterna. Tiene ideas puras y espirituales, luego no las recibe de la materia. No las recibe tampoco de sí misma, luego Dios se las da; luego trae en ella al nacer las ideas de Dios, del infinito y todas las ideas generales».

Siempre, humanamente hablando, respondo a esos señores que son muy sabios. Primero suponen que hay un alma y luego nos dicen lo que debe ser; pronuncian el nombre de materia y deciden enseguida claramente lo que es. Y yo les digo: no conocéis ni el espíritu ni la materia; por espíritu, no podéis imaginar más que la facultad de pensar; por la materia, no podéis entender más que un conjunto de cualidades, de colores, de extensión, de solidez; y os ha dado la gana de llamar a eso materia, y habéis asignado los límites de la materia y del alma antes de estar seguros tan siquiera de la existencia de una y otra. En cuanto a la materia, enseñáis gravemente que no hay en ella más que extensión y solidez, y yo os diré modestamente que es capaz de mil propiedades que ni vosotros ni yo conocemos. Decís que el alma es indivisible, eterna, y así suponéis lo que precisamente se pregunta.

Sois más o menos como un regente de colegio que, no habiendo visto un reloj en su vida, tuviera de repente entre sus manos un reloj de Inglaterra de repetición. Este hombre, buen peripatético, se asombra de la justeza con la que las agujas dividen y marcan el tiempo, y queda aún más asombrado de ver que un botón apretado con el dedo hace sonar precisamente la hora que la aguja señala. Mi filósofo no deja de encontrar que hay en esta máquina un alma que la gobierna y que mueve los resortes, demuestra sabiamente su opinión por comparación con los ángeles que hacen marchar las esferas celestes y hace sostener en su clase hermosas tesis sobre el alma de los relojes. Uno de sus escolares abre el reloj: no se ven en él más que resortes, y sin embargo se sigue sosteniendo el sistema del alma, que pasa por demostrado. Yo soy ese escolar: abramos el reloj que llamamos hombre y, en lugar de definir audazmente lo que no conocernos, intentemos examinar por grados lo que queremos conocer.

Tomemos un niño en el instante de su nacimiento, y sigamos paso a paso el progreso de su entendimiento. Vosotros me hacéis el honor de enseñarme que Dios se ha tomado la molestia de crear un alma para alojarla en ese cuerpo. Cuando tiene más o menos seis semanas llega el alma, y ahí la tenéis provista de ideas metafísicas, conociendo a Dios, el espíritu, el infinito, las ideas abstractas muy claramente, siendo en una palabra una persona muy sabia. Pero desdichadamente sale del útero con una ignorancia crasa; pasa dieciocho meses no conociendo más que la teta de su nodriza y cuando a la edad de veinte años se quiere recordar a esta alma todas las ideas científicas que tenía cuando fue unida al cuerpo, se encuentra a menudo tan obturada que no puede recibir ninguna. Hay pueblos enteros que no han tenido ni una sola de esas ideas: en verdad ¿en qué pensaban el alma de Descartes y la de Malebranche, cuando imaginaban semejantes ensoñaciones?

Sigamos pues la historia del niño pequeño, sin detenernos en las imaginaciones

de los filósofos. El día que su madre le ha dado a luz a él y a su alma, han nacido también en la casa un perro, un gato y un canario. Al cabo de tres meses, enseño un minueto al canario, al cabo de un año y medio hago del perro un excelente cazador, el gato al cabo de seis semanas hace ya todas sus monerías, y el niño al cabo de cuatro años no hace nada de nada. Yo, hombre grosero, testigo de esta prodigiosa diferencia, creo en principio que el perro, el gato y el canario son criaturas muy inteligentes, y que el niño pequeño es un autómata; sin embargo, poco a poco advierto que este niño tiene también ideas, memoria, y que tiene las pasiones que estos animales, y entonces confieso que es también, como ellos, una criatura razonable. Me comunica diferentes ideas por unas cuantas palabras que ha aprendido, lo mismo que mi perro por unos gritos diversificados me hace exactamente conocer sus diferentes necesidades. Advierto que a la edad de seis o siete años el niño combina en su pequeño cerebro casi tantas ideas como mi perro de caza en el suyo. Finalmente alcanza con la edad un número infinito de conocimientos. Entonces ¿qué debo pensar de él?, ¿le creeré de una naturaleza absolutamente diferente? No, sin duda, pues vos que veis por un lado un imbécil y por otro al Sr. Newton, pretendéis, empero, que son de la misma naturaleza; con mayor razón debo pretender que mi perro y mi hijo son en el fondo de la misma especie, y que sólo hay una diferencia de más o menos. Para mejor asegurarme de la verisimilitud de mi opinión probable, examino a mi niño y a mi perro durante su vigila y durante su sueño. Les hago sangrar a uno y a otro exageradamente, entonces sus ideas parecen escaparse con su sangre. En este estado les llamo y no me responden, y les saco todavía unas cuantas onzas, mis dos máquinas, que tenían una hora antes ideas en tan gran número y pasiones de toda especie, no tendrán ya ningún sentimiento.

Examino también a mis dos animales mientras duermen; advierto que el perro, después de haber comido demasiado, tiene sueños; caza, grita tras su presa. Cuando mi joven mozo está en el mismo caso, habla a su amante y hace el amor en sueños. Si uno y otro han comido moderadamente, ni uno ni otro sueña; en fin, veo que su facultad de sentir, de percibir, de expresar sus ideas se ha desarrollado en ellos poco a poco y se debilita también por grados. Advierto entre ellos cien veces más relaciones que las que encuentro entre tal hombre inteligente y tal otro absolutamente imbécil.

¿Cuál es pues la opinión que tendré de su naturaleza? La que todos los pueblos han tenido antes de que la política egipcia imaginase la espiritualidad e inmortalidad del alma. Yo sospecharía, pero muy a favor de las apariencias, que Arquímedes y un topo son de la misma especie, aunque de un género diferente; lo mismo que una encina y un grano de mostaza están formados según los mismos principios, aunque uno sea un gran árbol y el otro una pequeña planta.

Yo pensaría que Dios ha dado porciones de inteligencia a porciones de materia organizadas para pensar; yo creería que la materia ha pensado en proporción de la finura de sus sentidos, pues ellos son las puertas y la medida de nuestras ideas; yo

creería que la ostra de la concha tiene menos espíritu que yo, porque tiene menos sensaciones que yo, y creería que ella tiene menos sensaciones y sentidos porque teniendo el alma apegada a su concha, cinco sentidos le serían inútiles. Hay muchos animales que no tienen más que dos sentidos; nosotros tenemos cinco, lo que no es mucho; hay que creer que habrá en otros mundos otros animales que gocen de veinte o treinta sentidos, y que otras especies, aún más perfectas, tengan infinidad de sentidos.

Me parece que esta es la manera más natural de exponer las razones, es decir, adivinar y sospechar. Ciertamente, ha pasado mucho tiempo antes de que los hombres hayan sido lo suficientemente ingeniosos como para imaginar un Ser desconocido que está en nosotros, que lo hace todo en nosotros, que no es del todo nosotros, y que vive a nuestro lado. Sólo gradualmente se ha llegado a concebir una idea tan audaz. En principio, la palabra alma ha significado la vida, y ha sido común para nosotros y para los otros animales, después nuestro orgullo nos ha hecho un alma aparte y nos ha hecho imaginar una fuerza sustancial para las otras criaturas.

Este orgullo humano me preguntará lo que es, pues, ese poder de percibir y de sentir al que llama alma en el hombre e instinto en el bruto. Yo satisfaré esta pregunta cuando las universidades me hayan enseñado lo que es el movimiento, el sonido, la luz, el espacio, el cuerpo y el tiempo. Diré, con el espíritu del sabio Sr. Locke: «La filosofía consiste en detenerse cuando la antorcha de la física nos falta». Observo los efectos de la naturaleza pero os confieso que no concibo mejor que vosotros los primeros principios. Todo lo que sé es que no debo atribuir a varias causas, sobre todo a causas desconocidas, lo que puedo atribuir a una causa conocida; ahora bien, puedo atribuir a mi cuerpo la facultad de pensar y de sentir; luego no debo buscar esta facultad en otro ser llamado alma, o espíritu, del que no puedo tener ni la menor idea. Os estrepitaréis ante esta proposición, encontraréis irreligión en lo de atreverse a decir que el cuerpo puede pensar. Pero ¿qué diréis, os respondería el Sr. Locke, si fueseis vosotros mismos los culpables de irreligión, los que os atrevéis a limitar el poderío de Dios? ¿Y cuál es el hombre sobre la tierra que puede asegurar sin una impiedad absurda que es imposible para Dios dar a la materia el sentimiento y el pensar? Débiles y audaces como sois, avanzáis que la materia no piensa porque no concebís que una sustancia extensa pueda pensar y ¿acaso concebís mejor cómo una sustancia, sea la que fuere, puede pensar?

Grandes filósofos que decidís sobre el poder de Dios y que decís que Dios puede de una piedra hacer un ángel ¿acaso no veis que, según vosotros mismos, Dios no haría en ese caso más que dar a una piedra el poder de pensar?, pues si la materia de la piedra no permaneciese, no sería una piedra convertida en ángel, sería una piedra aniquilada y un ángel creado. De cualquier lado que os volváis, estáis obligados a confesar dos cosas, vuestra ignorancia y el poder inmenso del Creador: vuestra ignorancia que se rebela contra la materia pensante, y el poder del Creador para el que ciertamente eso no es imposible.

¡Vosotros, que sabéis que la materia no perece, vais a disputar a Dios el poder de conservar en esta materia la más bella cualidad de que la había ornado! La extensión subsiste ciertamente sin cuerpos merced a El, puesto que hay filósofos que creen en el vacío; los accidentes subsisten ciertamente sin sustancia entre los cristianos que creen en la transubstanciación. Dios, decís, no puede hacer lo que implica contradicción. Eso es cierto, pero para saber si la materia pensante es una cosa contradictoria, habría que saber más de lo que sabéis; por mucho que hagáis, nunca sabréis más que sois cuerpos y que pensáis.

Mucha gente que ha aprendido en la escuela a no dudar de nada, que toman sus silogismos por oráculos y su superstición por religión, miran al Sr. Locke como a un impío peligroso. Los supersticiosos son en la sociedad de los hombres lo que los cobardes en un ejército: tienen y provocan terrores pánicos. Hay que tener la piedad de disipar los temores; es preciso que sepan que no son los sentimientos de los filósofos los que jamás harán daño a la religión.

Es seguro que la luz viene del sol y que los planetas giran en torno a este astro; no por ello se lee con menos edificación en la Biblia que la luz ha sido hecha antes que el sol y que el sol se detuvo sobre la ciudad de Gabaón.

Está demostrado que el arco iris está formado necesariamente por la lluvia, pero no por ello se respeta menos el texto sagrado que dice que Dios puso su arco en las nubes, tras el diluvio, como signo de que no habría inundaciones.

El misterio de la Trinidad y el de la Eucaristía, por mucho que sean contrarios a las demostraciones conocidas, no son menos reverenciados por los filósofos católicos, que saben que los objetos de la razón y de la fe son de diferente naturaleza.

La noción de los antípodas ha sido condenada como herética por los Papas y los concilios; pese a esa decisión, los que acatan a los concilios y a los Papas han descubierto las antípodas y han llevado a ellas esa misma religión cristiana cuya destrucción se consideraba segura, en el caso de que se pudiera encontrar un hombre que (como se decía entonces) tuviese la cabeza abajo y los pies arriba respecto a nosotros, y que, como dice el muy poco filósofo San Agustín, se habría caído en el cielo.

Nunca los filósofos harán daño a la religión dominante de un país. ¿Por qué? Porque carecen de entusiasmo y porque no escriben para el pueblo.

Dividid el género humano en veinte partes; habrá diecinueve compuestas de los que trabajan con sus manos y que no sabrán nunca si ha habido un Sr. Locke en el mundo; en la veintava parte restante ¡qué pocos hombres que lean se encuentran!, y entre los que leen, hay veinte que leen novelas contra uno que estudiará filosofía: el número de los que piensan es excesivamente pequeño y esos no se preocupan de trastocar el mundo.

No es ni Montaigne, ni Locke, ni Bayle, ni Spinoza, ni Hobbes, ni Shaftesbury, ni el Sr. Collins, ni el Sr. Toland, etc..., quienes han llevado la antorcha de la discordia al interior de su patria. Éstos son en su mayor parte los teólogos que, habiendo tenido la ambición de ser jefes de secta, pronto tuvieron la de ser jefes de

partido. ¿Qué digo? Todos los libros de los filósofos modernos puestos juntos no harán nunca tanto ruido como el que hizo antaño la disputa de los cordeleros sobre la forma de su manga y de su capuchón.

Por lo demás, Señor, os repito de nuevo que escribiendoos con libertad, no me hago garante de ninguna opinión; no soy responsable de nada. Hay quizá entre los sueños de los razonamientos algunas ensoñaciones a las que yo daría preferencia; pero no hay ninguna que no sacrificase juntamente a la religión y a la patria.

De Voltaire

SEGUNDO APÉNDICE A LA CARTA XIII

CONTINUACIÓN DEL MISMO TEMA
(fin de la carta XIII a partir de 1748-1751)

Supongamos una docena de buenos filósofos en una isla, en la que nunca han visto más que vegetales. Esta isla, y sobre todo doce buenos filósofos, son muy difíciles de encontrar; pero, en fin, es una ficción permitida. Admiran esa vida que circula en las fibras de las plantas, que parece perderse y renovarse inmediatamente; y no sabiendo demasiado bien cómo nacen las plantas, cómo toman su alimento y cómo crecen, llaman a eso un *alma vegetativa*. «¿Qué entendéis por alma vegetativa?, se les dice. —Es una palabra, responden ellos, que sirve para expresar el resorte desconocido por el que todo eso se opera. —Pero ¿no veis, les dice un mecánico, que todo eso se hace naturalmente por pesos, palancas, ruedas y poleas? —No, dirán nuestros filósofos, sison ilustrados. Hay en esta vegetación otra cosa que movimientos ordinarios; hay un poder secreto que tienen todas las plantas de atraer a ellas sin ningún impulso ese zumo que las nutre; y ese poder, que no es explicable por ninguna mecánica, es un don que Dios ha hecho a la materia y del que ni vos ni yo comprendemos la naturaleza».

Habiendo discutido bien así, nuestros razonadores descubren finalmente los animales. «Oh, oh, dicen, tras un largo examen, he aquí seres organizados como nosotros! Tienen incontestablemente memoria, y a menudo más que nosotros. Tienen nuestras pasiones; tienen conocimiento; expresan sus necesidades; perpetúan como nosotros su especie».

Nuestros filósofos disecan algunos de esos seres, encuentran en ellos un corazón, un cerebro. «¡Qué! , dicen, ¿acaso el autor de estas máquinas, que no hace nada en vano, les habría dado todos los órganos de sentimiento para que no tuviesen sentimiento? Sería absurdo pensarlo. Hay ciertamente en ellos algo que nosotros llamamos también *alma*, a falta de algo mejor; algo que experimenta sensaciones y que tiene una cierta medida de ideas. Pero ese principio ¿cuál es? ¿Es algo absolutamente diferente de la materia? ¿Es un espíritu puro? ¿Es un ser medianero entre la materia que apenas conocemos y el espíritu que no conocemos en absoluto? ¿Es una propiedad dada por Dios a la materia organizada?»

Hacen entonces experiencias con insectos, con lombrices; les cortan en varias partes, y quedan asombrados de ver cómo al cabo de cierto tiempo vuelven a salirles cabezas a todas esas partes cortadas; el mismo animal se reproduce y saca de su destrucción misma de qué multiplicarse. ¿Tiene varias almas, que esperan para animar a esas partes reproducidas a que se haya cortado la cabeza al primer tronco? Se parece a los árboles que les rebrotan las ramas y que se reproducen por injertos; ¿tienen esos árboles varias almas? No parece; luego es muy probable que el alma

de esos animales sea de otra especie que lo que llamamos *alma vegetativa* en las plantas; que es una facultad de un orden superior, que Dios se ha dignado dar a ciertas porciones de materia; es una nueva prueba de su poder; es un nuevo motivo para adorarle.

Un hombre violento y mal razonador oye este discurso y les dice: «Vosotros sois unos canallas, a los que habría que quemar los cuerpos por el bien de vuestras almas, pues negáis la inmortalidad del alma del hombre». Nuestros filósofos se miran asombrados por completo; uno de ellos le responde con suavidad: «¿Por qué quemarnos tan deprisa? ¿Con qué base habéis podido pensar que tenemos la idea de que vuestra cruel alma es mortal? —Por eso de que creéis, respondió el otro, que Dios ha dado a los brutos, que están organizados como nosotros, la facultad de tener sentimientos e ideas. Ahora bien, ese alma de los animales perece con ellas, luego creéis que el alma de los hombres perece también».

El filósofo responde: «Nosotros no estamos en modo alguno seguros de que lo que llamamos alma en los animales perezca con ellos, sabemos muy bien que la materia no perece, y creemos que puede ser que Dios haya puesto en los animales algo que conservará siempre, si Dios lo quiere, la facultad de tener ideas. No aseguramos, ni mucho menos, que sea así la cosa, pues no cuadra a los hombres ser tan confiados; pero no nos atrevemos a limitar el poder de Dios. Decimos que es muy probable que los animales, que son materia, hayan recibido de El la propiedad de la inteligencia. Descubrimos todos los días propiedades de la materia, es decir, regalos de Dios de los que antes no teníamos ideas; habíamos en principio definido la materia como una sustancia extensa; después hemos reconocido que había que añadirle la solidez; algún tiempo después, ha habido que admitir que la materia tiene una fuerza, que se llama fuerza de inercia; después de eso hemos quedado muy asombrados de vernos obligados a confesar que la materia gravita. Cuando hemos querido llevar más lejos nuestras investigaciones, nos hemos visto forzados a reconocer seres que se parecen a la materia en algunas cosas, y que no tienen sin embargo los otros atributos de los que la materia está dotada.

«El fuego elemental, por ejemplo, actúa sobre nuestros sentidos como los otros cuerpos, pero no tiende a un centro como ellos, se escapa, por el contrario, del centro en líneas rectas hacía otros lados. No parece obedecer a las leyes de la atracción, de la gravitación, como los otros cuerpos. Hay, en fin, misterios de óptica de los que no podría en absoluto darse razón más que atreviéndose a suponer que los rayos de luz se penetran unos a otros. Pues si quinientos mil hombres de un lado y otros tantos de otro miran un pequeño objeto pintado de varios colores puesto en lo alto de una torre, es preciso que otros tantos rayos y mil veces más partan de esos pequeños puntos coloreados; es preciso que se crucen todos antes de llegar a los ojos: ¿o cómo llegarían cada uno con su color cruzándose en el camino? Hay pues forzosamente que sospechar que pueden penetrarse; pero si se penetran, son muy diferentes de la materia conocida. Tal parece que la luz sea un ser medianero entre los cuerpos y otras especies de seres que ignoramos. Es muy probable que

esas otras especies sean ellas mismas un medio que conduce a otras criaturas, y que haya así una cadena de sustancias que se elevan al infinito.

> *Usque adeo quod tangit idem est, tamen ultima distant*.
> (OVIDIO: *Metamorfosis*, VI, 67)

«Esta idea nos parece digna de la grandeza de Dios, si algo es digna de ella. Entre esas sustancias, ha podido sin duda elegir una que ha alojado en nuestros cuerpos, y que se llama alma humana; esta sustancia inmaterial es inmortal. Estamos muy lejos de tener sobre eso la menor incertidumbre, pero no nos atrevemos a afirmarque este amo absoluto de todos los seres no pueda dar también sentimientos y percepciones al ser llamado materia. Vos estáis muy seguro de que la esencia de vuestra alma es pensar y nosotros no estamos tan seguros, pues cuando examinamos un feto, tenemos dificultades para creer que su alma tenga muchas ideas en su cofia; y mucho dudamos de que en un sueño pleno y profundo, en un letargo completo, se hayan hecho nunca meditaciones. Así que nos parece que el pensamiento muy bien pudiera ser no la esencia del ser pensante, sino un regalo que el Creador ha hecho a esos seres, que nosotros llamamos pensantes, y todo esto nos ha hecho nacer la sospecha de que, si quisiera, podría hacer ese regalo a un átomo y conservar para siempre ese átomo y su regalo, o destruirlo a su gusto. La dificultad consiste menos en adivinar cómo la materia podría pensar que en adivinarcómo una sustancia cualquiera piensa. Vos no tenéis ideas más que porque Dios ha querido dároslas; ¿por qué querer impedirle que las dé a otras especies? ¿Seríais tan intrépido como para atreveros a creer que vuestra alma es precisamente de la misma materia que las sustancias que más se acercan a la divinidad? Todo parece indicar que éstas sean de un orden muy superior, y que, en consecuencia, Dios se haya dignado darles una forma de pensar infinitamente más bella; lo mismo que concede una medida de ideas muy mediocre a los animales que son de un orden inferior a vos. ¿Hay nada en todo esto de lo que pueda inferirse que vuestra alma es mortal? Una vez más, pensamos como vos sobre la inmortalidad de vuestra alma; pero creemos que somos demasiado ignorantes para afirmar que Dios no tenga el poder de concederel pensamiento a tal ser que desee. Vos limitáis el poder del Creador que es ilimitado, y nosotros lo extendemos tan lejos como se extiende su existencia. Perdonadnos el creerle todopoderoso, como nosotros os perdonamos restringir su poder. Vos sabéis sin duda todo lo que puede hacer y nosotros no lo sabernos. Vivamos como hermanos, adoremos en paz a nuestro Padre común; vosotros con vuestras almas sabias y audaces; nosotros con nuestras almas ignorantes y tímidas. Tenemos que vivir un día en la tierra, pasémoslo dulcemente sin querellarnos por dificultades que se aclararán en la vida inmortal, que comenzará mañana».

De que los filósofos jamás pueden dañar

Voltaire *Cartas filosóficas*

El bruto, no teniendo nada oportuno que responder, habló mucho y se enfadó durante largo tiempo. Nuestros pobres filósofos se pusieron durante varias semanas a leer historia, y después de haber leído mucha, he aquí lo que dijeron a ese bárbaro, que estaba indignado por tener un alma inmortal. «Amigo mío, hemos leído que en toda la antigüedad las cosas marchaban igual de bien que en nuestro tiempo; que incluso había más grandes virtudes y que no se perseguía a los filósofos por las opiniones que tenían; ¿por qué, pues, vos querríais hacernos daño por opiniones que no tenemos? Leemos que toda la antigüedad creía la materia eterna. Los que han visto que era creada han dejado a los otros en paz. Pitágoras había sido gallo, sus padres cerdos, nadie tuvo nada que objetar, y su secta fue querida y reverenciada por todo el mundo, salvo por los asadores de carne y los vendedores de habas.

«Los estoicos reconocían un Dios, poco más o menos tal como el que ha sido tan temerariamente admitido después por los espinozistas; el estoicismo, sin embargo, fue la secta más fecunda en virtudes heroicas y la más acreditada.

«Los epicúreos hacían a sus dioses semejantes a nuestros canónigos, cuya indolente gordura sostiene a la divinidad, y que toman en paz su néctar y su ambrosía no metiéndose en nada. Esos epicúreos enseñaban audazmente la materialidad y la mortalidad del alma. No fueron peor considerados por ello. Se les admitía en todos los empleos, y sus átomos ganchudos no hicieron nunca ningún daño al mundo.

«Los platónicos, siguiendo el ejemplo de los gimnosofistas, no nos hacían el honor de suponer que Dios se hubiera dignado a formarnos El mismo. Había, según ellos, dejado esta labor a sus oficiales, a genios, que cometieron en su tarea muchas torpezas. El Dios de los platónicos era un obrero excelente, que empleó en este mundo aprendices bastante mediocres. Los hombres no por ello reverencian menos a la escuela de Platón.

»En una palabra, entre los griegos y entre los romanos, a tantas sectas, tantas maneras de pensar sobre Dios, sobre el alma, sobre el pasado y sobre el futuro, ninguna de estas sectas fue perseguidora. Todas se engañaban y nosotros lo sentimos mucho; pero todas eran pacíficas y eso es lo que nos confunde; eso es lo que nos condena; eso es lo que nos hace ver que la mayor parte de los razonadores de hoy son monstruos y que los de la antigüedad eran hombres.

«Se cantaba públicamente en el teatro de Roma: "*Post mortem nihil est; ipsaque mors nihil*". "Nada hay tras la muerte; la misma muerte no es nada". Estos sentimientos no hacían a los hombres ni mejores ni peores; todo se gobernaba, todo marchaba ordinariamente; y los Titos, los Trajanos, los Marco Aurelio gobernaban la tierra como dioses benéficos.

«Si pasamos de los griegos y los romanos a las naciones bárbaras, detengámonos solamente entre los judíos. Tan supersticioso, tan cruel y tan ignorante como era ese miserable pueblo, honraba sin embargo a los fariseos que admitían la fatalidad del destino y la metempsicosis; respetaba también

a los saduceos, que negaban absolutamente la inmortalidad del alma y la existencia de los espíritus, y que se fundaban en la ley de Moisés, que nunca había hablado de pena o recompensa tras de la muerte. Los Esenios, que creían también en la fatalidad, y que no sacrificaban nunca víctimas en el templo, eran todavía más reverenciados que los fariseos y los saduceos. Ninguna de sus opiniones alteró nunca al gobierno. Había ahí, empero, por qué degollarse, quemarse y exterminarse mutuamente, sí hubieran querido. ¡Oh, hombres miserables! ¡Aprovechaos de esos ejemplos! Pensad y dejad pensar. Es el consuelo de nuestros débiles espíritus en esta corta vida. ¡Cómo! Recibís con cortesía a un turco, que cree que Mahoma ha viajado a la luna; mucho os guardaréis de desagradar al Bajá Bonneval; ¿y quisierais descuartizar a vuestro hermano porque cree que Dios podría dar inteligencia a toda criatura?». Así habló uno de los filósofos; otro añadió: «Creedme, es preciso...».

DECIMOCUARTA CARTA

SOBRE DESCARTES Y NEWTON

Un francés que llega a Londres encuentra las cosas muy cambiadas en filosofía, como en todo lo demás. Ha dejado el mundo lleno; se lo encuentra vacío. En París, se ve el universo compuesto de torbellinos de materia sutil; en Londres, no se ve nada de eso. Entre nosotros, es la presión de la luna la que causa el flujo del mar; entre los ingleses, es el mar el que gravita hacia la luna, de tal forma que, cuando creéis que la luna debería darnos marea alta, esos señores creen que debe haber marea baja; lo que desdichadamente no puede verificarse, pues habría hecho falta, para aclararlo, examinar la luna y las mareas en el primer instante de la creación.

Notaréis además que el sol, que en Francia no interviene para nada en este asunto, contribuye aquí por lo menos en una cuarta parte. Entre vosotros, cartesianos, todo sucede por impulso del que nada se comprende; en el Sr. Newton, es por una atracción cuya causa no se conoce mejor. En París, os figuráis la tierra hecha como un melón; en Londres, está aplastada por los dos lados. La luz, para un cartesiano, existe en el aire; para un newtoniano, viene del sol en seis minutos y medio. Vuestra química hará todas sus operaciones con ácidos, bases y materia sutil; la atracción domina hasta en la química inglesa.

La esencia misma de las cosas ha cambiado totalmente. No estaréis de acuerdo ni sobre la definición del alma ni sobre la de la materia. Descartes asegura que el alma es lo mismo que el pensamiento, y Locke prueba bastante bien lo contrario.

Descartes asegura que sólo la extensión hace la materia; Newton le añade la solidez. He aquí unas, furiosas contradicciones.

Non nostrum inter vos tantas componere lites.

Este famoso Newton, este destructor del sistema cartesiano, murió en el mes de marzo del año pasado, 1727. Ha vivido honrado por sus compatriotas y ha sido enterrado como un rey que hubiera hecho el bien a sus súbditos.

Aquí han leído con avidez y han traducido al inglés el elogio que el Sr. de Fontenelle ha pronunciado del Sr. Newton en la Academia de Ciencias. Se esperaba en Inglaterra el juicio del Sr. Fontenelle como una declaración solemne de la superioridad de la filosofía inglesa; pero, cuando se ha visto que comparaba Descartes a Newton, toda la Sociedad Real de Londres se ha sublevado. Lejos de asentir al juicio, se ha criticado ese discurso. Incluso

algunos (y esos no son los más filósofos) se han sentido chocados por esta comparación solamente porque Descartes era francés.

Hay que confesar que estos dos grandes hombres han sido muy diferentes uno de otro en su conducta, en su fortuna y en su filosofía.

Descartes había nacido con una imaginación viva y fuerte, que hizo de él un hombre singular tanto en su vida privada como en su manera de razonar. Esta imaginación no puede ocultarse ni siquiera en las obras filosóficas, en las que se ven en todo momento comparaciones ingeniosas y brillantes. La naturaleza había hecho de él casi un poeta, y en efecto compuso para la reina de Suecia un *divertimento* en verso que por el honor de su memoria no se ha hecho imprimir.

Intentó durante algún tiempo el oficio de la guerra, y habiéndose hecho después completamente filósofo, no creyó indigno de él hacer el amor. Tuvo como amante a una chica llamada Francine, que murió joven y cuya pérdida lamentó mucho. De este modo experimentó todo lo que a la humanidad atañe.

Creyó durante largo tiempo que era necesario huir de los hombres, y sobre todo de su patria, para filosofar en libertad. Tenía razón; los hombres de su tiempo no sabían lo bastante para ilustrarle y no eran capaces más que de dañarle.

Abandonó Francia porque buscaba la verdad, que estaba perseguida entonces por la miserable filosofía de la Escuela; pero no encontró más razón en las universidades de Holanda, a las que se retiró. Pues en la época en la que se condenaban en Francia las únicas proposiciones de su filosofía que eran verdaderas, fue también perseguido por los pretendidos filósofos de Holanda, que no le entendían mejor y que, viendo de más cerca su gloria, odiaban más su persona. Se vio obligado a salir de Utrecht; soportó una acusación de ateísmo, último recurso de los calumniadores; y él, que había empleado toda la sagacidad de su espíritu en buscar nuevas pruebas de la existencia de un Dios, fue sospechoso de no reconocer ninguno.

Tantas persecuciones suponían un gran mérito y una reputación resonante: de este modo tuvo realmente uno y otra. Incluso llegó la razón a despuntar un poco en el mundo a través de las tinieblas de la Escuela y los prejuicios de la superstición popular. Su nombre hizo finalmente tanto ruido que se le quiso atraer a Francia por medio de recompensas. Se le propuso una pensión de mil escudos; vino con esta esperanza, pagó los gastos de la patente, que entonces se vendía, no obtuvo la pensión, y se volvió a filosofar en su soledad del norte de Holanda, en la época en que el gran Galileo, a la edad de ochenta años, gemía en las prisiones de la Inquisición, por haber demostrado el movimiento de la tierra. Finalmente murió en Estocolmo de una muerte prematura y causada por un mal régimen, en medio de algunos sabios enemigos suyos y entre las manos de un médico que le

odiaba.

La carrera del caballero Newton ha sido completamente diferente. Ha vivido ochenta y cinco años, siempre tranquilo, feliz y honrado en su patria.

Su gran dicha ha sido no sólo haber nacido en un país libre, sino en una época en que las impertinencias escolásticas habían sido barridas y sólo se cultivaba la razón, y el mundo no podía ser más que su alumno, no su enemigo.

Una oposición singular en la que se encuentra con Descartes es que, en el curso de una vida tan larga, no tuvo ni pasión ni debilidad; nunca se acercó a ninguna mujer: es lo que me ha sido confirmado por el médico y el cirujano en cuyos brazos ha muerto. Se puede admirar por eso a Newton, pero no hay que censurar a Descartes.

La opinión pública en Inglaterra sobre esos dos filósofos es que el primero era un soñador y que el otro era un sabio.

Muy pocas personas en Londres leen a Descartes, cuyas obras efectivamente se han hecho inútiles; muy pocas leen tampoco a Newton; porque hace falta ser muy sabio para comprenderle; empero, todo el mundo habla de ellos; no se concede nada al francés y se da todo al inglés. Alguna gente cree que, si hoy ya no estamos en lo del horror al vacío, si se sabe que el aire es pesado, si se utilizan gafas para acercar, se debe agradecer a Newton. Es como el Hércules de la fábula, a quien los ignorantes atribuían todas las hazañas de los otros héroes.

En una crítica que se ha hecho en Londres del discurso del Sr. de Fontenelle, se han atrevido a aventurar que Descartes no fue un gran geómetra. Los que así hablan pueden acusarse de pegar a su nodriza; Descartes ha hecho tanto camino desde el punto en que encontró la geometría hasta el punto en que la llevó, como Newton ha hecho tras de él: es el primero que ha encontrado la manera de dar las ecuaciones algebraicas de las curvas. Su geometría, que gracias a él ha llegado a ser común hoy, era en su tiempo tan profunda que ningún profesor se atrevió a intentar explicarla, y que no había más que Schooten en Holanda y Fermat en Francia que la entendiesen.

Llevó este espíritu de geometría y de invención a la dióptrica, que se convirtió en sus manos en un arte completamente nueva; y si se equivocó en algunas cosas, es porque un hombre que descubre nuevas tierra no puede de golpe conocer todas sus propiedades; los que vienen detrás de él y convierten esas tierras en fértiles, le deben al menos el mérito del descubrimiento. No negaré que todas las otras obras del Sr. Descartes abundan en errores.

La geometría era una guía que él mismo había formado en cierta forma y que le habría conducido seguramente en su física; sin embargo, abandonó finalmente esa guía y se entregó al espíritu de sistema. Entonces su filosofía

no fue más que una novela ingeniosa y todo lo más verosímil para los ignorantes. Se engañó sobre la naturaleza del alma, sobre las pruebas de la existencia de Dios, sobre la materia, sobre las leyes del movimiento, sobre la naturaleza de la luz; admitió ideas innatas, inventó nuevos elementos, creó un mundo, hizo al hombre a su modo, y se dijo con razón que el hombre de Descartes no es en efecto más que el de Descartes, muy alejado del hombre verdadero.

Llevó sus errores metafísicos hasta pretender que dos y dos no hacen cuatro más que porque Dios lo ha querido así. Pero no es decir demasiado afirmar que era estimable incluso en sus desvaríos. Se engañó, pero lo hizo al menos con método y con un espíritu consecuente; destruyó las quimeras absurdas con las que se engañaba a la juventud desde hace dos mil años; enseñó a los hombres de su tiempo a razonar y a servirse contra él mismo de sus armas. Si no pagó con moneda buena, ya es mucho que denunciase la falsa.

No creo que se pretenda, en verdad, comparar en nada su filosofía con la de Newton: la primera es un ensayo, la segunda una obra maestra. Pero quien nos ha puesto en la vía de la verdad vale quizá tanto como el que ha ido después hasta el final de ese camino.

Descartes devolvió la vista a los ciegos; vieron las faltas de la antigüedad y las suyas. La carretera que abrió ha llegado a ser, a partir de él, inmensa. El librito de Rohaut ha sido considerado, durante mucho tiempo, como una física completa; hoy, todas las compilaciones de las Academias de Europa no forman ni siquiera un comienzo de sistema: profundizando este abismo, se ha encontrado que es infinito. Se trata ahora de ver lo que el Sr. Newton ha excavado de este precipicio.

DECIMOQUINTA CARTA

SOBRE EL SISTEMA DE LA ATRACCIÓN

Los descubrimientos del caballero Newton, que le han ganado una reputación tan universal, se refieren al sistema del mundo, a la luz, al infinito en geometría y, finalmente, a la cronología, en la que se ha entretenido para descansar.

Voy a deciros (si puedo, sin verborrea) lo poco que he podido atrapar de todas estas sublimes ideas.

Respecto al sistema de nuestro mundo, se discutía desde hace mucho tiempo sobre la causa que hace girar y que retiene en sus órbitas a todos los planetas, y sobre todo la que hace descender en este mundo todos los cuerpos hacia la superficie de la tierra.

El sistema de Descartes, explicado y muy cambiado a partir de él, parecía brindar una razón plausible de esos fenómenos, y esta razón parecía tanto más verdadera cuanto que es sencilla e inteligible para todo el mundo. Pero, en filosofía, hay que desconfiar de lo que uno cree entender demasiado fácilmente, tanto como de las cosas que no entiende. La gravedad, la caída acelerada de los cuerpos que caen a la tierra, la revolución de los planetas en sus órbitas, sus rotaciones en torno a su eje, todo eso no es más que movimiento; ahora bien, el movimiento no puede ser concebido más que por impulso; así pues, todos esos cuerpos son impulsados. ¿Pero por qué cosa lo son? Todo el espacio está lleno; luego está relleno con una materia muy sutil, puesto que no la percibimos; luego esa materia va de Occidente a Oriente, puesto que es de Occidente a Oriente como todos los planetas son arrastrados. También, de suposición en suposición y de verosimilitud en verosimilitud, se ha imaginado un vasto torbellino de materia sutil, en el que los planetas son arrastrados en torno al sol; se ha creado todavía otro torbellino particular, que nada en el grande y que gira diariamente en torno al planeta. Cuando se ha hecho todo esto, se pretende que la gravedad depende de ese movimiento diario; pues, se dice, la materia sutil que gira en torno a nuestro pequeño torbellino debe ir diecisiete veces más deprisa que la tierra, debe tener incomparablemente más fuerza centrífuga y rechazar en consecuencia todos los cuerpos hacia tierra. He aquí la causa de la gravedad, en el sistema cartesiano.

Pero antes de calcular la fuerza centrífuga y la velocidad de esa materia sutil, había que asegurarse de que existía, y supuesto que existía, aún está demostrado que es falso que pueda ser la causa de la gravedad.

El Sr. Newton parece aniquilar inapelablemente esos torbellinos, grandes

y pequeños, tanto el que arrastra a los planetas en torno al sol, como en que hace girar cada planeta sobre sí mismo.

Primeramente, respecto al pretendido pequeño torbellino de la tierra, está probado que debe perder poco a poco su movimiento; está probado que si la tierra nada en un fluido, ese fluido debe ser de la misma densidad que la tierra, y si ese fluido es de la misma densidad, todos los cuerpos que movamos deben experimentar una resistencia extrema, es decir, que haría falta una palanca de la longitud de la tierra para levantar el peso de una libra.

2º Respecto a los grandes torbellinos, son todavía mas quiméricos. Es imposible hacerles concordar con las leyes de Kepler, cuya verdad está demostrada. El Sr. Newton hace ver que la revolución del fluido en que Júpiter es supuestamente arrastrado, no se corresponde con la revolución del fluido de la Tierra como la revolución de Júpiter lo hace con la de la tierra.

Prueba que, como todos los planetas hacen sus revoluciones en elipses, y por consecuencia están mucho más alejados unos de otros en sus *afelios* y mucho más próximos en sus *perihelios*, la Tierra, por ejemplo, debería ir más deprisa cuando está más cerca de Venus y de Marte, puesto que el fluido que la arrastra, estando entonces más oprimido, debe tener más movimiento; y sin embargo es justamente entonces cuando el movimiento de la tierra se hace más lento.

Prueba que no hay materia celeste que vaya de Occidente a Oriente, puesto que los cometas atraviesan esos espacios tanto de oriente a occidente como del septentrión al mediodía.

Finalmente, para mejor zanjar aún, si cabe, toda dificultad, prueba o, al menos, hace muy probable, e incluso con experiencias, que lo lleno es imposible, y nos vuelve a traer el vacío, que Aristóteles y Descartes habían expulsado del mundo.

Habiendo, por todas estas razones y por muchas otras más, derribado los torbellinos del cartesianismo, desesperaba de poder conocer jamás si hay un principio secreto en la naturaleza, que causa a la vez el movimiento de todos los cuerpos celestes y crea la gravedad de la tierra. Habiéndose retirado en 1666 al campo, cerca de Cambridge, un día que se paseaba por su jardín y que veía caer los frutos de un árbol, se dejó arrastrar a una meditación profunda sobre esa gravedad de la que todos los filósofos han buscado durante tanto tiempo la causa en vano, y en la que el vulgo ni siquiera sospecha misterio alguno. Se dijo a sí mismo: «De cualquier altura en nuestro hemisferio que cayesen esos cuerpos, su caída sería ciertamente en la progresión descubierta por Galileo; y los espacios recorridos por ellos serían como los cuadrados de los tiempos. Este poder que hace descender a los cuerpos graves es el mismo, sin ninguna disminución sensible, a cualquier profundidad que se esté bajo tierra y sobre la más alta montaña.

¿Por qué este poder no se extendería basta la luna? Y, si es cierto que penetra hasta ella, ¿no hay toda la apariencia de que ese poder la retiene en su órbita y determina su movimiento? Pero, si la luna obedece a ese principio, sea cual fuere, ¿no es también razonable creer que los otros planetas están igualmente sometidos a él?

«Si ese poder existe, debe (lo que, por otra parte, está probado) aumentar en razón inversa a los cuadrados de las distancias. No hay pues más que examinar el camino que haría un cuerpo grave cayendo sobre la tierra desde una altura mediocre, y el camino que haría en el mismo tiempo un cuerpo que cayese de la órbita de la luna. Para saberlo, no hay más que tener la medida de la tierra y la distancia de la luna a la tierra.»

Así razonó el Sr. Newton. Pero no se tenían entonces en Inglaterra más que medidas muy falsas de nuestro globo; se remitían a la estima incierta de los pilotos, que contaban sesenta millas inglesas por un grado, en lugar de las setenta que realmente había que contar. Como este falso cálculo no concordase con las conclusiones que el Sr. Newton quería sacar, las abandonó. Un filósofo mediocre y que no tuviese más que vanidad, hubiera hecho cuadrar como hubiese podido la medida de la tierra con su sistema. El Sr. Newton prefirió abandonar entonces su proyecto. Pero cuando el Sr. Picart hubo medido la tierra exactamente, trazando ese meridiano que tanto

honor da a Francia, el Sr. Newton volvió a tomar sus primeras ideas y cuadró su cuenta con el cálculo del Sr. Picart. Es una cosa que siempre me parece admirable, que se hayan descubierto tan sublimes verdades con la ayuda de un cuadrante y de un poco de aritmética.

La circunferencia de la tierra es de ciento veintitrés millones doscientos cuarenta y nueve mil seiscientos pies de París. De esto solamente puede seguirse todo el sistema de atracción.

Se conoce la circunferencia de la tierra, se conoce la órbita de la luna y el diámetro de esa órbita. La revolución de la luna en esa órbita se hace en veintisiete días, cuarenta y tres minutos; luego está demostrado que la luna, en su movimiento medio, recorre ciento ochenta y siete mil novecientos sesenta pies de París por minuto; y, por un teorema conocido, está demostrado que la fuerza central que haría caer a un cuerpo de la altura de la luna, no lo haría caer más de quince pies de París en el primer minuto.

Ahora bien, si la regla por la que los cuerpos pesan, gravitan, se atraen en razón inversa de los cuadrados de las distancias es cierta, si es el mismo poder el que actúa siguiendo esta regla en toda la naturaleza, es evidente que, estando alejada la tierra de la luna sesenta semi-diámetros, un cuerpo grave debe caer sobre la tierra quince pies en el primer segundo y cincuenta y cuatro mil pies en el primer minuto.

Pues bien, sucede que un cuerpo grave cae, en efecto, a quince pies en el primer segundo, y recorre en el primer minuto cincuenta y cuatro mil pies,

número que es el cuadrado de sesenta multiplicado por quince; luego los cuerpos pesan en relación inversa a los cuadrados de las distancias, luego el mismo poder crea la gravedad sobre la tierra y retiene a la luna en su órbita.

Estando pues demostrado que la luna pasa sobre la tierra, que es el centro de su movimiento particular, está demostrado que la tierra y la luna pesan sobre el sol, que es el centro de su movimiento anual.

Los otros planetas deben estar sometidos a esta ley general y, si esta ley existe, esos planetas deben seguir las leyes encontradas por Kepler. Todas esas relaciones son efectivamente guardadas por los planetas con extrema exactitud; luego el poder de la gravitación hace pesar todos los planetas hacia el sol, lo mismo que nuestro globo. Finalmente, dado que la reacción de cada cuerpo es proporcional a la acción, queda como cierto que la tierra pesa a su vez sobre la luna, y que el sol pesa sobre una y sobre otra, que cada uno de los satélites de Saturno pesa sobre los cuatro, y los cuatro sobre él, los cinco sobre Saturno y Saturno sobre todos ellos; que así sucede en Júpiter y que todos esos globos son atraídos por el sol, recíprocamente atraído por ellos.

Este poder de gravitación en proporción a la materia que encierran los cuerpos es una verdad que el Sr. Newton ha demostrado por medio de experiencias. Este nuevo descubrimiento ha servido para hacer ver que el sol, centro de todos los planetas, les atrae a todos en razón directa de sus masas, combinadas con su alejamiento. Desde ahí, elevándose gradualmente hasta conocimientos que parecían no estar hechos para el espíritu humano, se ha atrevido a calcular cuánta materia contiene el sol y cuánta hay en cada planeta; y así ha hecho ver que, por las simples leyes de la mecánica, cada globo celeste debe estar necesariamente en el lugar en que está. Su único principio de las leyes de la gravitación da razón de todas las desigualdades aparentes en el curso de los globos celestes. Las variaciones de la luna se convierten en una consecuencia necesaria de las leyes. Además, se ve evidentemente por qué los nudos de la luna hacen su revolución en diecinueve años y los de la tierra en el espacio de alrededor de veintiséis mil años. El flujo y el reflujo del mar es también un efecto muy sencillo de esta atracción. La proximidad de la luna en su pleno y cuando es nueva, y su alejamiento en sus cuartos, combinados con la acción del sol, proporcionan una razón sensible de la elevación y de la bajada del océano.

Tras haber dado cuenta, por su sublime teoría, del curso y de las desigualdades de los planetas, sujetó los cometas al freno de la misma ley. Estos fuegos desconocidos durante tanto tiempo, que eran el terror del mundo y el escollo de la filosofía, situados por Aristóteles debajo de la luna y enviados por Descartes más allá de Saturno, han sido puestos por fin en

su verdadero lugar por Newton.

Prueba que son cuerpos sólidos que se mueven en la esfera de la acción del sol, y describen una eclipse tan excéntrica y tan aproximada a una parábola que ciertos cometas deben invertir más de quinientos años en su revolución.

El Sr. Halley cree que el cometa de 1680 es el mismo que apareció en tiempos de Julio César: éste sobre todo sirve más que ningún otro para hacer ver que los cometas son cuerpos duros y opacos, pues pasa tan cerca del sol que no está alejado de él más que por una sexta parte de su disco; debe, en consecuencia, adquirir un hierro más inflamado. Habría sido disuelto y consumido en poco tiempo si no hubiese sido un cuerpo opaco. Entonces empezaba la moda de adivinar el curso de los cometas. El célebre matemático Jacques Bernuilli concluyó por su sistema que ese famoso cometa de 1680 reaparecería el 17 de mayo de 1719. Ningún astrónomo de Europa se acostó esa noche del 17 de mayo, pero el famoso cometa no apareció. Hay al menos más habilidad, si no más certeza, en darle quinientos setenta y cinco años para volver. Un geómetra inglés llamado Wilston, no menos quimérico que geómetra, ha afirmado seriamente que en los tiempos del diluvio hubo un cometa que inundó nuestro globo, y tuvo la injusticia de asombrarse de que se burlaran de él. La antigüedad pensaba más o menos a gusto de Wilston; creía que los cometas eran siempre heraldos de alguna desdicha sobre la tierra. Newton, en cambio, sospecha que son muy beneficiosos, y que los humos que salen de ellos sirven para socorrer y vivificar a los planetas que se empapan, en su curso, de todas esas partículas que el sol ha desprendido de los cometas. Este sentimiento es por lo menos más probable que el otro.

Esto no es todo. Si esta fuerza de gravitación, de atracción, actúa en todos los globos celestes, actúa sin duda sobre todas las partes de esos globos, pues, si los cuerpos se atraen en razón de sus masas, ello no puede ser más que en razón de la cantidad de sus partes; y si ese poder está alojado en el todo, lo está sin duda en la mitad, lo está en el cuarto, en la octava parte y así hasta el infinito. Además, si ese poder no estuviera igualmente en cada parte, habría siempre algunas partes del globo que gravitaría más que las otras, lo que no sucede. Luego ese poder existe realmente en toda la materia y en las más pequeñas partículas de la materia.

De este modo, he aquí que la atracción es el gran resorte que hace moverse a toda la naturaleza.

Newton había previsto ya, después de demostrar la existencia de este principio, que se rebelarían contra su simple nombre. En más de un sitio en su libro, recomienda precaución a su lector contra la atracción misma, le advierte que no debe confundirla con las cualidades ocultas de los antiguos y que se contente con conocer que hay en todos los cuerpos una fuerza

central que actúa de un extremo a otro del universo sobre los cuerpos más próximos y los más alejados, siguiendo las leyes inmutables de la mecánica.

Es asombroso que, después de las solemnes protestas de ese gran filósofo, el Sr. Saurin y el Sr. de Fontenelle, quienes no menos merecen ese nombre, le hayan reprochado netamente las quimeras del peripatetismo: el Sr. Saurin, en las Memorias de la Academia de 1709, y el Sr. de Fontenelle, en el mismo elogio del Sr. Newton.

Casi todos los franceses, los sabios y los otros, han repetido ese reproche. Se oye decir por doquiera: «¿Por qué Newton no se ha servido de la palabra impulsión, que se entiende muy bien, mejor que del término de atracción, que no se entiende?».

Newton hubiera podido responder a esos críticos: «En primer lugar, no entendéis mejor la palabra impulsión que la de atracción y, si no concebís por qué un cuerpo tiende hacia el centro de otro cuerpo, no imaginaréis mejor por qué virtud un cuerpo puede empujar a otro.

«En segundo lugar, no he podido admitir la impulsión; pues haría falta, para eso, que yo hubiera conocido que una materia celeste empuja efectivamente a los planetas; ahora bien, no sólo no conozco esa materia, sino que he probado que no existe.

«En tercer lugar, no me sirvo de la palabra atracción más que para expresar un efecto que he descubierto en la naturaleza, efecto cierto e indiscutible de un principio desconocido, cualidad inherente a la materia, de la que otros más hábiles que yo encontrarán, si pueden, la causa.

—¿Qué nos habéis enseñado entonces, insisten todavía, y por qué tantos cálculos para decirnos lo que vos mismo no comprendéis?

—Os he enseñado, podría continuar Newton, que la mecánica de las fuerzas centrales hace pesar todos los cuerpos en proporción de su materia, que esas fuerzas centrales hacen ellas solas moverse a los planetas y a los cometas en las proporciones marcadas. Os demuestro que es imposible que haya otra causa de la gravedad y del movimiento de todos los cuerpos celestes, pues, como los cuerpos graves caen sobre la tierra según la proporción demostrada de las fuerzas centrales y los planetas realizan su curso siguiendo esas mismas proporciones, si hubiese todavía otro poder que actuase sobre todos esos cuerpos, aumentaría sus velocidades o cambiaría sus direcciones. Pero nunca ninguno de esos cuerpos tiene un solo grado de movimiento, de velocidad, de determinación, que no esté demostrado que es el efecto de las fuerzas centrales; luego es imposible que haya otro principio.»

Permítaseme todavía hacer hablar un momento a Newton. Nada más propio que si dijese: «Estoy en un caso muy diferente al de los antiguos. Ellos veían por ejemplo al agua subir por las bombas y decían: 'El agua sube porque tiene horror al vacío'. Pero yo estoy en el caso del primero que

hubiese advertido que el agua sube por las bombas y dejase a los otros el cuidado de explicar la causa de este efecto. El anatomista que dijo el primero que el brazo se mueve porque los músculos se contraen, enseñó a los hombres una verdad incontestable; ¿se le estará menos agradecido porque no haya sabido por qué los músculos se contraen? La causa del resorte del aire es desconocida, pero quien ha descubierto ese resorte ha prestado un gran servicio a la física. El resorte que yo he descubierto estaba más oculto y era más universal; así que me deben estar más agradecidos. He descubierto una nueva propiedad de la materia, uno de los secretos del Creador; la he calculado, he demostrado sus efectos; ¿se me puede criticar por el nombre que le he dado?

Son los torbellinos los que pueden ser llamados cualidad oculta, puesto que nunca se ha probado su existencia. La atracción por el contrario es una cosa real, puesto que se demuestra sus efectos y se calculan sus proporciones. La causa de esta causa está en el seno de Dios.»

Procedes huc, et non ibis amplius.

DECIMOSEXTA CARTA

SOBRE LA ÓPTICA DEL SR. NEWTON

Un nuevo universo ha sido descubierto por los filósofos del último siglo, y ese mundo nuevo era tanto más difícil de conocer cuanto que ni siquiera se sospechaba que existiese. Parecía a los más sabios que era una temeridad atreverse solamente a soñar que pudiera adivinarse por qué leyes se mueven los cuerpos celestes y cómo actúa la luz.

Galileo, por sus descubrimiento astronómicos, Kepler, por sus cálculos, Descartes, por lo menos en su dióptrica, y Newton, en todas sus obras, han visto la mecánica de los resortes del mundo. En la geometría han doblegado lo infinito al cálculo. La circulación de la sangre en los animales y de la savia en los vegetales ha cambiado para nosotros la naturaleza. Una nueva manera de existir le ha sido dada a los cuerpos en la máquina neumática. Los objetos se han acercado a nuestros ojos con la ayuda de los telescopios. Finalmente, lo que Newton ha descubierto sobre la luz es digno de todo lo que la curiosidad de los hombres podía esperar de más audaz, después de tantas novedades.

Hasta Antonio de Dominis, el arco iris había parecido un milagro inexplicable; este filósofo adivinó que era un efecto necesario de la lluvia y del sol. Descartes hizo inmortal su nombre por la explicación matemática de este fenómeno tan natural; calculó las reflexiones de la luz en las gotas de lluvia, y esta sagacidad tuvo entonces algo de divino.

Pero ¿qué hubiera dicho si se le hubiera hecho conocer que se engañaba sobre la naturaleza de la luz; que no tenía ninguna razón en asegurar que se trataba de un cuerpo globuloso; que es falso que esta materia, extendiéndose por todo el universo, no espera, para ser puesta en acción, más que a ser impulsada por el sol, tal como un largo bastón que actúa en una punta al ser impulsado por la otra; que es muy cierto que es lanzada por el sol, y que finalmente la luz se trasmite del sol a la tierra en cerca de siete minutos, aunque un obús de cañón, conservando siempre su velocidad, no pueda hacer ese camino más que en veinticinco años?

¡Cuál hubiese sido su asombro si se le hubiese dicho: «Es falso que la luz se refleje directamente rebotando sobre las partes sólidas del cuerpo; es falso que los cuerpos sean transparentes cuando tienen poros anchos; y vendrá un hombre que demostrará esas paradojas y que anatomizará un solo rayo de luz con más destreza que el más hábil artista diseca el cuerpo humano!»

Ese hombre ya ha llegado. Newton, con la sola ayuda del prisma, ha

demostrado a los ojos que la luz es un amasijo de rayos coloreados, que, todos juntos, dan el color blanco. Un solo rayo es dividido por él en siete rayos, que vienen todos a disponerse sobre un lienzo o un papel blanco en su orden, uno encima de otro y a distancias desiguales. El primero es color de fuego; el segundo, limón; el tercero, amarillo; el cuarto, verde; el quinto, azul; el sexto, índigo; el séptimo, violeta. Cada uno de esos rayos, tamizado después por otros cien prismas, no cambiará nunca el color que lleva, lo mismo que un oro purificado no cambia ya en los crisoles. Y, para redundancia de prueba de que cada uno de esos rayos elementales lleva en sí lo que forma su color a nuestros ojos, tomad un pedacito de madera amarilla, por ejemplo, y exponedlo al rayo color de fuego: esa madera se tiñe al instante de color de fuego; exponedle al rayo verde: toma el color verde; y así en adelante.

¿Cuál es, pues, la causa de los colores en la naturaleza? Nada más que la disposición de los cuerpos para reflejar los rayos de un cierto orden y absorber todos los demás. ¿Cuál es esta secreta disposición? Él demuestra que es únicamente el espesor de las partecitas constituyentes de las que un cuerpo está compuesto. Y ¿cómo se hace esta reflexión? Se pensaba que era porque los rayos rebotaban, como una bala sobre la superficie de un cuerpo sólido. Nada de eso; Newton enseña a los filósofos asombrados que los cuerpos no son opacos más que porque sus poros son anchos, que la luz se refleja para nuestros ojos desde el seno de esos mismos poros, que, cuanto más pequeños son los poros de un cuerpo, más transparente es dicho cuerpo: así el papel, que refleja la luz cuando está seco, la transmite cuando está aceitado, porque el aceite, llenando sus poros, los vuelve mucho más pequeños.

De este modo, examinando la extremada porosidad de los cuerpos, cada parte con sus poros, y cada parte de cada parte con los suyos, es preciso ver que no se puede estar en absoluto seguro de que haya una pulgada cúbica de materia sólida en el universo; ¡hasta tal punto nuestro espíritu está alejado de concebir lo que es la materia!

Habiendo descompuesto así la luz, y habiendo llevado la sagacidad de sus descubrimiento hasta demostrar el medio de conocer el color compuesto por sus colores primitivos, él hizo ver que esos rayos elementales, separados por medio de un prisma, no se disponen en su orden más que porque son refractados en ese mismo orden; y es esa propiedad, desconocida hasta él, de romperse en esa proporción, es esa refracción desigual de los rayos, ese poder de refractar el rojo menos que el color anaranjado, etcétera.... lo que llama refrangibilidad.

Los rayos más reflectables son los más refrangibles; de aquí es preciso deducir que el mismo poder causa la reflexión y la refracción de la luz.

Tantas maravillas no son más que el comienzo de sus descubrimientos;

ha encontrado el secreto de ver las vibraciones y las sacudidas de la luz, que van y vienen sin fin, y que trasmiten la luz o la reflejan según el espesor de las partes que se encuentran; se ha atrevido a calcular el espesor de las partículas del aire necesario entre dos vidrios puestos uno sobre otro, el uno plano, el otro convexo por un lado, para operar tal trasmisión o reflexión, y para hacer tal o tal color.

De todas estas combinaciones encuentra en qué proporción la luz actúa sobre los cuerpos y los cuerpos actúan sobre ella.

Ha visto tan bien la luz que ha determinado hasta qué punto el arte de aumentar y de ayudar nuestros ojos con telescopios debe limitarse.

Descartes, por una noble confianza bien disculpable en el ardor que le daban los comienzos de un arte casi descubierto por él, esperaba ver en los astros, con anteojos de largo alcance, objetos tan pequeños como los que se disciernen sobre la tierra.

Newton ha mostrado que no se pueden perfeccionar más los anteojos, a causa de esa refracción y de esa misma refrangibilidad que, al acercarnos los objetos, apartan demasiado los rayos elementales; ha calculado, en esos vidrios, la proporción del apartamiento de los rayos rojos y los rayos azules; y, llevando la demostración a cosas de las que ni siquiera se suponía la existencia, examina la desigualdades que produce la figura del vidrio y la que hace la refrangibilidad. Encuentra que, siendo el vidrio objetivo del anteojo convexo por un lado y plano por el otro, si el lado plano está vuelto hacia el objeto, el defecto que proviene de la construcción y de la posición del vidrio es cinco mil veces menor que el defecto que proviene de la refrangibilidad; y que así no es la figura de los vidrios lo que hace que no se pueda perfeccionar el anteojo de largo alcance, sino que hay que referirse a la materia misma de la luz.

He aquí la razón por la que inventó un telescopio que muestra los objetos por reflexión, y no por refracción. Este nuevo tipo de anteojo es muy difícil de hacer y no es de uso cómodo; pero se dice en Inglaterra que un telescopio de reflexión de cinco pies hace el mismo efecto que un anteojo de cien pies.

DECIMOSÉPTIMA CARTA

SOBRE EL INFINITO Y SOBRE LA CRONOLOGÍA

El laberinto y el abismo del infinito es también una nueva carrera recorrida por Newton, y a él le debemos el hilo con el que guiarnos.

Descartes vuelve a ser también su precursor en esa asombrosa novedad; iba a grandes zancadas en su geometría hacia el infinito, pero se detuvo al borde de él. El Sr. Wallis, hacia mediados del siglo pasado, fue el primero que redujo una fracción, por una división perpetua, a una serie infinita.

Milord Brounker se sirvió de esa serie para cuadrar la hipérbole.

Mercator publicó una demostración de esa cuadratura. Fue poco más o menos en esa época cuando Newton, a la edad de veintitrés años, había inventado un método general para hacer sobre todas las curvas lo que se acababa de intentar sobre la hipérbole.

Es ese método de someter por doquier el infinito al cálculo algebraico, que se llama cálculo diferencial y cálculo integral. Es el arte de numerar y medir con exactitud aquello de lo que no se puede ni siquiera concebir la existencia.

En efecto, ¿no creeréis que se burlan de vosotros cuando os dicen que hay líneas infinitamente grandes que forman un ángulo infinitamente pequeño?

¿Que una recta que es recta en tanto que es finita, cambiando infinitamente poco de dirección, se convierte en curva infinita: que una curva puede llegar a ser infinitamente menos curva?

¿Que hay cuadrados de infinito, cubos de infinito e infinitos de infinito, cuyo penúltimo no es nada en relación al último?

Todo eso, que parece en primer término el exceso de la sinrazón, es, en realidad, el esfuerzo de la agudeza y de la extensión del espíritu humano, y el método de encontrar verdades que eran entonces desconocidas.

Este edificio tan audaz está además fundado sobre ideas sencillas. Se trata de medir la diagonal de un cuadrado, de obtener el área de una curva, de encontrar la raíz cuadrada de un número que no la tiene en la aritmética ordinaria.

Y, después de todo, tantos órdenes de infinitos no deben sublevar más la imaginación que esa proposición tan conocida de que entre un círculo y una tangente siempre se pueden hacer pasar curvas; o esa otra de que la materia es siempre divisible. Estas dos verdades están desde hace mucho tiempo demostradas y no son más comprensibles que las otras.

Se ha disputado mucho tiempo a Newton la invención de ese famoso

cálculo. El Sr. Leibniz ha pasado en Alemania por el inventor de las diferencias que Newton llama fluxiones, y Bernouilli ha reivindicado el cálculo integral; pero el honor del primer descubrimiento sigue siendo de Newton, y queda para los otros la gloria de haber hecho dudar entre ellos y él.

Del mismo modo se disputó a Harvey el descubrimiento de la circulación de la sangre; al Sr. Perrault, el de la circulación de la savia. Hartsoeker y Leuvenhoek se han disputado el honor de haber visto en primer lugar los pequeños gusanillos de que estamos hechos. Ese mismo Hartsoeker disputó al Sr. Huyghens la invención de una nueva manera de calcular el alejamiento de una estrella fija. No se sabe todavía qué filósofo encontró el problema de la ruleta.

Sea como fuere, es por medio de esta geometría del infinito como Newton ha alcanzado los más sublimes descubrimientos.

Me queda por hablaros de otra obra, más accesible al género humano, pero que exhibe también ese espíritu creador que Newton aportaba a todas sus investigaciones; se trata de una cronología completamente nueva, pues, en todo lo que emprendía, era preciso que cambiase las ideas aceptadas por los otros hombres.

Acostumbrado a desbrozar el caos, ha querido aportar al menos cierta luz en el de esas fábulas antiguas confundidas con la historia y fijar una cronología incierta. La verdad es que no hay familia, ni ciudad, ni nación que no intente hacer retroceder su origen; además, los primeros historiadores son los más negligentes en marcar las fechas; los libros eran mil veces menos comunes que hoy; por consiguiente, estando menos expuestos a la crítica, se engañaba al mundo más impunemente; y, puesto que evidentemente se han supuesto hechos, es bastante probable que también se hayan supuesto fechas.

En general, pareció a Newton que el mundo era quinientos años más joven de lo que las cronologías dicen; funda su idea sobre el curso ordinario de la naturaleza y sobre las observaciones astronómicas.

Se entiende aquí por el curso de la naturaleza el tiempo de cada generación de hombres. Los egipcios fueron los primeros que se sirvieron de esa manera incierta de contar. Cuando quisieron escribir los comienzos de su historia, contaban trescientas y una generaciones desde Menes hasta Sethon; y, no teniendo fechas fijas, evaluaron cada tres generaciones en cien años. Así, contaban del reino de Menes al de Sethon once mil trescientos cuarenta años.

Los griegos, antes de contar por olimpíadas, siguieron el método de los egipcios, e incluso extendieron un poco la duración de las generaciones, llevando cada generación hasta los cuarenta años. Ahora bien, en esto, los egipcios y los griegos se engañaron en su cálculo. Es muy cierto que, según

el curso ordinario de la naturaleza, tres generaciones suponen alrededor de cien o ciento veinte años; pero no es muy común que tres reinos duren ese número de años. Es muy evidente que, en general, los hombres viven más tiempo del que reinan los reyes. De este modo, un hombre que quiera escribir historia sin tener fechas precisas, y que sepa que hubo nueve reyes en una nación, se equivocará mucho si cuenta trescientos años para esos nueve reyes. Cada generación es de alrededor de treinta y seis años; cada reino es de alrededor de veinte, el uno por el otro. Tomad los treinta reyes de Inglaterra, desde Guillermo el Conquistador hasta Jorge I; han reinado seiscientos cuarenta y ocho años, lo que, repartido entre los treinta reyes, da a cada uno veintiún años y medio de reinado. Sesenta y tres reyes de Francia han reinado, el uno por el otro, cada uno poco más o menos veinte años. He aquí el curso ordinario de la naturaleza. Luego los, antiguos se han engañado cuando han igualado, en general, la duración de los reinos y la duración de las generaciones; luego han contado demasiado; luego hay que cortar un poco de su cálculo,

Las observaciones astronómicas parecen prestar todavía mayor socorro a nuestro filósofo; se muestra más fuerte combatiendo sobre su terreno.

Sabéis, señor, que la tierra, además de su movimiento anual que la arrastra alrededor del sol de Occidente a Oriente en el espacio de un año, tiene todavía una revolución singular, completamente desconocida hasta estos últimos tiempos. Sus polos tienen un movimiento muy lento de retrogradación de Oriente a Occidente, que hace que cada día su posición no responda precisamente a los mismos puntos del cíelo . Esta diferencia, insensible en un año, llega a hacerse bastante fuerte con el tiempo y, al cabo de setenta y dos años se halla que la diferencia es de un grado, es decir, de la trescientos sesenteava parte de todo el cielo . Así, después de setenta y dos años, el coluro del equinoccio de primavera, que pasaba por un fijo, responde a otro fijo. De ahí viene que el sol, en lugar de estar en la parte del cielo en que estaba el Carnero en tiempos de Hiparco, resulta responder a la parte del cielo donde está el Toro, y los Gemelos están en el sitio donde el Toro estaba entonces. Todos los signos han cambiado de sitio; sin embargo, conservamos siempre la manera de hablar de los antiguos; decimos que el sol está en el Carnero en primavera, por la misma condescendencia por la que decimos que el sol gira.

Hiparco fue el primero entre los griegos que advirtió ciertos cambios en las constelaciones con relación a los equinoccios o, más bien, que los aprendió de los egipcios. Los filósofos atribuyeron ese movimiento a las estrellas; pues entonces se estaba muy lejos de imaginar tal revolución en la tierra: se la creía inmóvil en todos los sentidos. Crearon, pues, un cielo en el que sujetaron todas las estrellas, y dieron a ese cielo un movimiento particular que le hacía avanzar hacia oriente, mientras que todas las estrellas

parecían hacer su ruta diaria de Oriente a Occidente. A este error añadieron un segundo mucho más esencial; creyeron que el pretendido cielo de las estrellas fijas avanzaba hacia Oriente un grado cada cien años. De este modo, se engañaron en su cálculo astronómico tanto como en su sistema físico. Por ejemplo, un astrónomo hubiera dicho entonces: «El equinoccio de primavera ha sido, en el tiempo de tal observador, en tal signo, en tal estrella; ha hecho dos grados de camino desde ese observador hasta nosotros; ahora bien, dos grados valen doscientos años; luego ese observador vivía doscientos años antes que yo.» Es seguro que un astrónomo que hubiese razonado así se habría engañado justamente en cincuenta

y cuatro años. He aquí por qué los antiguos, doblemente engañados, compusieron su gran año del mundo, es decir la revolución de todo el cielo, de alrededor de treinta y seis mil años. Pero los modernos saben que esa revolución imaginaria del cielo de las estrellas no es otra cosa que la revolución de los polos de la tierra, que se efectúa en veinticinco mil novecientos años. Bueno será hacer notar aquí, de pasada, que Newton, al determinar la figura de la tierra, ha explicado muy felizmente la razón de esa revolución.

Establecido todo esto, queda, para fijar la cronología, ver por cuál estrella el coluro del equinoccio corta hoy la eclíptica en primavera y averiguar si se encuentra algún antiguo que nos haya dicho en qué punto la eclíptica era cortada en su tiempo por el mismo coluro de los equinoccios.

Clemente de Alejandría refiere que Quirón, que era de la expedición de los Argonautas, observó las constelaciones en tiempos de esa famosa expedición, y fijó el equinoccio de primavera en medio del Carnero, el equinoccio de otoño en medio de la Balanza, el solsticio de nuestro verano en medio de Cáncer, y el solsticio de invierno en medio del Capricornio.

Mucho tiempo después de la expedición de los Argonautas y un año antes de la guerra del Peloponeso, Metón observó que el punto del solsticio del verano pasaba por el octavo grado de Cáncer.

Ahora bien, cada signo del Zodíaco es de treinta grados. En tiempos de Quirón, el solsticio estaba en la mitad del signo, es decir, en el decimoquinto grado; un año antes de la guerra del Peloponeso estaba en el octavo: luego había retrocedido siete grados. Un grado vale setenta y dos años; luego del comienzo de la guerra del Peloponeso a la empresa de los Argonautas no hay más que siete veces setenta y dos años, que hacen quinientos cuatro años, y no setecientos años, como decían los griegos. Así, comparando el estado del cielo hoy con el estado que había entonces, vemos que la expedición de los Argonautas debe situarse novecientos años antes de Jesucristo, y no alrededor de mil cuatrocientos años; y, por consiguiente, el mundo es alrededor de quinientos años menos viejo de lo que se

pensaba. De igual modo, todas las épocas se han acercado, y todo se ha hecho más tarde de lo que dicen. No sé si este sistema ingenioso hará una gran fortuna, y si querrán resolverse, sobre estas ideas, a reformar la cronología del mundo; puede que los sabios encontrasen que sería demasiado conceder a un mismo hombre el honor de haber perfeccionado juntamente la física, la geometría y la historia: eso sería una especia de monarquía universal, a la que el amor propio se doblega malamente. También, al mismo tiempo que muy grandes filósofos le atacaban por la atracción, otros combatían su sistema cronológico. El tiempo, que debería hacer ver a quién se debe la victoria, no hará quizá más que dejar la disputa aún más indecisa.

DECIMOCTAVA CARTA

SOBRE LA TRAGEDIA

Los ingleses tenían ya un teatro, igual que los españoles, cuando los franceses no tenían más que teatrillos. Shakespeare, que pasaba por ser el Corneille de los ingleses, florecía poco más o menos en el tiempo de Lope de Vega. Él creó el teatro. Tenía un genio lleno de fuerza y de fecundidad, natural y sublime, sin la menor chispa de buen gusto y sin el menor conocimiento de las reglas. Voy a deciros una cosa atrevida, pero verdadera: que el mérito de ese autor ha perdido al teatro inglés; hay escenas tan bellas, trozos tan grandes y tan terribles esparcidos en sus farsas monstruosas a las que llaman tragedias, que esas piezas han sido siempre interpretadas con un gran éxito. El tiempo, que es el único que fragua la reputación de los hombres, ha hecho finalmente respetables sus defectos. La mayor parte de las ideas chocantes y gigantescas de este autor han adquirido al cabo de doscientos años el derecho de pasar por sublimes; los autores modernos le han copiado casi todos; pero lo que tiene éxito en Shakespeare se lo silban a ellos, y, como supondréis, la veneración que se tiene por ese antiguo, aumenta a medida que se desprecia a los modernos. No se hacen la reflexión de que no habría que imitarlo, y el mal éxito de sus copistas hace solamente que se le crea inimitable.

Sabéis que en la tragedia del *Moro de Venecia*, pieza muy conmovedora, un marido estrangula a su mujer sobre el escenario, y cuando la pobre mujer está estrangulada, ella grita que muere muy injustamente. No ignoráis que en *Hamlet* los enterradores cavan una fosa mientras beben, cantan estribillos ligeros, y hacen sobre las calaveras que encuentran bromas convenientes a gente de su oficio. Pero lo que os sorprenderá es que se han imitado esas tonterías en el reinado de Carlos II, que era el de la cortesía y la edad de oro de las bellas artes.

Otway, en su *Venecia Salvada*, introduce al senador Antonio y a la cortesana Naki en medio de los horrores de la conspiración del Marqués de Bedmar. El viejo senador Antonio hace junto a su cortesana todas las monerías de un viejo libertino impotente y sin sentido común; imita al toro y al perro, muerde las piernas de su amante, quien le da patadas y latigazos. Se ha cortado de la pieza de Otway esas bufonadas, hechas para la canalla más vil; pero se han dejado en el Julio César, de Shakespeare, las bromas de los remendones y zapateros romanos introducidos en la escena con Bruto y Casio. Es que la tontería de Otway es moderna y la de Shakespeare, antigua.

Os quejaréis sin duda de que quienes hasta ahora os han hablado del teatro inglés, y sobre todo de ese famoso Shakespeare, no os hayan hecho ver más que sus errores, y que nadie haya introducido uno de esos momentos impresionantes que piden grada para todas sus faltas. Yo os respondería que es muy fácil referir en prosa los errores de un poeta, pero muy difícil traducir sus versos hermosos. Todos los gruñones que se erigen en críticos de los escritores célebres compilan volúmenes; preferiría dos páginas que nos hiciesen conocer algunas bellezas, pues mantendré siempre, con la gente de buen gusto, que hay más que aprovechar en doce versos de Homero y

de Virgilio que en todas las críticas que se han hecho de esos dos grandes hombres.

Me he arriesgado a traducir algunos trozos de los mejores poetas ingleses, he aquí uno de Shakespeare. Dispensad a la copia en favor del original; y recordad siempre, cuando veáis una traducción, que no veis más que una débil estampa de un hermoso cuadro. He escogido el monólogo de la tragedia de Hamlet, que es conocido de todo el mundo y que comienza por este verso:

To be o r not to be, that is the question.

Es Hamlet, príncipe de Dinamarca, quien habla..

Demeure; il faut choisir, et passer a l'instant
de la vie à la mort, ou de l'etre au néant.
Dieux cruels! s'il en est, éclairez mon courage.
Faut-il viellir courbé sous la main qui m'outrage,
supporter ou finir mon malheur et mon sort?
Qui suis-je? qui m'arrete? et qu'est-ce que la mort?
C'est la fin de nos maux, c'est mon unique asile;
aprés de longs transports, c'est un sommeil tranquille;
on s'en-dort, et tout meurt. Mais un affreux réveil
doit succeder peut-etre aux douceurs du sommeil.
On nous menace, on dit que cette courte vie
de tourments éternels est aussitot suivie.
O mort! moment fatal! affreuse éternité!
Tour coeur à ton seul nom se glace, epouvanté.
Eh! Qui pourrait sans toi supporter cette vie,
de nos prétres menteurs bénir 1'hipocrisie,
d'une indigne maitresse encenser les erreurs,
ramper sous un ministre, adorer ses hauteurs,
et montrer les langueurs de son ame abattue

à des amis ingrats qui détournent la vue?
La mort seraít trop douce en ces extrémités;
mais I'escrupule parle, et nous crie: «Arretez! ».
I1 défend a nos mains cet hereux homicide,
et d'un héros guerrier fait un chrétien tímide, etc...[1]

No creáis que he traducido aquí el inglés palabra por palabra; ¡malhaya

[1] Transcribo la versión volteriana de este conocidísimo monólogo, porque difiere sustancialmente de una traducción literal, para bien y para mal. He aquí la traducción literal de los versos de Voltaire: *Permanece; hay que elegir y pasar al instante / de la vida a la muerte, o del ser a la nada. / ¡Dioses crueles! si existís, iluminad mí coraje. / ¿Es preciso envejecer encorvado bajo la mano que me ultraja, / soportar o acabar mi desdicha y mi suerte? / ¿Quién soy? ¿Qué me detiene? Y ¿qué es la muerte? / Es el fin de nuestros males, nuestro único asilo; / tras largos arrebatos, es un sueño tranquilo; / uno se duerme y todo muere. Pero un espantoso despertar / debe seguir quizá a las dulzuras del sueño. / Nos amenazan, se dice que esta corta vida / de tormentos eternos es de inmediato seguida. / ¡Oh muerte, momento fatal, espantosa eternidad! / Todo corazón se hiela a tu solo nombre, espantado. / ¡Ah! ¿Quién podría sin ti soportar esta vida, / de nuestros curas mentirosos bendecir la hipocresía, / de una amante indigna alabar los errores, / reptar bajo un ministro, adorar sus altanerías / y mostrar las languideces del alma abatida / a amigos ingratos que apartan la vista? / La muerte sería demasiado dulce en tales extremos; / pero el escrúpulo había y nos dice: «Deténte». / Prohibe a nuestras manos este feliz homicidio / y de un héroe guerrero hace un timido cristiano, etc... /*

los traductores literales, que al traducir cada palabra debilitan el sentido! En este caso, bien se puede decir que la letra mata y el espíritu vivifica.

He aquí también un pasaje de un famoso trágico inglés, Dryden, poeta del tiempo de Carlos II, autor más fecundo que juicioso, que tendría una reputación sin mancilla si no hubiera hecho más que la décima parte de sus obras y cuyo gran defecto es haber querido ser universal.

Este trozo comienza así:

When I consider life, t'is all a cheat.
Yet fool'd by hope men favour the deceit.

De desseins en regrets et d'erreurs en désirs
les mortels insensés promenent leur folie.
Dans des malheurs présents, dans l'espoir des plaisirs,
nous ne vivons jamais, nous attendons la vie.
Demain, demain, dit-on, va combler tous nos voeux;
demain vient, et nous laisse encore plus malheureux.
Quelle est l'erreur, hélas! du soin que nous devore?
Nul de nous ne voudrait recommencer son cours:
de nos premiers moments nous maudissons l'aurore,
et de la nuit qui vient nous attendons encore
ce qu'ont en vain promis les plus beaux de nos jours, etc[2]

[2] Esta es la versión literal de la traducción volteriana del conocido poema de Dyrden: *De proyectos a remordimientos / y de errores a deseos / los mortales insensatos pasean su locura. / En las desdichas presentes, en la esperanza de placeres, / nunca vivimos, esperamos la vida. / Mañana, mañana, se dice, va a colmar todos nuestros anhelos; / llega mañana y nos deja aún más desdichados. / ¿Cuál es el error, ay, del cuidado que nos devora? / Ninguno de nosotros quisiera re-comenzar su curso: / maldecimos la aurora de nuestros primeros momentos, / y de la noche venidera esperamos todavía lo que en vano prometieron nuestros más hermosos días, etc.*

Es en esos trozos sueltos donde los trágicos ingleses han destacado hasta ahora; sus piezas, casi todas bárbaras, desprovistas de buen gusto, de orden, de verosimilitud, tienen fogonazos asombrosos en medio de esa noche. El estilo es demasiado ampuloso, demasiado fuera de lo natural, demasiado copiado de los escritores hebreos, tan llenos de la hinchazón asiática; pero también hay que confesar que los zancos del estilo figurado, sobre los que la lengua inglesa está encaramada, elevan también el espíritu bien alto, aunque con una marcha irregular.

El primer inglés que ha hecho una pieza razonable y escrita de comienzo a fin con elegancia es el ilustre Sr. Addison. Su *Catón de Utica* es una obra maestra por la dicción y por la belleza de los versos. El papel de Catón está para mi gusto muy por encima del de Cornelio en el *Pompeyo* de Corneille, pues Catón es grande sin hinchazón, y Cornelio, que por otra parte no es un personaje necesario, se encamina a veces al galimatías. El *Catón* del Sr. Addison me parece el más hermoso personaje que haya sobre ningún teatro, pero los otros papeles de la pieza no responden, y esta obra tan bien escrita está desfigurada por una intriga fría de amor, que extiende sobre la pieza una languidez que la mata.

La costumbre de introducir el amor a trancas y barrancas en las obras dramáticas pasó de París a Londres hacia el año 1660, con nuestras cintas y nuestras pelucas. Las mujeres, que preparan los espectáculos, como aquí, no quieren soportar que se les hable de otra cosa que de amor. El sabio Addison tuvo la blanda complacencia de plegar la severidad de su carácter a las costumbres de su tiempo, y estropeó una obra maestra por haber querido gustar.

Después de él, las piezas se han hecho más regulares, la gente más difícil, los autores más correctos y menos audaces. He visto piezas nuevas muy sensatas, pero frías. Parece que los ingleses no hayan estado hechos hasta ahora más que para producir bellezas irregulares. Los monstruos brillantes de Shakespeare gustan mil veces más que la sensatez moderna. El genio poético de los ingleses se parece hasta ahora a un árbol frondoso plantado por la naturaleza, echando al azar mil ramas y creciendo desigualmente y con fuerza; se muere, si queréis forzar su naturaleza y podarle como un árbol de los jardines de Marly.

DECIMONOVENA CARTA

SOBRE LA COMEDIA

No sé cómo el sabio e ingenioso Sr. de Muralt, de quien tenemos las *Cartas sobre los Ingleses y sobre los Franceses*, se ha limitado, al hablar de la comedia, a criticar a un cómico llamado Shadwell. Este autor era bastante despreciado en su tiempo; no era en absoluto el poeta de la gente respetable; sus piezas, gustadas durante varias representaciones por el pueblo, eran desdeñadas por todas las gentes de buen gusto, y se parecían a tantas piezas que he visto, en Francia, atraer al gentío y repeler a los lectores, y de las que se ha podido decir:

Todo París las condena y todo París corre detrás.

El Sr. de Muralt habría debido, según parece, hablarnos de un autor excelente que vivía entonces: era el Sr. Wincherley, que fue durante mucho tiempo el amante declarado de la querida más ilustre de Carlos II. Este hombre, que pasaba su vida en la más alta sociedad, conocía perfectamente sus vicios y sus ridiculeces, y los pintaba con el pincel más firme y con los colores más verdaderos.

Ha hecho un misántropo, que ha imitado de Molière. Todos los trazos de Wicherley son más fuertes y más audaces que los de nuestro misántropo; pero también tienen menos finura y buen gusto. El autor inglés ha corregido el único defecto que hay en la obra de Molière; este defecto es la falta de intriga y de interés. La pieza inglesa es interesante y su intriga es ingeniosa, aunque es demasiado audaz sin duda para nuestras costumbres. Trata de un capitán de barco lleno de valor, de franqueza y de desprecio por el género humano; tiene un amigo sabio y sincero del que desconfía, y una querida de la que es tiernamente amado, sobre la que no se digna poner los ojos; por el contrario, ha puesto toda su confianza en un falso amigo que es el hombre más indigno que respira, y ha dado su corazón a la más coqueta y pérfida de todas las mujeres; está muy seguro de que esa mujer es una Penélope y ese falso amigo un Catón. Parte para ir a batirse contra los holandeses, y deja todo su dinero, sus pedrerías y todo lo que tiene en el mundo a esa mujer de bien, y recomienda a esa misma mujer a ese amigo fiel, en el que tanto confía. Sin embargo, el verdadero hombre honrado del que desconfía tanto se embarca con él; y la querida a la que no se ha dignado ni mirar se disfraza de paje y hace el viaje sin que el capitán advierta su sexo en toda la campaña.

El capitán, habiendo hecho saltar su barco en un combate, vuelve a Londres, sin recursos, sin barco y sin dinero, con su paje y su amigo, no

conociendo ni la amistad de uno ni el amor de la otra. Se va derecho a casa de la perla de las mujeres, a la que espera encontrar con su caja y su fidelidad: la encuentra casada con el bribón en quien él había confiado, y no le han guardado mejor su depósito que lo demás. A mi hombre le cuesta mucho trabajo creer que una mujer de bien pueda hacer semejantes jugadas; pero, para convencerle mejor, esta honesta señora se enamora del pequeño paje y quiere poseerle por la fuerza. Pero, como es preciso que se haga justicia y que, en una pieza de teatro, el vicio sea castigado y la virtud recompensada, resulta, a fin de cuentas, que el capitán se pone en lugar del paje, se acuesta con su infiel, pone los cuernos a su traidor amigo, le da un buen sablazo a través del cuerpo, recupera su arca y se casa con su paje. Debo haceros notar que se ha introducido también en esta pieza a una condesa de Pimbesche, vieja plañidera, pariente del capitán, que es sin duda la más agradable criatura y el mejor carácter que haya en teatro.

Wincherley ha sacado también de Molière una pieza no menos singular y no menos audaz: es una especie de *Escuela de las mujeres*.

El principal personaje es un divertido calavera, terror de los maridos de Londres, quien, para estar más seguro de su juego, se encarga de hacer correr el rumor de que en su última enfermedad los cirujanos han tenido a bien hacerle eunuco. Con esta bonita reputación, todos los maridos le llevan sus mujeres, y el pobre hombre ya no tiene más problema que la elección; da sobre todo preferencia a una campesinita que tiene mucha inocencia y temperamento, y que pone los cuernos a su marido con una buena fe que vale más que la malicia de las damas más expertas. Esta pieza no es, si queréis, la escuela de las buenas costumbres, pero, en verdad, es una escuela del ingenio y de la buena comicidad.

Un tal caballero Vanbrugh ha hecho comedias aún más agradables, pero menos ingeniosas. Ese caballero era un hombre de placer; además de eso, poeta y arquitecto; hay quien pretende que escribía como edificaba, un poco groseramente. Es él quien edificó el famoso castillo de Blenheim, pesado y duradero monumento de nuestra desdichada batalla de Hochstedt. Si las habitaciones fueran solamente tan anchas como las murallas son espesas, esas castillo sería bastante cómodo.

Le pusieron en el epitafio a Vanbrugh que *le deseaban que la tierra no le fuese ligera, en atención a que cuando vivió la había cargado tan inhumanamente*.

Ese caballero, como diese una vuelta por Francia antes de la guerra de 1701, fue encerrado en la Bastilla, y allí permaneció cierto tiempo, sin haber nunca podido saber qué es lo que le había atraído esta distinción por parte de nuestro ministerio. Compuso una comedia en la Bastilla; y lo que a mi juicio es muy extraño es el que no haya en esta pieza ningún trazo contra el país en el que padeció tal violencia.

De todos los ingleses, el que ha llevado la gloria del teatro cómico más lejos es el difunto Sr. Congreve. No ha escrito más que pocas piezas, pero todas son excelentes en su género. Las reglas del teatro son rigurosamente observadas en ellas; están llenas de caracteres matizados con una extrema finura; no se consiente ni la menor broma de mal gusto; veis en ellas por doquier el lenguaje de la gente honrada con acciones de bribón; lo que prueba que conocía bien su mundo, y que vivía en lo que se llama buena compañía. Estaba inválido y casi moribundo cuando le conocí; tenía un defecto, el de no estimar bastante su primer oficio de autor, que había hecho su reputación y su fortuna. Me hablaba de sus farsas como bagatelas por debajo de él y me dijo, en nuestra primera conversación, que no le viese más que como un gentilhombre que vivía muy sencillamente; le respondí que, si hubiese tenido la desdicha de no ser más que un gentilhombre como cualquier otro, yo nunca habría ido a verle, y quedé muy chocado por esa vanidad tan mal orientada.

Sus piezas son las más espirituales y las más exactas; las de Vanbrugh, las más alegres y las de Wicherley, las más fuertes.

Hay que hacer notar que ninguno de estos bellos ingenios ha hablado mal de Molière. Sólo los malos autores ingleses han dicho inconveniencias de este gran hombre. Son los malos músicos de Italia los que desprecian a Lulli, pero un Buononcini le estima y le hace justicia, lo mismo que un Mead hace caso de un Helvétius y de un Silva.

Inglaterra tiene también buenos poetas cómicos, tales como el caballero Steele y el Sr. Cibber, excelente actor teatral y además poeta del rey, título que parece ridículo, pero que no deja de dar mil escudos de renta y hermosos privilegios. Nuestro gran Corneille no tuvo tanto.

Por lo demás, no me pidáis que entre aquí en el menor detalle de esas piezas inglesas de las que soy tan acérrimo partidario, ni que os refiera una frase ingeniosa o una broma de Wicherley o de Congreve; uno no se ríe con una traducción. Si queréis conocer la comedia inglesa, no hay otro medio para eso que ir a Londres, permanecer allí tres años, aprender bien el inglés e ir a la comedia todos los días. No obtengo gran placer leyendo a Plauto y a Aristófanes: ¿por qué?, porque no soy ni griego ni romano. La finura de las frases ingeniosas, la alusión, la referencia circunstancial, todo eso se pierde para el extranjero.

No sucede lo mismo en la tragedia; en ella no se trata más que de grandes pasiones y de tonterías heroicas consagradas por viejos errores de fábula o de historia. *Edipo*, *Electra*, pertenecen a los españoles, a los ingleses y a nosotros, como a los griegos.

Pero la buena comedia es la pintura parlante de las ridiculeces de una nación, y si no conocéis la nación a fondo, no podéis juzgar la pintura.

VIGÉSIMA CARTA

SOBRE LOS SEÑORES QUE CULTIVAN LAS LETRAS

Hubo un tiempo en Francia en el que las Bellas Artes eran cultivadas por los primeros del Estado. Los cortesanos sobre todo, se dedicaban a ellas, pese a la disipación, el gusto por la naderías, la pasión por la intriga, todas ellas divinidades del país.

Me parece que reina actualmente en la Corte un gusto muy otro que el de las letras. Quizá dentro de poco tiempo vuelva la moda de pensar: no tiene más que quererlo un rey; se hace de esta nación todo lo que se quiere. En Inglaterra se piensa comúnmente y las letras reciben más honor que en Francia. Esta ventaja es una consecuencia necesaria de la forma de su gobierno. Hay en Londres alrededor de ochocientas personas que tienen el derecho de hablar en público y de sostener los intereses de la nación; alrededor de cinco o seis mil pretenden el mismo honor a su vez; todo el resto se erige en juez de éstos y cada uno puede imprimir lo que piensa sobre los asuntos públicos. Así, toda la nación tiene necesidad de instruirse. No se oye hablar más que de los gobiernos de Atenas y de Roma; es preciso, aunque se los tenga, leer a los autores que han tratado de ellos; ese estudio conduce naturalmente a las letras clásicas. En general, los hombres tienen el espíritu de su estado. ¿Por qué de ordinario nuestros magistrados, nuestros abogados, nuestros médicos y muchos eclesiásticos tienen más letras, gusto e ingenio que el que se encuentra en todas las otras profesiones? Es que realmente su estado es tener el espíritu cultivado, como el de un mercader es conocer su negocio. No hace mucho tiempo que un señor inglés muy joven me vino a ver a París al volver de Italia; había hecho en verso una descripción de ese país, tan bellamente escrita como todo lo que han hecho el conde de Rochester y nuestros Chaulieu, nuestros Sarrasin y nuestros Chapelle.

La traducción que hago aquí está tan lejos de alcanzar la fuerza y el buen humor del original, que estoy obligado a pedir seriamente perdón por ella al autor y a los que entiendan inglés; sin embargo, como no tengo otro medio de hacer conocer los versos de Milord..., helos aquí traducidos:

> ¿Qué he visto pues en Italia? Orgullo, astucia y pobreza, grandes cumplidos, poca nobleza, y mucha ceremonia; la extravagante comedia que a menudo la Inquisición quiere que se llame religión, pero que aquí llamamos locura. La naturaleza vanamente bienhechora, quiere enriquecer esos lugares encantadores; la mano

> asoladora de los curas ahoga sus más hermosos presentes. Los monseñores, supuestamente grandes, solos en sus palacios magníficos, son ilustres haraganes, sin dinero y sin criados. En cuanto a los pequeños, sin libertad, mártires del yugo que les domina, han hecho voto de pobreza, rezando a Dios por puro ocio y ayunando siempre por escasez. Estos hermosos lugares, benditos por el Papa, parecen habitados por los diablos, y sus miserables habitantes están condenados en el paraíso.

Quizá se diga que estos versos son de un hereje; pero todos los días se traducen, e incluso bastante mal, los de Horacio o Juvenal, que tenían la desdicha de ser paganos. Bien sabéis que un traductor no debe responder a los sentimientos de su autor; todo lo que puede hacer es rezar a Dios por su conversión, que es lo que yo no dejo de hacer por la de Milord.

VIGÉSIMO PRIMERA CARTA

SOBRE EL CONDE DE ROCHESTER Y EL SR. WALLER

Todo el mundo conoce por su reputación al conde de ROCHESTER. El Sr. Saint-Evremond ha hablado mucho de él; pero no nos hace conocer del famoso ROCHESTER más que al hombre de placer, el hombre afortunado; yo quisiera dar a conocer en él al hombre de genio y al gran poeta. Entre otras obras que brillan con esa imaginación ardiente que no le pertenece más que a él, ha hecho algunas sátiras sobre los mismos temas que nuestro célebre Despréaux había escogido. No conozco nada más útil para perfeccionarse el gusto, que la comparación de los grandes genios que se han ejercido sobre las mismas materias.

He aquí como el Sr. Despréaux habla contra la razón humana, en su sátira sobre el hombre:

> Sin embargo, al verle, lleno de vapores ligeros, acunarse a sí mismo en sus propias quimeras, sólo él de la naturaleza es la base y apoyo, y el décimo cielo no gira más que por él. De todos los animales es aquí el amo; ¿quién podría negarlo? me dices. Yo, quizá; ese supuesto amo que les dicta leyes, ese rey de los animales, ¿cuántos reyes tiene?

He aquí como se expresa, poco más o menos, el conde de ROCHESTER, en su sátira sobre el hombre; pero es preciso que el lector no deje nunca de acordarse de que estas son traducciones libres de poetas ingleses, y que la preocupación de la versificación y las exquisiteces delicadas de nuestra lengua no pueden dar el equivalente de la licencia impetuosa del estilo inglés.

> Ese espíritu que odio, ese espíritu lleno de error,
> no es mi razón sino la tuya, Doctor;
> es tu razón frívola, inquieta, orgullosa,
> de los sabios animales la rival desdeñosa,
> que cree entre ellos y el ángel ocupar su centro,
> y piensa ser en este mundo imagen de su Dios,
> vil átomo importuno, que cree, duda, disputa,
> repta, se eleva, cae y niega aún en su caída;
> que nos dice: «Soy libre», mostrando sus cadenas,
> y cuyo ojo turbio y falso cree penetrar el universo.

Voltaire *Cartas filosóficas*

> ¡Vamos, locos reverendos, bienaventurados fanáticos!
> ¡Compilad montones de naderías escolásticas!
> Padres de visiones y de enigmas sagrados,
> autores de laberintos en los que os perdéis,
> ¡Id oscuramente a vuestros misterios,
> y corred a la escuela a adorar a vuestras quimeras!
> Hay otros errores: el de esos devotos
> condenados por sí mismos al hastío del reposo.
> Ese místico enclaustrado, orgulloso de su indolencia,
> Tranquilo en el seno de Dios, ¿qué hace? Piensa.
> No, tu no piensas, miserable, tu duermes,
> inútil a la tierra e igual a los muertos;
> tu espíritu débil se acurruca en la blandura;
> despierta, sé hombre, y sal de tu embriaguez.
> ¡El hombre ha nacido para actuar y tu pretendes pensar!

Sean estas ideas verdaderas o falsas, están expresadas con una energía que señala al poeta.

Me guardaré de examinar la cosa como filósofo y de cambiar aquí el pincel por el compás. Mi único propósito en esta carta es dar a conocer el genio de los poetas ingleses y voy a continuar en el mismo tono.

Se ha oído hablar del célebre Waller en Francia. Los Srs. de la Fontaine, Saint-Evremond y Bayle le han elogiado; pero no se conoce de él más que su nombre. Tuvo poco más o menos en Londres la misma reputación que Voiture tuvo en París, y creo que la mereció más. Voiture vino en un tiempo en el que se salía de la barbarie y en el que se estaba todavía en la ignorancia. Se quería tener ingenio y todavía no se tenía. Se buscaban giros en lugar de pensamientos: los brillantes falsos se encuentran más fácilmente que las piedras preciosas. Voiture, nacido con un genio frívolo y fácil, fue el primero que brilló en esta aurora de la literatura francesa; si hubiese venido después de los grandes hombres que han ilustrado el siglo de Luis XIV, o habría sido desconocido, o no se hubiese hablado de él sino para despreciarle, o hubiese corregido su estilo. El Sr. Despréaux le alaba, pero lo hace en sus primeras sátiras; es la época en que el gusto de Despréaux no estaba todavía formado: era joven y estaba en la edad en que se juzga a los hombres por su reputación y no por sí mismos. Por otro lado, Despréaux era a menudo muy injusto en sus alabanzas y en sus censuras. Alababa a Segrais, al que nadie lee; insultaba a Quinault, al que todo el mundo se sabe de memoria; y no dice nada de La Fontaine. Waller, aunque mejor que Voiture, no era todavía perfecto; sus obras galantes respiran gracia; pero la negligencia las hace languidecer y a menudo los pensamientos falsos las desfiguran. Los ingleses no habían llegado todavía en su tiempo a escribir

con corrección. Sus obras serias están llenas de un vigor que no esperaríamos tras la blandenguería de sus otras piezas. Hace un elogio fúnebre de Cronwell que, con sus defectos, pasa por ser una obra maestra. Para entender esa obra hay que saber que Cronwell murió el día de una tempestad extraordinaria.

La pieza comienza así:

Ya no está; es un hecho; sometámonos a la suerte:
el cielo ha señalado ese día con tempestades,
y la voz del trueno, estallando sobre nuestras cabezas,
acaba de anunciar su muerte.
Con sus últimos suspiros estremece a esta isla,
esta isla que su brazo hizo temblar tantas veces,
cuando en el curso de sus proezas,
rompía la cabeza de los reyes
y sometía un pueblo sólo dócil a su yugo.
Mar, tu te conturbaste. ¡Oh, mar!, tus olas conmovidas
parecen decir gruñendo a las más lejanas orillas
que el espanto de la tierra, y tu amo, ya no está.
Tal antaño al cielo voló Rómulo,
así dejó la tierra en medio de tempestades,
así de un pueblo guerrero recibió honras:
obedecido en su vida, adorado a su muerte,
su palacio fue un templo, etc...

Fue a propósito de este elogio de Cronwell cuando Waller le respondió así al rey Carlos II, según se halla en el diccionario de Bayle. El rey, al que Waller acababa, según uso de los reyes y los poetas, de presentarle una pieza llena de alabanzas, le reprochó que lo había hecho mejor por Cronwell. Waller le respondió: «Sire, nosotros los poetas tenemos más éxito en las ficciones que con las verdades.» Esta respuesta no era tan sincera como la del embajador holandés, quien, cuando el mismo rey se quejaba de que se tenían menos consideraciones con él que con Cronwell, respondió: « ¡Ah, Sire! Ese Cronwell era una cosa muy diferente».

Mi objetivo no es hacer un comentario sobre el carácter de Waller ni de nadie; no considero a las gentes después de su muerte más que por sus obras; todo lo demás queda para mí aniquilado; hago notar solamente que Waller, nacido en la Corte, con sesenta mil libras de renta, no tuvo jamás el tonto orgullo ni la pereza de abandonar su talento. Los condes de Dorset y de Roscommon, los duques de Buckingham, Milord Halifax y tantos otros no han creído rebajarse llegando a ser muy grandes poetas e ilustres escritores. Sus obras les dan más honor que sus nombres. Han cultivado las

letras como si hubiesen esperado de ellas su fortuna; además, han hecho las artes respetables a ojos del pueblo, que en todo tiene necesidad de ser guiado por los grandes y que, sin embargo, se rige menos por ellos en Inglaterra que en ninguna otra parte del mundo.

VIGÉSIMO SEGUNDA CARTA

SOBRE EL SR. POPE Y ALGUNOS OTROS POETAS FAMOSOS

Quería hablaros del Sr. Prior, uno de los más amables poetas de Inglaterra, a quien habéis visto en París de plenipotenciario y de enviado extraordinario en 1712. Contaba con daros también alguna idea de las poesías de Milord Roscommon, de Milord Dorset, etc.; pero advierto que me haría falta hacer un libro muy grueso y que, después de mucho trabajo, yo no daría sino una idea muy imperfecta de todas esas obras. La poesía es una especie de música: hay que oírla para juzgarla. Cuando os traduzco algunos trozos de esas poesías extranjeras, os anoto imperfectamente su música, pero no puedo expresaros el gusto de su canto.

Hay sobre todo un poema inglés que desespero de haceros conocer; se llama *Hudibrás*. Su tema es la guerra civil y la secta de los puritanos ridiculizados. Es *Don Quijote*, es nuestra *Sátira Menipea* fundidos juntos; es, de todos los libros que he leído jamás, el que he encontrado más lleno de ingenio; pero es también el más intraducible. ¿Quién iba a creer que un libro que capta todas las ridiculeces del género humano, y que tiene más pensamientos que palabras, no puede soportar la traducción? Es porque casi todo él hace alusión a aventuras particulares: el mayor ridículo cae principalmente sobre los teólogos, a los que poca gente del mundo entiende; haría falta a cada momento un comentario, y una broma explicada deja de ser una broma: todo comentador de frases ingeniosas es un tonto.

Este es el motivo por el que nunca se entenderán bien en Francia los libros del ingenioso Doctor Swift, al que llaman el Rabelais de Inglaterra. Tiene el honor de ser cura, como Rabelais, y de burlarse de todo, como él; pero se le hace un gran disfavor, según mi modesta opinión, llamándole con ese nombre. Rabelais, en su extravagante e ininteligible libro, ha esparcido una extrema alegría y una impertinencia aún mayor; ha prodigado la erudición, las porquerías y el hastío; un buen cuento de dos páginas es contrapesado por volúmenes de tonterías. Sólo unas cuantas personas de gusto extraño se precian de entender y de estimar toda esta obra; el resto de la nación ríe de las bromas de Rabelais y desprecia el libro. Se le mira como al primero de los bufones; uno se enoja de que un hombre que tenía tanto ingenio haya hecho un tan miserable uso de él; es un filósofo borracho, que no escribe más que durante su embriaguez.

El Sr. Swift es Rabelais, sobrio y viviendo en buena compañía; no tiene, cierto es, la alegría del primero, pero tiene toda la finura, la razón, el discernimiento y el buen gusto que faltan a nuestro cura de Meudon. Sus

versos son de un gusto singular y casi inimitable; la buena broma es su predio en verso y en prosa; pero, para entenderle bien, es preciso hacer un pequeño viaje a su país.

Podéis más fácilmente haceros una cierta idea del Señor Pope; es, según creo, el poeta más elegante el más correcto y, lo que es también mucho, el más armonioso que haya tenido Inglaterra. Ha reducido los silbidos agrios de la trompeta inglesa al sonido dulce de la flauta; se le puede traducir porque es extremadamente claro, y porque la mayor parte de sus temas son generales y atañen a todas las naciones.

Pronto se conocerá en Francia su *Ensayo sobre la crítica*, en la traducción en verso que ha hecho el Señor Abate de Resnel.

He aquí un trozo de su poema *El bucle de cabellos*, que acabo de traducir con mi libertad ordinaria, pues, insisto otra vez, no conozco nada peor que traducir a un poeta palabra por palabra.

Umbriel a I'instant, vieux gnome rechigné,
va, d'un aile pesante et d'un air renfrogné,
chercher, en murmurant, la caverne profonde
oú, loin des doux rayons que repand l'oeil du monde,
la déese aux vapeurs a choisi son séjour.
Les tristes Aquilons y sifflent a 1'entour,
et le soufle malsain de leur aride haleine
y porter aux environs la fiévre et la migraine.
Sur un riche sofá, derriere un paravent,
loin des flambeaux, du bruit, des parleurs et du vent,
la quinteuse déese incessament repose,
le coeur gros de chagrins, sans en avoir la cause,
n'ayant pensé jamais, l'esprit toujours troublé,
l'oeil chargé, le teint pále et I'hypocondre enflé.
La medisante envie est assise auprés d'elle,
vieux espectre féminin, decrépite pucelle,
avec un air dévot déchirant son prochain,
et chansonnant les gens l'Evangile a la main.
Sur un lit plein des fleurs négligemment penchée,
une jeune beauté non loin d'elle est couchée:
c'est l'Affectation, qui grasseye en parlant,
écoute sans entendre, et lorgne en regardant,
qui rougit sans pudeur, et rie de tout sans joie,
de cent maux différents prétend qu'elle est la proie,
et, pleine de santé sous le rouge et le fard,

se plaint avec mollesse et se páme avec art.[3]

Sí leyeseis este trozo en el original, en lugar de leerlo en esta débil traducción, le compararíais a la descripción de la pereza en *El atril*.

Baste con esto muy honradamente para los poetas ingleses. Ya os he dicho una palabrita de sus filósofos. En lo tocante a buenos historiadores,

[3] He aquí la traducción literal de la versión volteriana:

Al momento Umbriel viejo gnomo refunfuñador, / va, con vuelo pesado y aire hOsco, / a buscar, murmurando, la caverna profunda / donde, lejos de los dulces rayos que esparce el ojo del mundo, / la diosa de los vapores eligió su morada. / Los tristes Aquilones silban alrededor, / y el soplo malsano de su árido aliento / lleva a los entornos fiebre y jaqueca. / Sobre un rico sofá, tras una mampara, / lejos de las antorchas, del ruido, de las charlas y del viento, / la caprichosa diosa incesantemente reposa, / con el corazón henchido de pesar, sin saber la causa, / no habiendo pensado nunca, con el espíritu siempre turbio, / los ojos cargados, la tez pálida y el hipocondrio hinchado. / La maldicente envidia está sentada a su lado, / vicio espíritu femenino, decrépita doncella, / destrozando a su prójimo con un aire devoto, y sermoneando a la gente con el Evangelio en la mano. Negligentemente inclinada sobre un lecho lleno de flores, una joven beldad está recostada no lejos de ella: / es la Afectación, que habla con frenillo, / escucha sin oír, y bizquea al mirar, / que enrojece sin pudor, y se ríe de todo sin alegría, / pretende ser presa de cien males diferentes, / y, llena de salud bajo el carmín y el maquillaje, se queja con blandura y desfallece con arte.

no les conozco ninguno todavía; ha sido preciso que un francés les escribiese su historia. Quizá el genio inglés, que es frío o impetuoso, no ha captado todavía esa elocuencia ingenua y ese aire noble y sencillo de la historia; quizá el espíritu partidista, que enturbia la vista, ha desacreditado a todos sus historiadores: la mitad de la nación es siempre enemiga de la otra. He encontrado gentes que me han asegurado que Milord Marlborough era un cobarde y que el Sr. Pope era un tonto, como, en Francia, algunos jesuitas encuentran que Pascal era mezquino y algunos jansenistas dicen que el padre Bourdaloue no era más que un charlatán. María Estuardo es una santa heroína para los jacobitas; para los otros, es una desenfrenada, adúltera y homicida: de este modo en Inglaterra hay libelos pero no historia. Es cierto que hay en la actualidad un Sr. Gordon, excelente traductor de Tácito, muy capaz de escribir la historia de su país, pero el Sr. Rapin de Thoyras se le ha adelantado. En resumen, me parece que los ingleses no tienen tan buenos historiadores como nosotros, que no tienen verdaderas tragedias, que tienen comedias encantadoras, trozos de poesía admirables y filósofos que deberían ser los preceptores del género humano.

Los ingleses se han aprovechado mucho de las obras de nuestra lengua; deberíamos a nuestra vez tomar algo de ellos, después de haberles prestado; los ingleses y nosotros hemos llegado después de los italianos, que en todo han sido nuestros maestros y a los que hemos superado en alguna cosa. No sé a cual de las tres naciones habría que dar la preferencia; pero ¡dichoso quien sabe apreciar sus diferentes méritos!

VIGESIMO TERCERA CARTA

SOBRE LA CONSIDERACIÓN DEBIDA A LAS GENTES DE LETRAS

Ni en Inglaterra ni en ningún país del mundo se encuentran establecimientos en favor de las Bellas Artes como en Francia. Hay universidades casi en todas partes; pero sólo en Francia se encuentran esos útiles estímulos para la astronomía, para todas las partes de las matemáticas, para las de la medicina, para las investigaciones de la antigüedad, para la pintura, la escultura y la arquitectura. Luís XIV se ha inmortalizado con todas esas fundaciones, y esa inmortalidad no le ha costado ni doscientos mil francos al año.

Confieso que uno de mis asombros es que el Parlamento de Inglaterra, que se ha decidido a prometer veinte mil guineas a quien hiciese el imposible descubrimiento de las longitudes, no haya pensado en imitar a Luis XIV en su magnificencia con las Artes.

El mérito encuentra en verdad en Inglaterra otras recompensas más honrosas para la nación. Tal es el respeto que ese pueblo tiene por los talentos, que un hombre de mérito siempre hace allí fortuna. El Sr. Addison, en Francia, hubiese sido de alguna Academia y hubiese podido obtener, por el crédito de alguna mujer, una pensión de mil doscientas libras, o mejor, le hubiesen buscado problemas so pretexto de que se habrían advertido, en su tragedia de *Catón*, algunos trazos contra el portero de un hombre de posición, pero en Inglaterra, ha sido Secretario de Estado. El Sr. Newton era Intendente de las monedas del reino; el Sr. Congreve tenía un cargo importante; el Sr. Prior ha sido plenipotenciario. El doctor Swift es Deán de Irlanda, y es mucho más considerado que el primado. Si la religión del Señor Pope no le permite tener un puesto, no impide por lo menos que su traducción de Homero le haya valido doscientos mil francos. He visto durante mucho tiempo en Francia al autor de *Rhadamiste* a punto de morirse de hambre; y el hijo de uno de los hombres más grandes que Francia ha tenido, y que comenzaba a marchar sobre las huellas de su padre, se hubiera visto reducido a la miseria sin el Señor Fagon. Lo que más estimula las Artes en Inglaterra es la consideración de que gozan: el retrato del primer ministro se encuentra sobre la chimenea de su gabinete; pero he visto el del Sr. Pope en veinte casas.

El Sr. Newton recibió honores mientras vivió y ha sido honrado después de su muerte como debía serlo. Los principales de la nación se han disputado el honor de llevar las cintas de su féretro en el cortejo fúnebre. Entrad en Westminster. No son las tumbas de los reyes lo que allí se

admiran; son los monumentos que el agradecimiento de la nación ha erigido a los hombres más grandes que han contribuido a su gloria; veis allí sus estatuas como se veían en Atenas las de los Sófocles y los Platón; y estoy persuadido de que la sola vista de esos gloriosos monumentos ha excitado más de un espíritu y ha formado más de un gran hombre.

Incluso se ha reprochado a los ingleses el haber ido demasiado lejos en los honores que rinden al simple mérito; se han levantado objeciones contra que se haya enterrado en Westminster a la célebre comediante Miss Oldfield poco más o menos con los mismos honores que se han atribuido al Sr. Newton. Algunos han pretendido que habían fingido honrar hasta este punto a esta actriz, a fin de hacernos sentir más la bárbara y cobarde injusticia que nos reprochan por haber arrojado al estercolero el cuerpo de Mlle. Lecouvreur.

Pero os puedo asegurar que los ingleses, en la pompa fúnebre de Miss Oldfield, enterrada en su Saint Denis, no han consultado más que a su gusto; están muy lejos de atribuir infamia al arte de Sófocles y Eurípides, y de apartar del cuerpo de sus ciudadanos a los que se dedican a recitar ante ellos obras de las que la nación se glorifica.

En el tiempo de Carlos I, y en el comienzo de esas guerras civiles comenzadas por rigoristas fanáticos, de las que ellos mismos fueron finalmente las víctimas, se escribía mucho contra los espectáculos, tanto más cuanto que Carlos I y su mujer, hija de nuestro Enrique el Grande, los amaban extraordinariamente.

Un doctor, llamado Preynne, escrupuloso ante cualquier atrevimiento, que se hubiera creído condenado si hubiese llevado una sotana en lugar de un abrigo corto, y que hubiese querido que la mitad de los hombres hubiera pasado a cuchillo a la otra por la gloria de Dios y la *propaganda fide*, se decidió a escribir un libro muy malo contra unas comedias bastante buenas que se representaban todos los días muy inocentemente ante el rey y la reina. Citó la autoridad de los rabinos y algunos pasajes de San Buenaventura, para probar que el *Edipo*, de Sófocles, era obra del Maligno, y que Terencio estaba excomulgado *ipso facto*; y añadió que sin duda Bruto, que era un jansenista muy severo, no había asesinado a César más que porque César, que era Sumo Sacerdote, había compuesto una tragedia de Edipo; finalmente dijo que todos los que asistían a un espectáculo eran excomulgados que renegaban de su carisma y su bautismo. Esto era ultrajar al rey y a toda la familia real. Los ingleses respetaban entonces a Carlos I; no quisieron soportar que se hablase de excomulgar a ese mismo príncipe al que hicieron después cortar la cabeza. El Sr. Prynne fue citado ante la Cámara estrellada, condenado a ver su hermoso libro quemado por la mano del verdugo y él a que le fuesen cortadas las orejas. Su proceso se conserva en las actas públicas.

Se guardan bien, en Italia, de fustigar la ópera y de excomulgar al signor Senesino o la signora Cuzzoni. En lo que a mí respecta, me atrevería a desear que se pudiesen suprimir en Francia yo no sé qué malos libros que se han impreso contra nuestros espectáculos, pues, cuando los italianos y los ingleses se enteren de que mancillamos con la mayor infamia un arte en el que sobresalimos, que se condena por impío un espectáculo representado entre los religiosos y en los conventos, que se deshonran juegos en los que Luis XIV y Luis XV han sido actores, que se declaran obra del demonio piezas revisadas por los magistrados más severos y representadas ante una reina virtuosa; cuando, digo, los extranjeros se enteren de esta insolencia, de esta falta de respeto a la autoridad real, de esta barbarie gótica que se atreven a llamar severidad cristiana, ¿qué queréis que piensen de nuestra nación? Y, ¿cómo podrán concebir o que nuestras leyes autoricen un arte declarado tan infame o que se atrevan a marcar de tal infamia un arte autorizado por las leyes, recompensado por los soberanos, cultivado por los grandes hombres y admirado por las naciones, y que se encuentre en el mismo librero la declamación del padre Le Brun contra nuestros espectáculos, al lado de las obras inmortales de los Racine. Corneille, Molière, etc...?

VIGESIMO CUARTA CARTA

SOBRE LAS ACADEMIAS

Los ingleses han tenido mucho antes que nosotros una Academia de Ciencias; pero no está tan bien regulada como la nuestra, y esto quizá por la única razón de que es más antigua; pues, si hubiese sido formada después de la Academia de París, hubiera adoptado de ella algunas sabias leyes y hubiera perfeccionado las otras.

La Sociedad Real de Londres carece de dos de las cosas más necesarias para los hombres: las recompensas y las reglas. Es una pequeña fortuna segura en París, para un geómetra o un químico, una plaza en la Academia; por el contrario, le cuesta una en Londres el ser de la Sociedad Real. Cualquiera que dice en Inglaterra: «Me gustan las Artes» y quiere ser de la Sociedad, se ve en ella al instante. Pero en Francia para ser miembro y pensionista de la Academia, no basta con ser un aficionado, hay que ser sabio y disputar la plaza contra competidores tanto más temibles cuanto que están animados por la gloria, por el interés, por la dificultad misma y por esa inflexibilidad del espíritu que da por lo común el estudio obstinado de las ciencias de cálculo.

La Academia de las Ciencias está sabiamente limitada al estudio de la naturaleza y en verdad es un campo lo bastante vasto como para ocupar a cincuenta o sesenta personas. La de Londres mezcla indiferentemente la literatura a la física. Me parece que es mejor tener una academia particular para las letras clásicas, a fin de que nada sea confundido y no se vea una disertación sobre el peinado de las romanas junto a un centenar de nuevas curvas.

Puesto que la Sociedad de Londres tiene poco orden y ningún estímulo, y la de París está en el caso opuesto, no es asombroso que las memorias de nuestra Academia sean superiores a las de la suya: soldados bien disciplinados y bien pagados deben a la larga vencer a los voluntarios. Es cierto que la Sociedad Real ha tenido un Newton, pero no lo ha producido; incluso había pocos de sus colegas que le entendiesen; un genio como el Sr. Newton pertenecía a todas las academias de Europa, porque todas tenían mucho que aprender de él.

El famoso doctor Swift forjó el proyecto, en los últimos años del reinado de la reina Ana, de establecer una academia para la lengua, a ejemplo de la Academia Francesa. Este proyecto era apoyado por el conde de Oxford, gran tesorero, y aún más por el vizconde Bolingbroke, Secretario de Estado, que tenía el don de hablar improvisadamente en el Parlamento con tanta pureza

como Swift escribía en su gabinete, y que habría sido el protector y el ornamento de esa Academia. Los miembros que debían componerla eran hombres cuyas obras durarán tanto como la lengua inglesa: eran el doctor Swift, el Señor Prior, que hemos visto aquí de ministro público y que en Inglaterra tiene la misma reputación que La Fontaine entre nosotros; eran el Sr. Pope, el Boileau de Inglaterra, el Sr. Congreve, al que se puede llamar su Molière; varios otros cuyos nombres se me escapan aquí, habrían todos hecho florecer esa compañía desde su nacimiento. Pero la reina murió súbitamente; los whigs se empeñaron en hacer colgar a los protectores de la Academia, lo que, como comprenderéis, fue mortal para las letras. Los miembros de este cuerpo hubieran tenido una gran ventaja sobre los primeros que compusieron la Academia Francesa; pues Swift, Prior, Congreve, Dryden, Pope, Addison, etc... habían fijado la lengua inglesa con sus escritos, mientras que Chapelain, Colletet, Cassaigne, Faret, Perrin, Cotin, vuestros primeros académicos, eran el oprobio de vuestra nación, y sus nombres han llegado a ser tan ridículos que, si algún autor pasable tuviese la desdicha de llamarse Chapelain o Cotin se vería obligado a cambiar de nombre. Hubiera sido preciso sobre todo que la Academia Inglesa se propusiese ocupaciones completamente diferentes de la nuestra. Un día, un agudo ingenio de este país me pidió las memorias de la Academia Francesa. «No escribe memorias, le respondí, pero ha hecho imprimir sesenta u ochenta volúmenes cumplidos.» Recorrió uno o dos; no pudo jamás entender ese estilo, aunque entendía muy bien a todos nuestros buenos autores. «Todo lo que vislumbro, me dijo, en esos hermosos discursos, es que al recipiendario, tras haber asegurado que su predecesor era un gran hombre, que el cardenal Richelieu era un hombre muy grande, el canciller Seguier un hombre bastante grande, Luis XIV un hombre más grande, el director le responde lo mismo, y añade que el recipiendario podría muy bien también ser una especie de gran hombre y que por parte de él, director, no quedará».

Es fácil ver por qué fatalidad casi todos esos discursos han hecho tan poco honor a esa corporación: *vitium est temporis potius quam hominis*. El uso ha establecido insensiblemente que todo académico repetiría esos elogios a su recepción: se ha convertido en una especie de ley el aburrir al público. Si se busca después por qué los más grandes genios que han entrado en ese cuerpo han hecho a veces las peores arengas, la razón es también bastante fácil: es porque han querido brillar, es porque han querido tratar novedosamente una materia completamente gastada; la necesidad de hablar, el azoro de no tener nada que decir y el deseo de hacer ingenio son capaces de poner en ridículo incluso al hombre más grande; no pudiendo encontrar pensamientos nuevos, han buscado giros nuevos, y han hablado sin pensar, como gentes que masticasen en vacío y que fingiesen comer

mientras perecían de inanición.

En lugar de ser una ley en la Academia Francesa hacer imprimir todos esos discursos, que son lo único por lo que es conocida, debería ser ley no imprimirlos.

La Academia de Letras Clásicas se ha propuesto un objetivo más sabio y más útil, presentar al público una recopilación de memorias llenas de investigaciones y de críticas curiosas. Estas memorias son ya apreciadas entre los extranjeros; sería de desear únicamente que en algunas memorias se profundizase más y que otras no se hubiesen tratado. Uno se habría pasado muy bien, por ejemplo, de no sé qué disertación sobre las prerrogativas de la mano derecha sobre la mano izquierda y algunas otras investigaciones que, bajo un título menos ridículo, no son mucho menos frívolas.

La Academia de Ciencias, en sus investigaciones más difíciles y de una utilidad más sensible, abarca el conocimiento de la naturaleza y la perfección de las artes. Hay que creer que estudios tan profundos y tan continuados, cálculos tan exactos, descubrimientos tan finos, visiones tan amplias, producirán finalmente alguna cosa que servirá para el bien del universo.

Hasta ahora, como ya lo hemos observado juntos, es en los siglos más bárbaros cuando se han hecho los descubrimientos más útiles; parece que lo propio de los tiempos más ilustrados y de las compañías más sabias sea razonar sobre lo que los ignorantes han inventado. Se conoce hoy, tras las largas disputas del Sr. Huyghens y del Sr. Renaud, la determinación del ángulo más ventajoso de un timón de barco con la quilla; pero Cristóbal Colón había descubierto América sin sospechar nada de ese ángulo.

Estoy muy lejos de inferir de esto que sea preciso limitarse sólo a una práctica ciega; pero sería excelente que los físicos y los geómetras juntasen, en la medida de lo posible, la práctica a la especulación. ¿Acaso es preciso que lo que da mayor honor al espíritu humano sea a menudo lo menos útil? Un hombre, con las cuatro reglas de la aritmética y sentido común, llega a ser un gran negociante, un Jacques Coeur, un Delmet, un Bernard, mientras que un pobre algebrista se pasa la vida buscando en los números relaciones y propiedades asombrosas, pero sin uso, y que no le enseñarán lo que es el cambio. Todas las artes están poco más o menos en ese caso; hay un punto pasado el cual, las investigaciones son por pura curiosidad: esas verdades ingeniosas e inútiles se parecen a las estrellas que, situadas demasiado lejos de nosotros, no nos dan claridad.

En lo tocante a la Academia Francesa, ¿qué servicio prestaría a las letras, a la lengua y a la nación si, en lugar de hacer imprimir todos los años cumplidos, hiciese imprimir las buenas obras del siglo de Luis XIV, depuradas de todas las faltas de lenguaje que se hubiesen deslizado en ellas? Corneille y Molière están llenos de ellas; en La Fontaine pululan. las que no se

pudiesen corregir serían al menos marcadas. Europa, que lee a esos autores, aprendería por medio de ellos nuestra lengua con seguridad; su pureza quedaría fija para siempre; los buenos libros franceses, impresos con tal cuidado a expensas del rey, serían uno de los más gloriosos monumentos de la nación. He oído decir que el Sr. Despreaux había hecho antes esta proposición, y que ha sido renovada por un hombre cuyo ingenio, sabiduría y sana crítica son conocidos; pero esta idea ha corrido la suerte de muchos otros proyectos útiles, la de ser aprobada y ser descuidada.

VIGESIMO QUINTA CARTA

SOBRE LOS PENSAMIENTOS DEL SR. PASCAL

Os envío las acotaciones críticas que tengo hechas desde hace mucho tiempo sobre los *Pensamientos* del Sr. Pascal. No me comparéis aquí, os lo ruego, a Ezequías, que quiso hacer quemar todos los libros de Salomón. Respeto el genio y la elocuencia de Pascal; pero cuanto más los respeto, más persuadido estoy de que habría él mismo corregido muchos de esos *Pensamientos*, que había lanzado al albur sobre el papel para examinarlos después, y, admirando su genio, combato algunas de sus ideas.

Me parece que en general el espíritu con el que el Sr. Pascal escribió esos *Pensamientos* era el de mostrar al hombre desde una perspectiva odiosa. Se encarniza en pintarnos a todos malvados y desdichados. Escribe contra la naturaleza humana poco más o menos como escribía contra los jesuitas. Imputa a la esencia de nuestra naturaleza lo que no pertenece más que a ciertos hombres. Dice elocuentemente injurias contra el género humano. Yo me atrevo a tomar el partido de la humanidad contra este misántropo sublime; me atrevo a asegurar que no somos ni tan malos ni tan desdichados como él dice: estoy, además, completamente persuadido de que, si hubiera seguido en el libro que meditaba el designio que aparece en sus *Pensamientos*, habría hecho un libro lleno de paralogismos elocuentes y de falsedades admirablemente deducidas. Incluso creo que todos esos libros escritos hace poco para probar la religión cristiana, son más capaces de escandalizar que de edificar. ¿Pretenden estos autores saber más que Jesucristo y los apóstoles? Es como querer sostener un roble rodeándolo de cañas; se pueden apartar esas cañas inútiles sin temor de hacer daño al árbol.

He escogido con discreción algunos pensamientos de Pascal; pongo mis respuestas debajo. Vos juzgaréis si tengo o no razón.

I. «*las grandezas y las miserias del hombre son tan visibles que es necesariamente preciso que la verdadera religión nos enseñe que hay en él algún gran principio de grandeza y al mismo tiempo algún principio de miseria. Pues es preciso que la verdadera religión conozca a fondo nuestra naturaleza, es decir, que conozca todo lo que tiene de grande y todo lo que tiene de miserable y la razón de lo uno y lo otro. Es preciso también que nos dé razón de las grandes contrariedades que en ella se encuentran*.»

Esta manera de razonar parece falsa y peligrosa, pues la fábula de Prometeo y Pandora, los andróginos de Platón y los dogmas de los siameses

darían cuenta igualmente bien de esas contrariedades aparentes. La religión cristiana no dejará de ser verdadera aunque no se saquen de ella esas conclusiones ingeniosas que no pueden servir más que para hacer brillar el ingenio.

El cristianismo no enseña más que la sencillez, la humanidad, la caridad; querer reducirlo a metafísica es hacer de él una fuente de errores.

II. «*Que se examine sobre este punto a todas las religiones del mundo y que se vea si hay otra fuera de la cristiana que lo satisfaga. ¿Acaso será la que enseñaban los filósofos que nos proponen por todo bien un bien que está en nosotros? ¿Es ese el verdadero bien? ¿Han encontrado el remedio a nuestros males? ¿Acaso es haber curado de la presunción al hombre el haberle igualado a Dios? Y los que nos han igualado a los animales y nos han dado los placeres de la tierra por todo bien, ¿han aportado el remedio a nuestras concupiscencias?*»

Los filósofos no han enseñado religión; no es su filosofía lo que se trata de combatir. Nunca un filósofo se ha proclamado inspirado por Dios, pues entonces hubiera dejado de ser filósofo y se hubiera hecho profeta. No se trata de saber si Jesucristo debe vencer a Aristóteles; se trata de probar que la religión de Jesucristo es la verdadera y que las de Mahoma, los paganos y todas las otras son falsas.

III. «*Y, sin embargo, sin ese misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición toma todos sus recovecos y pliegues en el abismo del pecado original, de suerte que el hombre es más inconcebible sin ese misterio que lo que ese misterio es inconcebible para el hombre.*»

¿Acaso es razonar el decir: *el hombre es inconcebible sin ese misterio inconcebible*? ¿Por qué querer ir más lejos que la Escritura? ¿No hay temeridad en creer que tiene necesidad de apoyo y que esas ideas filosóficas pueden dárselo?

¿Qué habría respondido el Sr. Pascal a un hombre que le hubiera dicho: «Sé que el misterio del pecado original es objeto de mi fe y no de mi razón. Concibo muy bien sin misterio lo que es el hombre; veo que viene al mundo como los otros animales; que el alumbramiento de las madres es más doloroso a medida que son más delicadas; que algunas veces las mujeres y los animales hembras mueren en el parto; que hay a veces niños mal conformados que viven privados de uno o dos sentidos y de la facultad de razonar; que los que están mejor organizados son los que tienen las pasiones más vivas; que el amor a sí mismo es igual en todos los hombres y que les es tan necesario como los cinco sentidos; que este amor propio nos es dado por Dios para la conservación de nuestro ser, y que nos ha dado la religión para regular este amor propio; que nuestras ideas son justas o inconsecuentes, oscuras o luminosas, según que nuestros órganos sean

más o menos sólidos, más o menos dúctiles, y según que seamos más o menos apasionados; que dependemos en todo del aire que nos rodea, de los alimentos que tomamos, y que, en todo eso, no hay nada de contradictorio. El hombre no es un enigma, como vos os figuráis para tener el placer de adivinarlo. El hombre parece estar en su lugar en la naturaleza, superior a los animales, a los que es semejante por sus órganos, inferior a otros seres, a los que se parece probablemente por el pensamiento. Es, como todo lo que vemos, una mezcla de mal y de bien, de placer y de dolor. Está dotado de pasiones para actuar y de razón para gobernar sus acciones. Si el hombre fuese perfecto sería Dios, y esas pretendidas contrariedades, que llamáis *contradicciones*, son los ingredientes necesarios que entran en el compuesto del hombre, que es lo que debe ser?»

IV. «*Sigamos nuestros movimientos, observémosnos a nosotros mismos, y veamos si no encontraremos los caracteres vivos de esas dos naturalezas. ¿Acaso tantas contradicciones se encontrarían en un sujeto simple? Esta duplicidad del hombre es tan visible que hay quien ha pensado que teníamos dos almas, pues un sujeto simple les parecía incapaz de tales y tan súbitas variaciones, de una presunción desmesurada a un horrible abatimiento del corazón.*»

Nuestras diversas voluntades no son contradicciones en la naturaleza y el hombre no es un sujeto simple. Está compuesto de un número innumerable de órganos: si uno solo de esos órganos está un poco alterado, es necesario que cambie todas las impresiones del cerebro, y que el animal tenga nuevos pensamientos y nuevas voluntades. Es muy cierto que estamos ora abatidos por la tristeza ora hinchados de presunción, y así debe ser cuando nos encontramos en situaciones opuestas. Un animal al que su dueño acaricia y alimenta, y otro al que se degüella lentamente y con habilidad para hacer una disección, experimentan sentimientos muy contrarios, lo mismo hacemos nosotros; y las diferencias que hay entre nosotros son tan poco contradictorias que sería contradictorio que no existiesen.

Los locos que han dicho que tenemos dos almas podían por la misma razón darnos treinta o cuarenta, pues un hombre, bajo una gran pasión, tiene a menudo treinta o cuarenta ideas diferentes de una misma cosa, y debe necesariamente tenerlas, según que este objeto se le aparezca bajo diferentes caras.

Esa pretendida *duplicidad* del hombre es una idea tan absurda como metafísica. Igual me daría decir que el perro que muerde y que acaricia es doble; que la gallina, que tiene tanto cuidado de sus pequeños y luego los abandona hasta desconocerlos, es doble; que el árbol que está ora cargado, ora despojado de hojas es doble. Confieso que el hombre es inconcebible; pero todo el resto de la naturaleza lo es también y no hay más

contradicciones aparentes en el hombre que en todo lo demás.

V. «*No apostar por que Dios existe, es apostar a que no existe. ¿Qué elegiréis entonces? Pesemos la ganancia y la pérdida, tomando el partido de creer que Dios existe. Si ganáis, lo ganáis todo; si perdéis no perdéis nada. Apostad pues a que existe, sin vacilar. —Sí, hay que apostar,— pero quizá apuesto demasiado. —Vamos, puesto que hay semejante albur de ganancia y pérdida, aunque no tuvierais más que dos vidas que ganar por una, podríais aún apostar.*»

Es evidentemente falso decir: «No apostar por que Dios existe, es apostar a que no existe», pues el que duda y pide iluminarse no apuesta ciertamente ni por ni contra.

Por otra parte, este articulo parece un poco indecente y pueril; esta idea de juego, de pérdida y ganancia, no conviene a la gravedad del tema.

Además, el interés que tengo en creer una cosa no es una prueba de la existencia de esa cosa. Os daré, me decís, el imperio del mundo si creo que tenéis razón. Yo deseo entonces de todo corazón que tengáis razón; pero, hasta que me lo hayáis probado, no puedo creeros.

Comenzad, podríamos decir al Sr. Pascal, por convencer a mí razón. Tengo interés, sin duda, en que haya un Dios; pero si, en vuestro sistema, Dios ha venido para tan pocas personas; si la pequeñez del número de los elegidos es tan amedrentadora; sí no puedo nada en absoluto por mí mismo, decidme, os lo ruego, ¿qué interés tengo en creeros? ¿No tengo acaso un interés visible en estar persuadido de lo contrario? ¿Con qué cara osaréis mostrarme una dicha infinita a la que, de un millón de hombres, apenas uno sólo tiene derecho a aspirar? Si queréis convencerme, arreglaos de otra manera, y no vayáis tan pronto a hablarme de juego de azar, de apuesta, de cara y cruz, tan pronto a espantarme con las espinas que sembráis en el camino que quiero y debo seguir. Vuestro razonamiento no serviría más que para hacer ateos, si la voz de toda la naturaleza no nos gritase que hay un Dios, con tanta fuerza como debilidad tienen esas sutilezas.

VI. «*Viendo la ceguera y la miseria del hombre y esas contradicciones asombrosas que se descubren en su naturaleza, y mirando a todo el universo mudo, y el hombre sin luz, abandonado a sí mismo, y como perdido en este rincón del universo, sin saber quién le ha puesto en él ni qué ha venido a hacer aquí, ni lo que será de él cuando muera, me lleno de espanto como un hombre que hubiera sido llevado mientras dormía a una isla desierta y sin tener ningún medio de salir de ahí; y además me admiro de cómo no se desespera uno en tan miserable estado.*»

Leyendo esta reflexión, recibo una carta de uno de mis amigos, que mora en un país muy alejado. He aquí sus palabras:

«Estoy aquí como vos me dejasteis, ni más alegre, ni más triste, ni más rico, ni más pobre, gozando de una salud perfecta, teniendo todo lo que

hace la vida agradable, sin amor, sin avaricia, sin ambición y sin deseo, y mientras esto dure, me llamaré audazmente un hombre muy feliz.»

Hay muchos hombres tan felices como él. Sucede con los hombres como con los animales; tal perro come y se acuesta con su querida; tal otro da vueltas a la noria y tan contento, tal otro se vuelve rabioso y se le mata. En lo que a mí respecta, cuando miro París o Londres, no veo ninguna razón para caer en esa desesperación de que habla el Sr. Pascal; veo una ciudad que no se parece en nada a una isla desierta, sino poblada, opulenta, urbana, y donde los hombres son tan felices como la naturaleza humana lo consiente. ¿Qué hombre sabio está dispuesto a ahorcarse porque no sabe cómo ver a Dios cara a cara, y porque su razón no puede dilucidar el misterio de la Trinidad? Lo mismo sería desesperarse por no tener cuatro piernas y dos alas.

¿Por qué horrorizarnos de nuestro ser? Nuestra existencia no es tan desdichada como se nos quiere hacer creer. Mirar el universo como una celda y todos los hombres como criminales a los que se va a ejecutar es la idea de un fanático. Creer que el mundo es un lugar de delicias donde no se debe tener más que placer, es el sueño de un sibarita. Pensar que la tierra, los hombres y los animales son lo que deben ser en el orden de la Providencia es, creo, de un hombre sabio.

VII. «*(Los judíos piensan) que Dios no dejará eternamente a los otros pueblos en esas tinieblas; que vendrá un liberador para todos; que ellos están en el mundo para anunciarle; que han sido creados expresamente para ser los heraldos de ese gran acontecimiento, y para llamar a todos los pueblos a unirse a ellos en la espera de ese liberador.*»

Los judíos han esperado siempre un liberador; pero su liberador es para ellos y no para nosotros. Esperan un Mesías que hará a los judíos dueños de los cristianos, y nosotros esperamos que el Mesías reunirá un día a los judíos y a los cristianos: ellos piensan precisamente sobre esto lo contrario de lo que nosotros pensamos.

VIII. «*La ley por la que ese pueblo es gobernado es justamente la más antigua ley del mundo, la más perfecta y la única que haya sido siempre observada sin interrupción en un Estado. Esto es lo que Filón, judío, mostró en diversos lugares, y Josefo admirablemente contra Appio, donde hace ver que es tan antigua que el nombre mismo de ley no ha sido conocido de los más antiguos sino mil años después, de tal suerte que Homero, que ha hablado de tantos pueblos, nunca se sirvió de él. Y es fácil juzgar la perfección de esa ley por su simple lectura, en la que se ve que ha previsto todas las cosas con tan admirable sabiduría, tanta equidad, tanto juicio, que los más antiguos legisladores griegos y romanos que tuviesen algunas luces han tomado de ella sus principales leyes: eso es lo que parece por la que ellos llaman de las* Doce Tablas*, y por las otras*

pruebas que da Josefo.»

Es muy falso que la ley de los judíos sea la más antigua, puesto que antes de Moisés, su legislador, moraban en Egipto, el país más renombrado de la tierra por sus sabias leyes.

Es muy falso que el nombre de ley no haya sido conocido hasta después de Homero; él habla de las leyes de Minos; la palabra ley está en Hesíodo. Y aunque el nombre de ley no se encontrase ni en Hesíodo ni en Homero, eso no probaría nada. Había reyes y jueces; luego había leyes.

Es también muy falso que los griegos y los romanos hayan tomado las leyes de los judíos. Eso no puede ser en los comienzos de sus repúblicas, pues entonces no podían conocer a los judíos; no puede ser en el tiempo de su grandeza, pues entonces tenían por esos bárbaros un desprecio conocido en toda la tierra.

IX. «*Ese pueblo es además de sinceridad admirable. Guardan con amor y fidelidad el libro en que Moisés declara que han sido siempre ingratos hacia Dios y que sabe que lo serán aún más después de su muerte; pero que pone al cielo y a la tierra como testigos contra ellos, de que él bastante se lo había dicho; que finalmente Dios, irritándose contra ellos, los dispersará por todos los pueblos de la tierra; que, tal como le han irritado adorando dioses que no eran sus dioses, él los irritará llamando a un pueblo que no es su pueblo. Sin embargo, a ese libro, que les deshonra de tantas maneras, lo conservan a expensas de su vida. Es una sinceridad que no tiene ejemplo en el mundo, ni su raíz en la naturaleza*.»

Esa sinceridad tiene ejemplos en todas partes y no tiene su raíz más que en la naturaleza. El orgullo de cada judío está interesado en creer que no es su detestable política, su ignorancia de las artes, su grosería lo que le ha perdido, sino que es la cólera de Dios que le castiga. Piensa con satisfacción que han hecho falta milagros para abatirle, y que su nación sigue siendo la bienamada del Dios que la castiga.

Que un predicador suba al púlpito y diga a los franceses: «Sois miserables que no tenéis corazón ni decencia; habéis sido derrotados en Hochstedt y en Ramillies porque no habéis sabido defenderos»; se hará lapidar. Pero si dice: «Sois católicos queridos de Dios; vuestros pecados infames habían irritado al Eterno, que os entregó a los herejes en Hochstedt y en Ramillies; pero cuando habéis vuelto al Señor, entonces ha bendecido vuestro valor en Denain»; estas palabras le harán ser amado por el auditorio.

X. «*Si hay un Dios, no hay que amarle más que a él y no a las criaturas.*»

Hay que amar, y muy tiernamente, a las criaturas; hay que amar a su patria, a su mujer, a su padre, a sus hijos, y hay que amarlos hasta tal punto que Dios nos los hace amar pese a nosotros mismos. Los principios

contrarios no son propios más que para hacer bárbaros razonantes.

XI. «*Nacemos injustos, pues cada uno tiende hacia sí mismo. Eso va contra todo orden. Hay que tender hacia lo general; y la inclinación hacia uno mismo es el comienzo de todo desorden en guerra, en policía, en economía, etc...*»

Eso es algo perfectamente dentro del orden. Es tan imposible que una sociedad pueda formarse y subsistir sin amor propio, como sería imposible hacer hijos sin concupiscencia, pensar en alimentarse sin apetito, etc... Es el amor a nosotros mismos el que asiste de amor a los otros; es por nuestras necesidades mutuas por lo que somos útiles al género humano; es el fundamento de todo comercio; es el eterno lazo entre los hombres. Sin él no se habría inventado ni un arte ni se hubiera formado nunca una sociedad de diez personas. Es este amor propio, que cada animal ha recibido de la naturaleza, el que nos advierte que respetemos el de los otros. La ley dirige este amor propio y la religión lo perfecciona. Es muy cierto que Dios hubiera podido hacer criaturas únicamente atentas al bien de otro. En tal caso, los mercaderes habrían ido a las Indias por caridad y el albañil hubiera cortado la piedra para dar gusto a su prójimo. Pero Dios ha establecido las cosas de otro modo. No acusemos al instinto que él nos da y hagamos el uso que manda de él.

XII. «*(El sentido oculto de las profecías) no podía inducir a error, y sólo un pueblo tan carnal como ese podía equivocarse al respecto. Pues cuando le son prometidos bienes en abundancia, ¿quién les impedía entender los verdaderos bienes, sino su avaricia, que determinaba ese sentido a los bienes de la tierra?*»

En buena ley, ¿habría acaso el pueblo más espiritual de la tierra entendido de otro modo? Eran esclavos de los romanos; esperaban un libertador que les hiciese victoriosos y que hiciera respetar Jerusalén en todo el mundo. ¿Cómo, con las luces de su razón, podían ver a ese vencedor, a ese monarca en Jesús pobre y crucificado? ¿Cómo podían entender por el nombre de su capital una Jerusalén celeste, ellos, a quienes el decálogo no había hablado siquiera de la inmortalidad del alma? ¿Cómo un pueblo tan apegado a su ley podía, sin una luz superior, reconocer en sus profecías, que no eran su ley, un Dios oculto bajo la figura de un judío circunciso, quien con su nueva religión ha destruido y hecho abominables la circuncisión y el sábado, fundamentos sagrados de la ley judaica? Una vez más, adoremos a Dios sin querer penetrar en la oscuridad de sus misterios.

XIII. «*El tiempo de la primera venida de Jesucristo ha sido predicho. El tiempo de la segunda no lo ha sido, porque la primera debía ser oculta, mientras que la segunda debe ser triunfal y tan manifiesta que sus mismos enemigos la reconocerán.*»

El tiempo del segundo advenimiento de Jesucristo ha sido predicho aún más claramente que el primero. El Sr. Pascal había aparentemente olvidado que Jesucristo, en el capítulo XXI de San Lucas, dice expresamente: «Cuando veáis una ejército rodear Jerusalén, sabed que la desolación está próxima... Jerusalén será pisoteada, y habrá signos en el sol y en la luna y en las estrellas; las olas del mar harán un gran ruido... las virtudes de los cielos serán trastocadas; y entonces verán al hijo del hombre, que vendrá sobre una nube con un gran poder y una gran majestad.»

¿No se ve aquí por ventura la segunda venida predicha distintamente? Pero si eso no ha sucedido todavía, no somos nosotros quienes debemos atrevernos a interrogar a la divina providencia.

XIV. «*El Mesías, según los judíos carnales, debe ser un gran príncipe temporal. Según los cristianos carnales, ha venido a dispensarnos de amar a Dios, y a darnos sacramentos que lo obren todo sin nosotros. Ni lo uno ni lo otro es la religión cristiana ni la judía.*»

Este artículo es más bien un rasgo satírico que una reflexión cristiana. Se ve que es a los jesuitas a quienes se ataca aquí. Pero ¿en verdad algún jesuita ha dicho nunca que *Jesucristo ha venido a dispensarnos de amar a Dios*? La disputa sobre el amor de Dios es una pura disputa de palabras, como la mayoría de las otras querellas científicas que han causado odios tan vivos y desdichas tan espantosas.

Aparece aún otro defecto en este artículo. Y es que se supone en él que la espera de un Mesías era un punto de religión entre los judíos. Era solamente una idea consoladora extendida entre los miembros de esta nación. Los judíos esperaban un libertador. Pero no les estaba ordenado creer en él como artículo de fe. Toda su religión estaba encerrada en los libros de la ley. Los profetas no han sido mirados nunca por los judíos como legisladores.

XV. «*Para examinar las profecías, hay que entenderlas. Pues si se cree que no tiene más que un sentido, es seguro que el Mesías aún no ha venido; pero si tienen dos, es seguro que ha venido en Jesucristo.*»

La religión cristiana es tan verdadera que no tiene necesidad de pruebas dudosas. Ahora bien, si algo pudiera trastocar los fundamentos de esta santa y razonable religión es esta opinión del Sr. Pascal. Quiere que todo tenga dos sentidos en la escritura; pero un hombre que tuviese la desdicha de ser incrédulo podría decirle: El que da dos sentidos a sus palabras quiere engañar a los hombres, y esta duplicidad está siempre penada por las leyes; ¿cómo podéis, sin enrojecer, admitir en Dios lo que se castiga y se detesta entre los hombres? ¿Qué digo? ¿Con qué desprecio y con qué indignación tratabais los oráculos de los paganos porque tenían dos sentidos? ¿No se podría decir más bien que las profecías que se refieren directamente a Jesucristo no tienen más que un sentido, como las de Daniel, Miqueas y otros? ¿No podríamos decir incluso que, aunque no tuviésemos ningún

conocimiento de las profecías, la religión no estaría menos probada?

XVI. «*La distancia infinita de los cuerpos a los espíritus figura la distancia infinitamente más infinita de los espíritus a la caridad, pues ella es sobrenatural.*»

Es de creer que el Sr. Pascal no habría empleado ese galimatías en su obra, si hubiera tenido tiempo de hacerla.

XVII. «*las debilidades más aparentes son fuerzas para quienes saben tomar bien las cosas. Por ejemplo, las dos genealogías de San Mateo y de San Lucas. Es visible que eso no ha sido hecho concertadamente.*»

¿Habrían debido los editores de los *Pensamientos* de Pascal imprimir este pensamiento, cuya sola exposición es quizá capaz de hacer daño a la religión? ¿A qué viene decir que esas genealogías, esos puntos fundamentales de la religión cristiana, se contradicen, sin decir en qué pueden concordar? Era preciso presentar el antídoto junto con el veneno. ¿Qué se pensaría de un abogado que dijese: «Mi defendido se contradice, pero esta debilidad es una fuerza para quienes saben tomar bien las cosas?

XVIII. «*Que no se nos reproche la falta de claridad, pues hacemos profesión de ella; pero que se reconozca la verdad de la religión en la oscuridad misma de la religión, en la poca luz que tenemos de ella y en la indiferencia que tenemos de conocerla.*»

¡He aquí las extrañas marcas de la verdad que propone Pascal! ¿Qué otras marcas tiene entonces la mentira? ¡Pues qué! Entonces bastaría para ser creído decir: *¡Soy obscuro, soy ininteligible!* Sería mucho más sensato no presentar a los ojos más que las luces de la fe, en lugar de esas tinieblas de erudición.

XIX. «*Si no hubiese más que una religión, Dios estaría demasiado manifiesto.*»

¡Qué! ¡Decís, que no hubiese más que una religión, Dios estaría demasiado manifiesto! ¡Eh! ¿Acaso olvidáis que decís a cada página que un día no habrá más que una religión? Según vos, Dios estará entonces demasiado manifiesto.

XX. «*Yo digo que la religión judía no consistía en ninguna de esas cosas, sino solamente en el amor de Dios, y que Dios reprobaba todas las otras cosas.*»

¡Qué! ¡Dios reprobaba todo lo que ordenaba él mismo con tanto cuidado a los judíos, y en un detalle tan minucioso! ¿No es más cierto decir que la ley de Moisés consistía no sólo en el amor sino también en el culto? Reducir todo al amor de Dios huele menos a amor de Dios que al odio que todo jansenista tiene por su prójimo molinista.

XXI. «*La cosa más importante de la vida es la elección de un oficio; el azar la dispone. La costumbre hace los albañiles, los soldados, los reparadores de tejados.*»

¿Qué puede entonces determinar los soldados, los albañiles y todos los obreros mecánicos, sino lo que llamamos azar y costumbre? Sólo a las artes de genio se determina uno mismo. Pero, para los oficios que todo el mundo puede hacer, es muy natural y muy razonable que sea la costumbre quien disponga.

XXII. «*Que cada uno examine su pensamiento; lo encontrará siempre ocupado en el pasado y en el porvenir. No pensamos casi en el presente; y si pensamos en él, es sólo para iluminarnos y preparar el porvenir. El presente no es nunca nuestra meta; el pasado y el presente son nuestros medios; sólo el futuro es nuestro objeto.*»

Es preciso, lejos de quejarse, agradecer al autor de la naturaleza por lo que nos da ese instinto que nos lleva sin cesar hacia el porvenir. El tesoro más precioso del hombre es esa esperanza que suaviza nuestros pesares, y que nos pinta placeres futuros en la posesión de los placeres presentes. Si los hombres fuesen lo bastante desdichados para no ocuparse más que del presente, no se sembraría, no se edificaría, no se plantaría, no se prevería nada: se carecería de todo en medio de ese falso goce. ¿Cómo puede un espíritu como el del Sr. Pascal caer en un lugar común tan falso como ese? La naturaleza ha establecido que cada hombre gozaría del presente alimentándose, teniendo hijos, escuchando sonidos agradables, ocupando su facultad de pensar y de sentir, y que saliendo de esos estados, a menudo en medio mismo de esos estados, pensaría en el día siguiente, sin lo cual perecería de miseria hoy.

XXIII. «*Pero cuando he mirado más de cerca, he encontrado que este alejamiento que los hombres tienen del reposo, y del permanecer consigo mismos, viene de una causa bien efectiva, es decir, de la desdichada naturaleza de nuestra condición débil y mortal, y tan miserable que nada puede consolarnos cuando nada nos impide pensar en ella y no vemos sino a nosotros mismos.*»

Esa frase *no ver sino a nosotros* no tiene sentido.

¿Qué es un hombre que no actuase y que se dedicase supuestamente a contemplarse? No solamente digo que ese hombre sería un imbécil, inútil a la sociedad, sino que digo que ese hombre no puede existir, pues ¿qué contemplaría? ¿su cuerpo, sus pies, sus manos, sus cinco sentidos? O sería un idiota o haría uso de todo eso. ¿Permanecería contemplando su facultad de pensar? Pero no puede contemplar esa facultad más que ejerciéndola. O no pensará en nada, o pensará en las ideas que le hayan venido ya, o compondrá otras nuevas; ahora bien, no puede tener idea más que del exterior. Helo ahí, pues, necesariamente ocupado o de sus sentidos o de sus ideas; helo ahí, pues, fuera de sí o imbécil.

Insisto una vez más, es imposible a la naturaleza humana permanecer en ese embotamiento imaginario; es absurdo pensarlo; es insensato

pretenderlo. El hombre ha nacido para la acción, como el fuego tiende hacia arriba y la piedra hacia abajo. No estar ocupado y no existir es todo uno para el hombre. Toda la diferencia consiste en las ocupaciones suaves o tumultuosas, peligrosas o útiles.

XXIV. «*Los hombres tienen un instinto secreto que les lleva a buscar la diversión y la ocupación fuera, que viene del resentimiento de su miseria continua; y tienen otro instinto secreto que queda de la grandeza de su naturaleza primera, que les hace conocer que la dicha no es efectiva más que en el reposo.*»

Como ese instinto secreto es el primer principio y el fundamento necesario de la sociedad, proviene más bien de la bondad de Dios y es más bien el instrumento de nuestra dicha que el resentimiento de nuestra miseria. Yo no sé lo que nuestros primeros padres hacían en el paraíso terrestre; pero si cada uno de ellos no pensaba más que en sí mismo, la existencia del género humano corría grandes riesgos. ¿No es absurdo pensar que tenían sentidos perfectos, es decir, instrumentos de acción perfectos, únicamente para la contemplación? ¿Y no es gracioso que cabezas pensantes puedan imaginar que la pereza es un título de grandeza y la acción un rebajamiento de nuestra naturaleza?

XXV. «*Por eso, cuando Cíneas decía a Pirro que se proponía gozar de reposo con sus amigos después de haber conquistado una gran parte del mundo, que haría mejor avanzando él mismo su dicha y gozando desde entonces de ese reposo, sin irlo a buscar tras tantas fatigas, le daba un consejo que entrañaba grandes dificultades y que no era en nada más razonable que el designio de ese joven ambicioso. Uno y otro suponían que el hombre puede contentarse consigo mismo y con sus bienes presentes, sin llenar el vacío de su corazón de esperanzas imaginarias, lo que es falso. Pirro no podía ser dichoso ni antes ni después de haber conquistado el mundo.*»

El ejemplo de Cíneas está bien en una sátira de de Despréaux, pero no en un libro de filosofía. Un rey sabio puede ser feliz en su tierra; y de que se nos presente a Pirro como un loco, no se concluye nada para el resto de los hombres.

XXVI. «*Debemos reconocer que el hombre es tan desdichado que incluso se aburriría sin ninguna causa extraña de hastío, por el propio estado de su condición.*»

Por el contrario, el hombre es dichoso a ese respecto y debemos gran agradecimiento al autor de la naturaleza por haber unido el hastío a la inacción, a fin de forzarnos de ese modo a ser útiles al prójimo y a nosotros mismos.

XXVII. «*¿De dónde viene que ese hombre que ha perdido hace poco su hijo único y que, abrumado de procesos y de querellas, estaba esta*

mañana tan turbado, ya no piense en ello ahora? No os asombréis; está muy ocupado en ver pon dónde pasará un ciervo que sus perros persiguen con ardor desde hace seis horas. El hombre no necesita más, por muy lleno de tristeza que esté. Si se puede lograr hacerle entrar en alguna diversión, ya le tenemos feliz durante ese tiempo.»

Ese hombre hace maravillosamente: la distracción es un remedio más seguro contra el dolor que la quinina contra la fiebre; no censuremos por esto a la naturaleza, que siempre está lista a socorrernos.

XXVIII. «*Imaginarse un grupo de hombres encadenados, y todos condenados a muerte, de los que unos cuantos son cada día degollados a la vista de los otros, viendo los que quedan su propia condición en la de sus semejantes y, mirándose unos a otros con dolor y sin esperanza, esperan su hora. Esta es la imagen de la condición de los hombres.*»

Esta comparación ciertamente no es justa: los desdichados encadenados a los que se degüella uno tras otro son desdichados, no solamente porque sufren, sino porque experimentan lo que otros hombres no sufren. La suerte natural de un hombre no es estar encadenado ni ser degollado; pero todos los hombres están hechos, como los animales y las plantas, para crecer, para vivir un cierto tiempo, para producir un semejante y para morir. Se puede en una sátira mostrar al hombre por el lado malo como se quiera; pero, por poco que uno se sirva de la razón, se confesará que, de todos los animales, el hombre es el más perfecto, el más feliz y el que vive más tiempo. En lugar, pues, de asombrarnos y de quejarnos de la desdicha y de la brevedad de la vida, debemos asombrarnos y felicitarnos de nuestra dicha y de su duración. Razonando sólo como filósofo, me atrevo a decir que hay mucho orgullo y temeridad en pretender que por nuestra naturaleza debemos ser mejores de lo que somos.

I[4]. «*Pues, en fin, si el hombre no hubiese sido corrompido, gozaría de la verdad de la felicidad con seguridad, etc...: hasta tal punto es manifiesto que hemos estado en un grado de perfección del que hemos caído.*»

Es seguro por la fe y por nuestra revelación, tan por encima de las luces de los hombres, que hemos caído; pero nada está menos manifiesto a la razón. Pues yo quisiera saber si Dios no podía, sin derogar su justicia, crear al hombre tal como es hoy; e incluso, ¿no lo ha creado para llegar a ser lo que es? ¿El estado presente del hombre no es un beneficio del Creador? ¡Quién os ha dicho que Dios os debía más! ¿Quién os ha dicho que vuestro

[4] Los dos pensamientos suplementarios que siguen fueron intercalados en 1739. N. del T.

ser exigía más conocimientos y más dicha? ¿Quién os ha dicho que comporta más? Os asombráis de que Dios haya hecho al hombre tan limitado, tan ignorante, tan poco dichoso; ¿por qué no os asombráis de que no lo haya hecho aún más limitado, más ignorante, más desdichado? Os quejáis de una vida tan corta y tan infortunada; dad gracias a Dios de que no sea aún más corta y más desventurada. ¡Pues qué! ¡Según vos, para razonar consecuentemente, haría falta que todos los hombres acusasen a la providencia, excepto los metafísicos que razonan sobre el pecado original!

II. «*El pecado original es una locura ante los hombres; pero se le da por tal.*»

¿Por qué contradicción demasiado palpable decís, pues, que ese pecado original es manifiesto? ¿Por qué decís que todo nos advierte de él? ¿Cómo puede ser al mismo tiempo una locura y estar demostrado por la razón?

XXIX. «*Los sabios de entre los paganos que han dicho que no hay más que un Dios han sido perseguidos, los judíos odiados, los cristianos aún más.*»

Han sido a veces perseguidos, lo mismo que lo sería hoy un hombre que viniese a enseñar la adoración de un Dios, independiente del culto admitido. Sócrates no ha sido condenado por haber dicho: *No hay más que un Dios*, sino por haberse elevado contra el culto exterior del país y por haberse hecho enemigos poderosos muy inoportunamente. Respecto a los judíos, eran odiados, no porque no creyesen más que en un Dios, sino porque odiaban ridículamente a las otras naciones, porque eran bárbaros que pasaban a cuchillo sin piedad a sus enemigos vencidos, porque ese vil pueblo, supersticioso, ignorante, privado de artes, privado de comercio, despreciaba a los pueblos más civilizados. En cuanto a los cristianos, eran odiados por los paganos porque intentaban derribar la religión y el imperio, lo que finalmente lograron, tal como los protestantes se han hecho los dueños en los mismos países en que fueron mucho tiempo odiados, perseguidos y asesinados.

XXX. «*Los defectos de Montaigne son grandes. Está lleno de palabras sucias y deshonestas. Eso no vale nada. Sus opiniones sobre el homicidio voluntario y sobre la muerte son horribles.*»

Montaigne habla como filósofo, no como cristiano: dice el pro y el contra del homicidio voluntario. Filosóficamente hablando, ¿qué mal hace a la sociedad un hombre que la abandona porque ya no puede servirla? Un viejo tiene el mal de piedra y sufre dolares insoportables; le dicen: «Si no os hacéis abrir, moriréis; si os abren, podréis todavía parlotear, babear y arrastraros durante un año, convertido en una carga para vos mismo y para los otros». Supongo que el buen hombre toma entonces el partido de no ser más una carga para nadie: he aquí más o menos el caso que Montaigne expone.

XXXI. «*¿Cuántos astros que no existían para nuestros filósofos de antaño nos han descubierto los telescopios? Se atacaba audazmente a la Escritura por lo que se encuentra en tantos lugares de ella sobre el gran número de las estrellas. No hay más que mil veintidós, decían; ahora ya lo sabemos.*»

Es cierto que la Sagrada Escritura, en materia de física, se ha adaptado siempre a las ideas aceptadas; de este modo, supone que la tierra está inmóvil, que el sol se mueve, ete. .. No es en absoluto por un refinamiento de astronomía por el que dice que las estrellas son innumerables, sino para conciliarse con las ideas vulgares. En efecto, aunque nuestros ojos no descubran más que alrededor de mil veintidós estrellas, sin embargo cuando se mira al cielo fijamente, la vista deslumbrada cree entonces ver una infinidad. La Escritura habla, pues, según este prejuicio vulgar, pues no nos ha sido dada para hacernos físicos; y, según todas las apariencias, Dios no reveló ni a Habacuc ni a Baruch ni a Míqueas, que un día un inglés llamado Flamstead pondría en su catálogo más de siete mil estrellas descubiertas con el telescopio.

XXXII. «*¿Acaso es valor en un hombre moribundo el ir, en medio de la debilidad y la agonía, a ofender a un Dios todopoderoso y eterno?*»

Eso nunca ha sucedido; y no es quizá más que un violento arrebato del cerebro si un hombre dice: «Creo en un Dios y le desafío»

XXXIII. «*Creo gustoso en las historia cuyos testigos se hacen degollar.*»

La dificultad no reside solamente en saber si se creerá a los testigos que mueren para sostener su declaración, como han hecho tantos fanáticos, sino también si esos testigos han muerto efectivamente por eso, si se han conservado sus declaraciones, sí han habitado en los países en que se dice que han muerto. ¿Por qué Josefo, nacido en los tiempos de la muerte de Cristo, Josefo, el enemigo de Herodes, Josefo, poco apegado al judaísmo, no dice ni una palabra de todo eso? Eso es lo que el Sr. Pascal podría haber desentrañado con éxito, como han hecho después tantos escritores elocuentes.

XXXIV. «*las ciencias tienen dos extremos que se tocan. El primero es la pura ignorancia natural en que se encuentran todos los hombres al nacer; el otro extremo es aquel al que llegan las grandes almas, que habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran, que no saben nada, y vuelven a hallarse en esa ignorancia de la que habían partido.*»

Este pensamiento es un puro sofisma, y la falsedad consiste en esa palabra ignorancia, que se toma en dos sentidos diferentes. Quien no sabe leer ni escribir es un ignorante; pero un matemático, por el hecho de ignorar los principios ocultos de la naturaleza, no está en el punto de ignorancia del

Voltaire *Cartas filosóficas*

que partió cuando empezó a leer. El Sr. Newton no sabía por qué el hombre mueve su brazo cuando quiere; pero no por eso era menos sabio sobre lo demás. El que no sabe hebreo y sabe latín, es sabio por comparación al que no sabe más que francés.

XXXV. «*No es ser feliz el poder verse alegrado por la diversión, pues ésta viene de otra parte y de fuera, y de este modo es dependiente y, en consecuencia, sujeta a verse turbada por mil accidentes que hacen las aflicciones inevitables.*»

Es actualmente feliz quien tiene placer, y ese placer no puede venir más que de fuera. No podemos tener sensaciones e ideas más que por los objetos exteriores, del mismo modo que no podemos alimentar nuestro cuerpo más que haciendo entrar sustancias extrañas que se transforman en la nuestra.

XXXVI. «*El extremado ingenio es acusado de locura, como la extremada ausencia de él. Nada pasa por bueno salvo la mediocridad.*»

No es el extremado ingenio, sino la extremada vivacidad y volubilidad del ingenio lo que se ve acusado de locura. El extremado ingenio es la extremada justeza, la extremada finura, la extremada extensión, lo diametralmente opuesto a la locura.

La extremada *carencia de ingenio* es una falta de concepción, un vacío de ideas; no es la locura, sino la estupidez. La locura es un desorden en los órganos, que hace ver varios objetos demasiado deprisa o que detiene la imaginación sobre uno sólo con demasiada aplicación y violencia. No es tan poco la mediocridad lo que pasa por buena, es el alejamiento de los dos vicios opuestos, lo que se llama justo medio y no mediocridad.

XXXVII. «*Si nuestra condición fuese verdaderamente feliz, no haría falta distraernos de pensar en ella.*»

Nuestra condición es precisamente pensar en los objetos exteriores, con los que tenemos una relación necesaria. Es falso que se pueda distraer a un hombre de pensar en la condición humana, pues, a cualquier cosa que aplique su ingenio, lo aplica a algo unido necesariamente a la condición humana; y repito una vez más, que pensar en sí mismo con abstracción de las cosas naturales, es no pensar en nada en absoluto, téngase mucho cuidado.

Lejos de impedirle a un hombre pensar en su condición, nunca le entretienen más que las ventajas de su condición. Se habla a un sabio de reputación y de ciencia; a un príncipe, de lo que tiene relación con su grandeza; y a todo hombre se le habla del placer.

XXXVIII. «*Los grandes y los pequeños tienen los mismos accidentes, los mismos enfados y las mismas pasiones. Pero los unos están en lo alto de la calle y los otros cerca del centro, y de este modo menos agitados por los mismos movimientos.*»

Es falso que los pequeños sean menos agitados que los grandes; por el contrario, sus desesperaciones son más vivas porque tienen menos recursos. De cada cien personas que se matan en Londres, hay noventa y nueve del pueblo bajo, y apenas una de condición elevada. La comparación de la calle es ingeniosa y falsa.

XXXIX. «*No se enseña a los hombres a ser gente honrada, y se les enseña todo lo demás; y, sin embargo, no se precian de nada tanto como de eso. De tal modo que no se precian de saber más que la única cosa que no aprenden.*»

Se enseña a los hombres a ser gente honrada y, sin eso, pocos llegarían a serlo. Dejad a vuestro hijo tomar en su infancia todo lo que encuentre a mano, y a los quince años será salteador de caminos; alabadle por haber dicho una mentira y llegará a ser falso testigo; halagad su concupiscencia y será seguramente un libertino. A los hombres se les enseña todo, la virtud, la religión.

XL. «*¡Qué tonto proyecto ese de pintarse que tuvo Montaigne! Y eso no de pasada y contra sus máximas como le termina por pasar a todo el mundo, sino por sus propias máximas y por un designio primero y principal, pues decir tonterías por azar o debilidad es un mal ordinario; pero decirlas a propósito, eso ya no es soportable, y, además, decir tales como esa.*»

¡Qué encantador proyecto tuvo Montaigne de pintarse ingenuamente, tal como hizo! , pues asípintó la naturaleza humana; ¡y qué pobre proyecto el de Nicole de Malebranche o de Pascal, de censurar a Montaigne!

XLI. «*Cuando he considerado de dónde viene lo de que se conceda tanta fe a tantos impostores que dicen que tienen remedios, hasta poner a menudo la vida en sus manos, me ha parecido que la verdadera causa es que hay verdaderos remedios, pues no sería posible que hubiera tantos falsos, y que se concediese tanto crédito, si no los hubiera verdaderos. Sí nunca los hubiera habido, y todos los males hubieran sido incurables, es imposible que los hombres se hubiesen imaginado que podían darles remedio, y lo que es más, que tantos otros hubiesen dado crédito a los que se hubieran jactado de tenerlo, Lo mismo que si un hombre se jactase de impedir morir, nadie le creería, porque no hay ningún ejemplo de eso. Pero como ha habido cantidad de remedios que han sido encontrados verdaderos por el conocimiento mismo de los más grandes hombres, el crédito de los hombres se ha plegado por ahí, y por lo de que la cosa no podía ser negada en general (puesto que hay efectos particulares que son verdaderos), el pueblo, que no puede discernir cuáles de entre esos efectos particulares son los verdaderos, los cree todos. De igual modo, lo que hace que se atribuyan tantos falsos efectos a la luna, es que los hay verdaderos, como el flujo del mar. Del mismo modo, me parece con igual evidencia, que no hay tantos falsos milagros, falsas revelaciones, sortilegios, más que porque los hay verdaderos.*»

Me parece que la naturaleza humana no tiene necesidad de lo verdadero para caer en lo falso. Se le han imputado mil falsas influencias a la luna antes de que se imaginase la menor relación verdadera con el flujo del mar. El primer hombre que se puso enfermo creyó sin esfuerzo en el primer charlatán. Nadie ha visto hombres-lobo ni brujos, y muchos han creído. Nadie ha visto trasmutación de los metales, y varios han sido arruinados por dar crédito a la piedra filosofal. ¿Acaso los romanos, los griegos, todos los paganos creían en los falsos milagros de que estaban inundados porque habían visto verdaderos?

XLII. «*El puerto orienta a los que están en un barco; ¿pero dónde encontraremos ese punto en la moral?*»

En esta única máxima, aceptada por todas las naciones: « *no hagas a otro lo que no quisieras que te hicieran a ti mismo* ».

XLIII. «Ferox gens nullam esse vitam sine armis putat. *Prefieren la muerte a la paz; los otros prefieren la muerte a la guerra. Toda opinión puede ser preferida a la vida, cuyo amor parece tan fuerte y tan natural.*»

Es de los catalanes de quien Tácito ha dicho esto; pero no hay de quien se haya dicho o se pueda decir: «*Prefiere la muerte a la guerra*».

XLIV. «*A medida que se tiene más ingenio, se encuentra que hay más hombres originales. las gentes vulgares no encuentran diferencia entre los hombres.*»

Hay muy pocos hombres verdaderamente originales; casi todos se gobiernan, piensan y sienten por influencia de la costumbre y de la educación; nada es tan raro como un espíritu que marcha por un camino nuevo; pero entre esa multitud de hombres que van en compañía, cada uno tiene pequeñas diferencias en el paso, que las vistas finas advierten.

XLV. «*Hay pues dos clases de ingenio: el uno penetra vivamente y profundamente en las consecuencias de los principios, y es el ingenio de justeza; el otro comprender un gran número de principios sin confundirlos, y ese es el ingenio de geometría.*»

El uso quiere, según creo, que hoy se llame *ingenio geométrico* al espíritu metódico y consecuente.

XLVI. «*La muerte es más fácil de soportar sin pensar en ella, que el pensamiento de la muerte sin peligro.*»

No se puede decir que un hombre soporte la muerte fácilmente o difícilmente, cuando no piensa en ella en absoluto. Quien no siente nada no soporta nada.

XLVII. «*Suponemos que todos los hombres conciben y sienten de la misma forma los objetos que se presentan a ellos; pero lo suponemos muy gratuitamente, pues no tenemos de ello ninguna prueba. Yo veo sin duda*

que se aplican las mismas palabras en las mismas ocasiones, y que todas las veces que dos hombres ven, por ejemplo, nieve, expresan los dos la vista de ese mismo objeto por medio de las mismas palabras, diciendo uno y otro que es blanca; y de esta conformidad de aplicación se saca una poderosa conjetura de conformidad de idea; pero esto no es absolutamente convincente, aunque haya motivo para apostar por la afirmación.»

No era el color blanco lo que había que haber aportado como prueba. El blanco, que es una reunión de todos los rayos, parece brillante a todo el mundo, deslumbra un poco a la larga, hace a todos los ojos el mismo efecto; pero se podría decir que quizá los otros colores no son advertidos por todos los ojos de la misma manera.

XLVIII. «*Todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento.*»

Nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento en materia de gusto, no de ciencia.

XLIX. «*Los que juzgan una obra por medio de una regla son respecto a los otros como los que tienen un reloj respecto a los que no tienen. Uno dice: "Hace dos horas que estamos aquí"; el otro dice: "No hace más que tres cuartos de hora". Yo miro mi reloj; te digo a uno: "Os aburrís"; y al otro: "El tiempo se os hace corto".* »

En obras de gusto, en música, en poesía, en pintura, es el gusto el que hace el papel de reloj; y el que no juzga más que por reglas, juzga mal.

L. «*Me parece que César era demasiado viejo para divertirse conquistando el mundo. Este entretenimiento era bueno para Alejandro; era un joven al que resultaba difícil detener; pero César debía ser más maduro.*»

La gente cree de ordinario que César y Alejandro salieron de su país con la intención de conquistar el mundo; no es eso en absoluto: Alejandro sucedió a Filipo en el generalato de Grecia, y fue encargado de la justa empresa de vengar a los griegos de las injurias del rey de Persia: batió al enemigo común y continuó sus conquistas hasta la India, porque el reino de Darío se extendía hasta la India; lo mismo que el duque de Marlborough hubiera llegado hasta Lyon si no fuera por el Mariscal de Villars.

En lo tocante a César, era uno de los primeros de la república. Regañó con Pompeyo como los jansenistas con los molinistas; y entonces la cosa fue ver quién exterminaba a quién. Una sola batalla, en la que no hubo ni diez mil muertos, lo decidió todo.

Por lo demás, el pensamiento del Sr. Pascal es quizá falso en todos los sentidos. Hacía falta la madurez de César para desenvolverse entre tantas intrigas; y es asombroso que Alejandro, a su edad, renunciase al placer para hacer una guerra tan penosa.

LI. «*Es una cosa divertida de considerar el que haya gentes en el mundo que, habiendo renunciado a todas las leyes de Dios y de la naturaleza, se han hecho otras ellos mismos, a las que obedecen exactamente, como por ejemplo, los ladrones, etc...*»

Eso es algo más útil que divertido de considerar; pues eso prueba que ninguna sociedad de hombres puede subsistir un sólo día sin reglas.

LII. «*El hombre no es ni ángel ni animal; y la desdicha quiere que quien quiere hacerse el ángel haga el animal.*»

Quien quiere destruir las pasiones, en lugar de regularlas, quiere hacerse el *ángel*.

LIII. «*Un caballo no busca hacerse admirar por su compañero: se ve entre ellos cierto tipo de emulación en la carrera, pero sin mayores consecuencias, pues, cuando están en el establo, el más pesado y el peor conformado no cede por eso su avena al otro. No sucede lo mismo entre los hombres: su virtud no se satisface por sí misma; y no están contentos si no sacan ventaja contra los otros.*»

El hombre peor conformado tampoco cede su pan al otro, pero el más fuerte se lo quita al más débil; y tanto entre los animales como entre los hombres, los grandes se comen a los pequeños.

LIV. «*Si el hombre comenzase por estudiarse a sí mismo, vería hasta que punto es incapaz de ir más allá. ¿Cómo una parte podría conocer el todo? Aspirará a conocer al menos las partes con las que guarda proporción. Pero las partes del mundo tienen todas tal relación y tal engarzamiento las unas con las otras, que creo imposible conocer una sin la otra y sin el todo.»*

Sería preciso no apartar al hombre de buscar lo que le es útil, por esa consideración de que no puede conocerlo todo.

Non possis oculo quantum contendere Lynceus,
Non tamen idcirco contemnas lippus inungi.

Conocemos muchas verdades; hemos encontrado muchos inventos útiles. Consolémonos de no saber las relaciones que puede haber entre una araña y el anillo de Saturno, y continuemos examinando lo que está a nuestro alcance.

LV. «*Si el rayo cayese sobre los lugares bajos, los poetas y los que no saben razonar más que sobre cosas de esta naturaleza carecerían de pruebas.*»

Una comparación no es prueba ni en poesía ni en prosa: sirve en poesía de embellecimiento, y en prosa sirve para iluminar y hacer las cosas más sensibles. Los poetas que han comparado las desdichas de los grandes al rayo que cae en las montañas harían comparaciones contrarias, si sucediese lo contrario.

LVI. «*Es esta composición de espíritu y de cuerpo la que ha hecho que*

casi todos los filósofos hayan confundido las ideas de las cosas, y atribuido a los cuerpos lo que no corresponde más que a los espíritus, y a los espíritus lo que no puede convenir más que a los cuerpos.»

Si supiésemos lo que es el espíritu, podríamos quejarnos de que los filósofos le hayan atribuido lo que no le pertenece; pero no conocemos ni el espíritu ni el cuerpo; no tenemos ninguna idea del uno, y no tenemos más que ideas imperfectas del otro. Luego no podemos saber cuales son sus límites.

LVII. «*Tal como se dice belleza poética, se debería decir belleza geométrica y belleza medicinal. Sin embargo, no se dice, y la razón estriba en que se sabe bien cuál es el objeto de la geometría, y cuál es el objeto de la medicina, pero no se sabe en qué consiste el agrado que es el objeto de la poesía. No se sabe qué es ese modelo natural que hay que imitar; y, a falta de ese conocimiento, se han inventado ciertos términos extraños: siglo de oro, maravilla de nuestros días, fatal laurel, hermoso astro, etc...; y se llama a esa jerga belleza poética. Pero quien se imaginase a una mujer vestida según ese modelo, vería a una bonita señorita toda cubierta de espejos y de cadenas de latón.*»

Eso es muy falso, no se debe decir *belleza geométrica* ni *belleza medicinal*, porque un teorema y una purga no afectan a los sentidos agradablemente, y no se da el nombre de belleza más que a las cosas que encantan a los sentidos, como la música, la pintura, la elocuencia, la poesía, la arquitectura regular, etc...

La razón que aporta el Sr. Pascal es igualmente falsa. Se sabe muy bien en qué consiste el objeto de la poesía: consiste en pintar con fuerza, nitidez, delicadeza y armonía; la poesía es la elocuencia armoniosa. Es preciso que el Sr. Pascal tuviese muy poco gusto para decir que *fatal laurel*, *hermoso astro*, y otras tonterías son bellezas poéticas; y es preciso que los editores de esos *Pensamientos* fuesen personas muy poco versadas en literatura para imprimir una reflexión tan indigna de su ilustre autor.

No os envío mis restantes acotaciones sobre los Pensamientos del Sr. Pascal, que exigirían discusiones demasiado largas. Es suficiente haber creído advertir algunos errores de inadvertencia en ese gran genio; es un consuelo para un espíritu tan limitado como el mío estar completamente persuadido de que los grandes hombres se equivocan como el vulgo.

APÉNDICE I

SUPLEMENTO A las ACOTACIONES SOBRE LOS «PENSAMIENTOS» DE PASCAL
(añadido en la edición de 1742)

LVIII. «*No se pasa en el mundo por entendido en versos si no se sienta plaza de poeta, ni por ser hábil en matemáticas si no se la sienta de matemático, pero la verdadera gente de bien no quiere sentar plaza de nada*.»

Según esto, ¿estaría mal tener una profesión, un talento marcado y destacar en él? Virgilio, Homero, Corneille, Newton, el marqués del Hospital, sentaron una plaza. ¡Dichoso quien destaca en un arte y entiende algo en los otros!

LIX. «*El pueblo tiene opiniones muy sanas: por ejemplo, haber escogido la diversión y la suerte en lugar de la poesía, etc...*»

Tal parece que se le haya propuesto al pueblo jugar a la bola o hacer versos. No, sino que los que tienen órganos groseros buscan placeres en los que el alma no interviene para nada; y los que tienen un sentimiento más delicado quieren placeres más finos: todo el mundo tiene que vivir.

LX. «*Aunque el universo aplastase al hombre, éste sería aún más noble que lo que le mata, porque sabe que muere; y de la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo nada sabe.*»

¿Qué quiere decir esa palabra noble? Es muy cierto que mi pensamiento es otra cosa, por ejemplo, que el globo del sol; pero ¿está bien probado que un animal, porque tiene algunos pensamientos, es más noble que el sol que anima todo lo que conocemos de la naturaleza? ¿Le corresponde al hombre decidir? Es juez y parte. Se dice que una obra es superior a otra cuando ha costado más esfuerzo al obrero y es de un uso más útil; pero ¿ha costado menos al Creador hacer el sol que modelar un pequeño animal de alrededor de cinco pies de alto, que razona bien o mal? ¿Qué es más útil en el mundo, este animal o el astro que ilumina tantas esferas? Y ¿en qué unas cuantas ideas recibidas en un cerebro son preferibles al universo material?

LXI. «*Elíjase la condición que se prefiera y reúnanse en ella todos los bienes y las satisfacciones que parecen poder contentar a un hombre; si quien se haya puesto en ese estado está sin ocupación ni diversión y se le deja reflexionar sobre lo que es, esa felicidad languideciente no le sustentará.*»

¿Cómo se pueden reunir todos los bienes y todas las satisfacciones en torno a un hombre, y dejarle al mismo tiempo sin ocupación ni diversión? ¿No hay aquí una contradicción bien patente?

LXII. «*Déjese a un rey completamente solo, sin ninguna satisfacción de*

los sentidos, sin ningún cuidado en su espíritu, sin compañía, pensar en sí mismo a su gusto, y se verá que un rey que se ve es un hombre lleno de miserias, y que las padece como cualquier otro.»

Siempre el mismo sofisma. Un rey que se retira para pensar está entonces muy ocupado; pero si no detuviese su pensamiento más que sobre sí, diciéndose a sí mismo: «Reino», y nada más, sería un idiota.

LXIII. «*Toda religión que no reconoce a Jesucristo es notoriamente falsa, y los milagros no le pueden servir de nada.*»

¿Qué es un milagro? Sea cual fuere la idea que pueda uno formarse de él, es una cosa que sólo Dios puede hacer. Ahora bien, aquí se supone que Dios puede hacer milagros para sostener a una falsa religión. La cosa merece ser profundizada; cada una de estas cuestiones puede llenar un volumen.

LXIV. «*Se ha dicho: 'Creed en la Iglesia'; pero no se ha dicho: 'Creed en los milagros', a causa de que lo último es natural y no así lo primero. Lo uno tenía necesidad de precepto y lo otro, no.»*

He aquí, según creo, una contradicción. Por un lado, los milagros, en ciertas ocasiones, no deben servir de nada; y, por otro, se debe creer tan necesariamente en los milagros, son una prueba tan convincente, que no ha hecho falta ni siquiera recomendar dicha prueba. Esto es seguramente decir el pro y el contra.

LXV. «*No veo que haya más dificultad en creer en la resurrección de los cuerpos y en el parto de la Virgen que en la creación. ¿Es más difícil reproducir un hombre que producirlo?*»

Se puede encontrar, por mero razonamiento, pruebas de la creación, pues, viendo que la materia no existe por sí misma y no tiene movimiento por sí misma, etc., se llega a conocer que debe haber sido necesariamente creada; pero no se alcanza, por el razonamiento, a ver que un cuerpo siempre cambiante deba ser resucitado un día, tal como era en los tiempos mismos en que cambiaba. El razonamiento no conduce tampoco a ver que un hombre deba nacer sin germen. La creación es, pues, un objeto de razón; pero los otros dos milagros son un objeto de la fe. A 10 de Mayo de 1738

He leído, hace poco, unos *Pensamientos* de Pascal, que no habían aparecido todavía. El P. Desmolets los ha obtenido escritos por la mano de ese ilustre autor, y los ha hecho imprimir. Me parecen confirmar lo que yo ya he dicho antes, que ese gran genio había lanzado al azar todas esas ideas, para reformar una parte y emplear otra, etc...

Entre estos últimos *Pensamientos*, que los editores de las *Obras* de Pascal habían rechazado de la recopilación, me parece que hay muchos que merecían ser conservados. He aquí algunos que ese gran hombre hubiera debido, según creo, corregir.

LXVI. «*En todas las ocasiones en que una proposición es inconcebible, no por eso hay que negarla, sino examinar la contraria, y si se la*

encuentra manifiestamente falsa, se puede afirmar la contraria por incomprensible que sea.»

Me parece que es evidente que los dos contrarios pueden ser falsos. Un buey vuela hacia el sur con alas, un buey vuela hacia el norte sin alas; veinte mil ángeles mataron ayer veinte mil hombres, veinte mil hombres mataron ayer veinte mil ángeles: estas proposiciones contrarias son evidentemente falsas.

LXVII. «*¡Vanidad de la pintura, que atrae la admiración por el parecido de las cosas cuyos originales no se admiran!*»

No es en la bondad del carácter de un hombre en lo que consiste seguramente el mérito de su retrato: es el parecido. Se admira a César en un sentido, y a su estatua o imagen sobre un lienzo, en otro sentido.

LXVIII. «*Si los médicos no tuviesen sotanas y mulas, si los doctores no tuviesen birretes cuadrados y ropones muy anchos, no habrían nunca tenido la consideración que tienen en el mundo.*»

Por el contrario, los médicos no han dejado de ser ridículos, no han adquirido una verdadera consideración hasta que han abandonado esas libreas de pedantearía; los doctores no son recibidos en el mundo, entre la gente de bien, más que cuando están sin birrete y sin argumentos.

Incluso hay países en los que la magistratura se hace respetar sin pompa. Hay reyes cristianos muy bien obedecidos que descuidan la ceremonia de la consagración y de la coronación. A medida que los hombres adquieren más luces, el aparato se hace más inútil; ya sólo es necesario a veces para el pueblo bajo; *ad populum phaleras*.

LXIX. «*Según esas luces naturales, si hay un Dios es absolutamente incomprensible, puesto que no teniendo partes, ni límites, no tiene ninguna relación con nosotros; somos pues incapaces de conocer ni lo que es ni lo que no es.»*

Es extraño que el Sr. Pascal haya creído que se podía adivinar el pecado original por la razón, que diga que no se puede conocer por la razón si Dios existe. Es, aparentemente, la lectura de este pensamiento lo que incitó al P. Hardouin a poner a Pascal en su ridícula lista de los ateos; Pascal hubiera manifiestamente rechazado esta idea, puesto que la combate en otros sitios. En efecto, estamos obligados a admitir cosas que no conocemos*; yo existo, luego algo existe desde toda la eternidad*, es una proposición evidente; empero, ¿comprendemos la eternidad?

LXX. «*¿Creéis que sea imposible que Dios sea infinito sin partes? Sí. Quiero, pues, haceros ver una cosa infinita e indivisible: un punto que se mueve por doquiera con una velocidad infinita; pues está en todas partes y todo entero en cada lugar.*»

Hay cuatro falsedades palpables:

1.º Que un punto matemático exista solo.

2.º Que se mueva a derecha y a izquierda al mismo tiempo.

3.º Que se mueva con una velocidad infinita, pues no hay velocidad tan grande que no pueda ser aumentada.

4.º Que esté todo entero en todas partes.

LXXI. «*Homero compuso una novela y la dio por tal. Nadie dudaba de que Troya y Agamenón no habían existido más que la manzana de oro*.»

Nunca ningún escritor ha puesto en duda la guerra de Troya. La ficción de la manzana de oro no destruye la verdad de fondo del asunto. La ampolla traída por una paloma y la oriflama por un ángel no impiden que Clovis haya efectivamente reinado en Francia.

LXXII. «*No intentaré probar aquí por razones naturales la existencia de Dios, o la Trinidad, o la inmortalidad del alma, porque no me sentiría capaz de encontrar en la naturaleza con qué convencer a los ateos empedernidos*.»

¿Es posible una vez más, que sea Pascal quien no se siente lo bastante fuerte como para probar la existencia de Dios?

LXXIII. «*las opiniones relajadas gustan tanto a los hombres naturalmente, que es raro que les disgusten*.»

¿No prueba la experiencia, por el contrario, que no se tiene crédito sobre el espíritu de los pueblos, sino proponiéndoles lo difícil, incluso lo imposible de hacer y de creer? Los estoicos fueron respetados porque aplastaban la naturaleza humana. No propongáis más que cosas razonables y todo el mundo responde: «Eso ya lo sabíamos». No vale la pena de estar inspirado para ser vulgar; pero mandad cosas duras, impracticables; pintad a la Divinidad siempre armada de rayos; haced correr la sangre ante sus altares; seréis escuchado por la multitud y todo el mundo dirá de vos: «Es preciso que tenga razón, puesto que proclama tan audazmente cosas tan extrañas».

APÉNDICE II

ULTIMAS ACOTACIONES A LOS «*PENSAMIENTOS*» DE PASCAL

(Escritas en 1777, con motivo de la edición de los *Pensamientos* preparada por Condorcet)

I. «*Lo que va más allá de la geometría nos rebasa, y sin embargo es necesario decir algo sobre ello, aunque sea imposible practicarlo*.»

Si es imposible ponerlo en práctica, es por tanto inútil hablar de ello.

II. «*No se reconocen en geometría más que las definiciones que los lógicos llaman definiciones de nombres, es decir, las solas imposiciones de nombre a las cosas que han sido claramente designadas en términos perfectamente conocidos; y yo no hablo solamente más que de ésas*.»

Eso no es nada más que una nomenclatura, no es una definición. Quiero designar un gran pájaro, de un plumaje negro o gris, pesado, que camina gravemente, al que se lleva a pastar en rebaño, que lleva una excrecencia de carne roja sobre el pico, cuya pata carece de espolón, que lanza un grito penetrante, que abre su cola como el pavo real abre la suya, aunque la del pavo real sea mucho más larga y hermosa. Ya tenemos a este pájaro definido. Es un pavo común; ya lo tenemos nombrado. No veo que haya en esto nada de geométrico.

III. «*Parece que las definiciones son algo muy libre, y que nunca están sujetas a contradicción, pues no hay nada tan permitido como dar a una cosa que se haya designado claramente el nombre que se quiera*.»

las definiciones no son libres en absoluto, es preciso inexcusablemente definir *per genus propium et per differentiam proximam.* Lo que es libre es el nombre.

IV. «*Parece que los hombres padecen una impotencia natural e inmutable para tratar la ciencia que sea en un orden absolutamente cumplido; pero de esto no se deduce que haya que abandonar todo tipo de orden*.»

Los hombres no padecen ninguna impotencia insuperable para definir lo que conocen de los objetos de sus pensamientos, y esto es bastante para razonar consecuentemente,

V. «*Ella (la geometría) no define ninguna de esas cosas, espacio, tiempo, movimiento, número, igualdad, ni otras semejantes que hay en gran número, porque esos términos designan tan naturalmente las cosas que significan a los que entienden la lengua, que la elucidación que se quisiera hacer aportaría más oscuridad que instrucción*.»

Apolonio, ciertamente gran geómetra, quería que se definiese todo eso. Un principiante tiene necesidad de que se le diga: el espacio es la distancia de una cosa a otra; el movimiento es el transporte de un sitio a otro; el

número es la unidad repetida; el tiempo es la medida de la duración. Este artículo merecería ser refundido por el genio de Pascal.

VI. «*El arte de persuadir consiste tanto en el de agradar como en el de convencer, hasta tal punto los hombres se gobiernan más por capricho que por razón. Pues bien, de estos dos métodos, el uno de convencer, el otro de agradar, no daré aquí más que las reglas del primero, y eso en el caso de que se hayan acordado los principios y de que se permanezca firme en confesarlos, de otro modo, no sé si habría algún arte para acomodar las pruebas a la inconstancia de nuestros caprichos. La manera de agradar es, sin comparación, mucho más difícil, más sutil, y más admirable: de tal forma que si trato de ella, es porque no soy capaz, y porque me siento tan desproporcionado que creo que para mí la cosa es absolutamente imposible.*»

La he encontrado muy posible en las «*Provinciales*»

VII. «*Hay un arte, y es el que yo doy, para hacer ver la conexión de las verdades con sus principios, sea de lo verdadero, sea del placer, siempre que los principios que se han admitido una vez permanezcan firmes y sin verse nunca desmentidos; pero como hay pocos principios de esta clase, y fuera de la geometría, que no considera más que figuras muy sencillas, no hay casi verdades con las que siempre permanezcamos de acuerdo, y aún menos objetos de placer de los que no cambiemos inmediatamente, no sé si hay medio de dar reglas firmes para conciliar los discursos con la inconstancia de nuestros caprichos. Este arte, que llamamos el arte de persuadir, y que no es propiamente más que la manera de actuar de las pruebas metódicas y perfectas, consiste en tres partes esenciales: en explicar los términos de los que uno debe servirse por medio de definiciones claras, en proponer principios o axiomas evidentes para probar las cosas de las que se trata, y en sustituir siempre mentalmente, en la demostración, lo definido por la definición.*»

Pero eso no es el arte de persuadir, es el arte de argumentar.

VIII. «*Respecto a la primera objeción, que es la de que estas reglas son ya conocidas en el mundo, que es preciso definirlo y probarlo todo, y que incluso los lógicos las han puesto entre los preceptos de su arte, quisiera que la cosa fuera verdadera, y que fuese tan conocida que yo no hubiese tenido el trabajo de buscar con tanto cuidado la fuente de todos los defectos de nuestros razonamientos.*»

Locke, el Pascal de los ingleses, no pudo leer a Pascal. Este apareció después de ese gran hombre y sus pensamientos han visto la luz, por vez primera, más de medio siglo después de la muerte de Locke. Sin embargo Locke, ayudado sólo por su gran sentido común, dijo siempre: *Definid los términos.*

IX. «*De este modo, la lógica ha tomado quizás las reglas de la*

geometría, sin comprender su fuerza; y poniéndolas así al azar entre las que le son propias, de esto no se sigue que ellos hayan entrado en el espíritu de la geometría; y si no diesen otras muestras de esto más que el haberlo dicho de paso, yo estaría muy lejos de ponerles en paralelo con los geómetras, que enseñan la verdadera manera de conducir la razón.

Estaré por el contrario más bien dispuesto a excluirlas, y casi de modo inapelable, pues haber dicho de pasada y sin advertencia que todo está encerrado ahí dentro, y, en lugar de seguir esas luces, desviarse hasta perderse de vista tras investigaciones inútiles, por correr tras lo que ellas ofrecen y no pueden dar, es verdaderamente mostrar que no se es muy clarividente, y mucho menos que si se hubiera dejado de seguirlas porque no se las había percibido. »

¿Quién es ese *las*? Sin duda son las reglas de la geometría de las que quiere hablar.

X. «*El método para no errar es buscado por todo el mundo. Los lógicos proclaman conducir a él. Sólo los geómetras lo consiguen; y fuera de su ciencia y de lo que ésta limita, no hay verdaderas demostraciones; todo el arte de éstas está encerrado solamente en los preceptos que hemos dicho. Ellos solos bastan, sólo ellos prueban; todas las otras reglas son inútiles o dañosas. Esto es lo que sé por una larga experiencia de libros y de personas.*

El defecto de un razonamiento falso es una enfermedad que se cura con los dos remedios indicados. Se ha compuesto otro de una infinidad de hierbas inútiles, en las que las buenas se encuentran envueltas y en el que permanecen sin efecto por las malas cualidades de esta mezcla.

Para descubrir todos los sofismas y todos los equívocos de los razonamientos capciosos, han inventado nombres bárbaros que asombran a quienes los oyen; y en lugar de que no se puedan deshacer todos los repliegues de ese nudo tan embrollado más que tirando de los dos extremos que los geómetras señalan, ellos han marcado un extraño número de otros, entre los que esos se hayan comprendidos, sin que sepan cuál es el bueno.»

¿Quiénes son *ellos*? Aparentemente, los retóricos antiguos de la Escuela. Pero ¡qué obscuro es todo esto!

XI. «*Nada es tan común como las cosas buenas.*»

¡No tan común!

XII. «*Los mejores libros son los que cada lector cree que hubiera podido componer*.»

Eso no es verdad en las ciencias; no hay nadie que crea que hubiera podido componer los *Principios matemáticos* de Newton. Tampoco es cierto en las letras clásicas: ¿quién es el fatuo que se atreve a creer que hubiera podido componer la *Ilíada* y la *Eneida*?

XIII. «*No dudo de que estas reglas, siendo las verdaderas, no deban ser sencillas, ingenuas, naturales, como lo son. No son Bárbara y Baralipton las que hacen el razonamiento. No hay que empingorotar el espíritu; las maneras tensas y penosas le llenan de una tonta presunción por una elevación extraña y por una hinchazón vana y ridícula, en lugar de una alimentación sólida y vigorosa; y una de las razones principales que más alejan a los que entran en estos conocimientos del verdadero camino que deben seguir es la imaginación, que toma la delantera, pretendiendo que las cosas buenas son inaccesibles, dándoles el nombre de grandes, elevadas y sublimes. Eso lo echa todo a perder. Quisiera llamarles bajas, comunes, familiares, esos nombres les convienen mejor; odio las palabras hinchadas.*»

Es la cosa lo que odiáis, pues, en lo tocante a la palabra, hace falta una que exprese lo que os disgusta.

XIV. «*Los filósofos se creen muy sutiles por haber encerrado toda su moral bajo ciertas divisiones, pero ¿por qué la división en cuatro mejor que la de seis? ¿Por qué hacer más bien cuatro especies de virtudes que diez?*»

Se ha hecho notar en un estudio sobre la India y la guerra miserable que la avaricia de la compañía francesa mantiene contra la avaricia inglesa, se ha hecho notar, digo, que los brahmanes pintan la virtud hermosa y fuerte con diez brazos, para resistir a los diez pecados capitales. Los misioneros han tomado a la virtud por el diablo.

XV. «*Los hay que enmascaran toda naturalidad. No hay rey para ellos, sino un augusto monarca; no hay París, sino una capital del reino.*»

Ese imperio absoluto sobre tierra y mar
ese poder soberano que tengo sobre todo el mundo,
esa grandeza sin límites y ese ilustre rango.

Los que escriben en hermoso francés las gacetillas, para provecho de los propietarios de esas granjas en los países extranjeros, no dejan nunca de decir: «Esta augusta familia oyó vísperas el domingo, y el sermón del reverendo padre N. Su Majestad jugó a los dados con altas personalidades. Se hizo la operación de la fístula a su Eminencia».

XVI. «*¡Tan difícil es obtener nada del hombre como no sea por el placer, que es la moneda por la que damos todo lo que se quiera!*»

El placer no es la moneda, sino el alimento por el que se da tanta moneda como se pida.

XVII «*La última cosa que se encuentra al hacer una obra es saber lo que hace falta poner al principio.* »

A veces. Pero nunca se ha comenzado una historia ni una tragedia por

el final, ni ningún trabajo. Sí a veces no se sabe por dónde empezar eso ocurre en un elogio, en una oración fúnebre, en un sermón, en todas esas obras de puro aparato, en las que es preciso hablar sin decir nada.

XVIII. «*Que los que combaten la religión aprendan al menos lo que es antes de combatirla.*»

No hay que empezar con un tono tan imperioso.

XIX. «*Si esta religión se gloriase de tener una visión clara de Dios, y de poseerle al descubierto y sin velos, etc...*»

Sería muy audaz.

XX.«*Pero puesto que dice por el contrario que los hombres están en tinieblas...*»

¡Bonita manera de enseñar! ¡Guíame, porque voy entre tinieblas!

XXI. «*En verdad no puedo impedirme decir lo que tantas veces he dicho, que este descuido es insoportable.* »

¿A qué viene lo de recordarnos que lo ha dicho a menudo?

XXII. «*La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto y que nos atañe tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar en la indiferencia respecto a saber qué hay de ella. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar caminos tan diferentes, según que haya que esperar bienes eternos o no, que es imposible hacer cualquier cosa con sentido y juicio sin orientarla respecto a ese punto, que debe ser nuestro último objeto.*»

No se trata siquiera aquí de la sublimidad y santidad de la religión cristiana, sino de la inmortalidad del alma, que es el fundamento de todas las religiones conocidas, excepto de la judía; digo que excepto la judía, porque ese dogma no se ha expresado en ningún sitio del *Pentateuco*, que es libro de la ley judía; porque ningún autor judío ha podido encontrar ningún pasaje que designase ese dogma; porque, para establecer la existencia reconocida de esa opinión tan importante, tan fundamental, no basta con suponerla, con inferirla de algunas palabras de las que se fuerza el sentido natural, sino que es preciso que sea enunciada de la forma más positiva y más clara; porque, si la pequeña nación judía hubiese tenido algún conocimiento de este gran dogma antes de Antioco Epifanes, no es creíble que la secta de los saduceos, rígidos observadores de la ley, se hubieran atrevido a elevarse contra la creencia fundamental de la ley judía.

Pero ¿qué importa en qué época la doctrina de la inmortalidad y de la espiritualidad del alma ha sido introducida en el desdichado país de Palestina? ¿Qué importa que Zoroastro entre los persas, Numa entre los romanos, Platón entre los griegos, hayan enseñado la existencia y la permanencia del alma? Pascal quiere que todo hombre, por su propia razón, resuelva este gran problema. Pero ¿puede hacerlo él mismo? ¿Acaso Locke, el sabio Locke, no ha confesado que el hombre no puede saber si Dios

puede conceder el don del pensamiento a tal ser que se dignase elegir? ¿No ha confesado de ese modo que no nos está más dado conocer la naturaleza de nuestro entendimiento que conocer la manera en la que nuestra sangre se forma en las venas? Jescher ha hablado de ello y eso basta.

Cuando se trata del alma, hay que combatir a Epicuro, Lucrecio, Pomponazzi, y no dejarse subyugar por una facción de teólogos del barrio de Saint Jacques, hasta el punto de cubrir con un capuchón una cabeza de Arquímedes.

XXIII. «*No es preciso tener un alma muy elevada para comprender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida; que todos nuestros placeres no son más que vanidad; que nuestros males son infinitos; y que, en fin, la muerte, que nos amenaza a cada instante, debe ponernos en pocos años, y quizá en pocos días, en un estado eterno de felicidad, o de desdicha, o de aniquilamiento.*»

No hay ni desdicha eterna ni aniquilamiento en los sistemas de las brahmanes, de los egipcios, y en varias sectas griegas. Finalmente, lo que pareció a los romanos más probable fue este axioma, tan repetido en el Senado y en el teatro:

> ¿Qué es del hombre después de su muerte?
> Lo que era antes de nacer.

Pascal razona aquí contra un mal cristiano, contra un cristiano indiferente, que no piensa en su religión, aturdido respecto a ella; pero hay que hablarle a todos los hombres; hay que convencer a un chino y a un mexicano, a un deísta y a un ateo; me refiero a deístas y ateos que razonen, y que, por consecuencia, merece que se razone con ellos, no hablo de maestrillos obcecados.

XXIV. «*Tal como no sé de dónde vengo, tampoco sé a dónde voy; y sé solamente que al salir de este mundo caigo para siempre en la nada o en las manos de un Dios irritado, sin saber cuál de estas dos condiciones debe corresponderme para toda la eternidad.*»

Si no sabéis a dónde vais, ¿cómo sabéis que caeréis infaliblemente o en la nada o en manos de un Dios irritado? ¿Quién os ha dicho que el Ser Supremo puede estar irritado? ¿No es infinitamente más probable que os veáis entre las manos de un Dios bueno y misericordioso? ¿Y no puede decirse de la naturaleza divina lo que el poeta filósofo de los romanos dijo de ella?

> *Ipsa suis pouens opibus, nihil indiga nostri,*
> *Nec bene promeritis capitur, nec tangitur ira.*

XXV. «*Este reposo brutal entre el temor del infierno y de la nada*

parece tan hermoso que no solamente los que están en esa duda desdichada se glorifican de ello, sino que los mismos que no están creen que les será glorioso fingir estarlo. Pues la experiencia nos hace ver que la mayor parte de los que se ven mezclados en esto son de esa última clase, que son gentes que se hacen la violencia a sí mismos, y que no son tales como quieren aparecer. Son personas que han oído decir que las buenas maneras del mundo consisten en hacerse así el arrebatado.»

Esta capuchinada no habría sido nunca repetida por un Pascal si el fanatismo jansenista no hubiese hechizado su imaginación. ¿Cómo no ha visto que los fanáticos de Roma podían decir otro tanto a los que se burlaban de Numa y de Egeria; los energúmenos de Egipto, a los espíritus sensatos que se burlaban de Isis, de Osiris y de Horus; los sacristanes de todos los países, a las gentes de bien de todos los países?

XXVI. «*Si pensasen en ello seriamente, verían que eso está tan mal tomado, es tan contrario al sentido común, tan opuesto a la honradez y tan alejado en toda manera de ese buen aire que buscan, que nada es más capaz de atraerles el desprecio y la aversión de los hombres, y de hacerles pasar por personas sin espíritu y sin juicio. Y, en efecto, si se les hiciese dar cuenta de sus sentimientos, y de las razones que tienen para dudar de la religión, dirían cosas tan débiles y tan bajas que más bien persuadirían de lo contrario.*»

No es pues con esos insensatos despreciables con los que deberíais disputar, sino contra los filósofos engañados por argumentos seductores.

XXVII. «*Es una cosa horrible sentir continuamente escaparse todo lo que se posee, y que uno pueda apegarse a ello sin tener ganas de buscar si no hay algo de permanente.*»

> *Durum, sed levius fit patientia,*
> *quidquid corrigere est nefas.*

XXVIII. «*De engañarse creyendo verdadera la religión cristiana, no hay gran cosa que perder; ¡pero qué desdicha engañarse creyéndola falsa!*»

El *flaminio* de Júpiter, los sacerdotes de Cibeles, los de Isis, todos dicen lo mismo; el muftí, el gran lama, dicen lo mismo. Hay que examinar, pues, las piezas del proceso.

XXIX. «*Si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que era un rey, yo creo que sería más feliz que un rey que soñase todas las noches, durante doce horas, que era un artesano.*»

Ser feliz como un rey, dice el vulgo embobado.

XXX. «*Veo ciertamente que se aplican las mismas palabras en las mismas ocasiones, y que todas las veces que dos hombres ven, por ejemplo,*

la nieve, expresan los dos la visión de ese mismo objeto con las mismas palabras, diciendo uno y otro que es blanca; y de esta conformidad de aplicación se saca una poderosa conjetura de una conformidad de ideas; pero esto no es absolutamente convincente, aunque se pueda apostar por la afirmativa.»

Siempre hay diferencias imperceptibles entre las cosas más semejantes; quizá nunca ha habido dos huevos de gallina absolutamente idénticos; pero ¿qué importa? ¿Habría debido Leibniz hacer un principio filosófico de esta observación trivial?

XXXI. «*Esto es lo que ha dado lugar a esos títulos tan comunes: Principios de las cosas, principios de la filosofía y otros semejante, no menos fastuosos de hecho, aunque sí en apariencia, que ese otro que salta a la vista:* de omni scibili.»

Que salta a la vista no quiere decir aquí que se muestra evidente, significa todo lo contrario.

XXXII. «*No busquemos seguridad y firmeza. Nuestra razón se ve siempre decepcionada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que lo encierran y le huyen. Una vez bien comprendido esto, creo que todos permanecerán en reposo, cada uno en el estado en el que la naturaleza le ha colocado.*»

Todo este artículo, por demás oscuro, parece compuesto para asquear de las ciencias especulativas. En efecto, un buen artista en construcción naval, en relojería, en agrimensura, es más útil que Platón.

XXXIII. «*La sola comparación que hagamos de nosotros con lo finito, nos da pena.*»

Habría mejor que haber dicho con lo infinito. Pero recordemos que estos pensamientos lanzados al azar eran materiales informes que nunca fueron utilizados.

XXXIV. «*¿Qué son nuestros principios naturales, sino nuestros principios acostumbrados? En los niños, los que han recibido de la costumbre de sus padres, como la caza en los animales.*

Una costumbre diferente dará otros principios naturales. Esto se ve por experiencia; y si los hay imborrables por la costumbre, los hay también de la costumbre imborrables por la naturaleza. Eso depende de la disposición.

Los padres temen que el amor natural de los hijos se borre. ¿Qué clase de naturaleza es pues ésta, pasible de ser borrada? La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. ¿Por qué la costumbre no es natural? Mucho me temo que esa naturaleza no sea en sí misma una primera costumbre, como la costumbre es una segunda naturaleza.»

Estas ideas han sido adoptadas por Locke. Sostiene que no hay ningún principio innato; empero, parece cierto que los niños tienen un instinto: el

de la emulación, el de la piedad, el de poner, en cuanto pueden, las manos ante el rostro cuando está en peligro, el de retroceder para saltar mejor cuando saltan.

XXXV. «*El afecto o el odio cambia la justicia. En efecto, ¡cuánto más justa encuentra la causa que defiende un abogado bien pagado de antemano!*»

Yo contaría más con el celo de una persona que espera una recompensa que con el de un hombre que la ha recibido.

XXXVI. «*Censuro igualmente tanto a los que toman el partido de alabar al hombre como a los que toman el de censurarlo o a los que toman el de divertirlo; y no puedo aprobar más que a los que buscan gimiendo.*»

¡Ay! Si hubieseis soportado la diversión, hubieseis vivido más.

XXXVII. «*Los estoicos dicen: penetrad en el interior de vosotros mismos y ahí encontraréis el reposo, y eso no es cierto. Los otros dicen: salid fuera y buscad la felicidad divirtiéndoos, y eso no es cierto. Vienen las enfermedades; la dicha no está en nosotros ni fuera de nosotros: está en Dios y en nosotros.*»

Divirtiéndoos, tendréis placer, y esto es muy cierto. Tenemos enfermedades: Dios ha puesto la viruela y los pasmos vaporosos en el mundo. ¡Ay y requeteay! Pascal, bien claro se ve que estáis enfermo.

XXXVIII. «*las principales razones de los pirrónicos son que no tenemos ninguna certeza de la verdad de los principios, fuera de la fe y de la revelación, salvo en lo de que los sentimos naturalmente en nosotros.* »

Los pirrónicos absolutos no merecían que Pascal hablase de ellos.

XXXIX. «*Ahora bien, ese sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad, puesto que no habiendo certidumbre fuera de la fe, si el hombre ha sido creado por un Dios bueno o por un demonio malo, si ha existido desde siempre o ha sido hecho por casualidad, duda de si esos principios nos son dados, o verdaderos, o falsos, o inciertos, según nuestro origen.*»

La fe es una gracia sobrenatural. Es combatir y vencer la razón que Dios nos ha dado; es creer firmemente y ciegamente a un hombre que osa hablar en nombre de Dios, en lugar de recurrir uno a Dios. Es creer lo que no se cree. Un filósofo extranjero que oyó hablar de la fe, dijo que era mentirse a sí mismo. Eso no es la certidumbre, sino el aniquilamiento. Es el triunfo de la teología sobre la debilidad humana.

XL. «*Siento que hay tres dimensiones en el espacio y que los números son infinitos; y la razón demuestra que no hay dos números cuadrados de los que uno no sea el doble de otro.*»

No es el razonamiento, sino la experiencia y el tanteo los que demuestran esa singularidad y tantas otras.

XLI. «*Todos los hombres desean ser felices; esto es algo sin excepción. Sean cuales fueren los diferentes medios que emplean, todos tienden a ese fin. Lo que hace que uno vaya a la guerra y que otro no vaya, es ese mismo deseo, que está en los dos casos acompañado de diferentes formas de ver. La voluntad nunca ha hecho la menor gestión salvo hacia ese objeto. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta las de quienes se matan y se ahorcan, Y sin embargo, en tan gran número de años, nunca nadie, sin la fe, ha llegado hasta ese punto hacia el que todos tienden continuamente. Todos se quejan, príncipes, súbditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todos los países, de todos los tiempos, de todas las edades, de todas las condiciones.*»

Yo sé que es dulce quejarse; que, en todo tiempo se ha alabado el pasado para injuriar el presente; que cada pueblo ha imaginado una edad de oro, de inocencia de buena salud, de reposo, de placer, que ya no subsiste. Sin embargo, llego de mi provincia a París, se me introduce en una sala muy hermosa en la que mil doscientas personas escuchan una música deliciosa, después de lo cual, toda esta asamblea se divide en pequeñas sociedades que se van a cenar muy bien, y que después de esa cena no están descontentas en absoluto de su noche. Veo todas las bellas artes honradas en esta ciudad, y los oficios más abyectos bien recompensados, las enfermedades muy aliviadas, los accidentes prevenidos: todo el mundo goza aquí, o espera gozar, o trabaja para gozar un día, y esta última suerte no es la peor. Entonces le digo a Pascal: «Gran hombre mío, ¿estáis loco?»

No niego que la tierra se haya visto a menudo inundada de desdichas y de crímenes, y hemos tenido nuestra gran parte de ellos. Pero ciertamente, cuando Pascal escribía, no éramos tan de compadecer. No somos tampoco tan miserables hoy.

Tomemos todo esto, puesto que Dios nos lo envía; no siempre tendremos tal pasatiempo.

XLII. «*Deseamos la verdad y no encontramos en nosotros más que incertidumbre. Buscamos la dicha y no encontramos más que miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la dicha, y somos incapaces tanto de la certidumbre como de la felicidad. Ese deseo nos es conservado tanto para castigarnos como para recordarnos de dónde hemos caído.*».

¿Cómo puede decirse que el deseo de felicidad, ese gran regalo de Dios, ese primer resorte del mundo moral, no es más que un justo suplicio? ¡Oh elocuencia fanática!

XLIII. «*Hay que tener un pensamiento recóndito, y juzgarlo todo por él, hablando, empero, como el vulgo.*»

El autor del *Elogio* es muy discreto, muy contenido, al guardar silencio sobre esos pensamientos. ¿Lo habrían guardado Pascal y Arnauld si

hubiesen encontrado esta máxima en los papeles de un jesuita?

XLIV. «*La mayor parte de los que tratan de probar la divinidad a los impíos, comienzan de ordinario por las obras de la naturaleza, y rara vez tienen éxito. Yo no ataco la solidez de esas pruebas, consagradas por la Sagrada Escritura: son conforme a la razón; pero a menudo no son lo bastante conformes y lo bastante proporcionadas a la disposición del espíritu de aquéllos a los que son destinadas.*

Pues hay que hacer notar que no se dirigen esos discursos a quienes tienen la fe viva en su corazón, y que ven de inmediato que todo lo que hay no es sino la obra del Dios al que adoran; es a ellos a quienes toda la naturaleza habla de su autor y a quienes los cielos anuncian la gloria de Dios. Pero para aquellos para quienes esta luz se ha extinguido, y en los que se pretende renovarla, esas personas despojadas de fe y de caridad, que no encuentran más que tinieblas y oscuridad en toda la naturaleza, parece que no es el medio más apropiado de atraerlos el darles, como prueba de tan grande e importante tema, el curso de la luna o de los planetas, o razonamientos comunes, y contra los cuales siempre se han endurecido. El empecinamiento de su espíritu les ha vuelto sordos a esa voz de la naturaleza que resuena continuamente en sus oídos; y la experiencia muestra que, por lejos que se les lleve por este medio, nada es tan capaz, por el contrario, de repelerles y quitarles la esperanza de descubrir la verdad, como el pretender convencerles solamente por este tipo de razonamientos y decirles que deben ver en ellos la verdad al descubierto. No es de esta manera como habla la Escritura, que conoce mejor que nosotros las cosas que son de Dios.»

¿Y qué hay entonces de lo de *Coeli enarrant gloriam Dei*?

XLV. «*Es una cosa admirable que nunca un autor canónico se ha servido de la naturaleza para probar a Dios; todos tienden a hacer creer en él, y nunca han dicho: no hay vacío, luego hay Dios. Era preciso que fuesen más hábiles que las gentes más hábiles que han venido después, y los cuales se han servido todos de ellas.*»

Bonito argumento: nunca la *Biblia* ha dicho como Descartes: Todo está lleno, luego hay un Dios.

XLVI. «*No vemos casi nada de justo o de injusto que no cambie de cualidad al cambiar de clima. Tres grados de elevación del polo invierten toda la jurisprudencia. Un meridiano decide la verdad, las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas. ¡Bonita justicia, que un río o una montaña limitan! Lo que es verdad a este lado de los Pirineos, es un error más allá de ellos.*»

No es nada ridículo que las leyes de Francia y España difieran; pero es muy impertinente que lo que es justo en Romorantín sea injusto en Corbeil; que haya cuatrocientas jurisprudencias diversas en el mismo reino; y, sobre

todo, que, en un mismo parlamento, se pierda en una cámara el proceso que se gana en otra cámara.

XLVII. «*Habrá algo más divertido que el que un hombre tenga derecho a matarme porque mora más allá del agua, y su príncipe tiene una querella con el mío, aunque yo no tenga ninguna con él?».*

Divertido no es la palabra propia; había que decir demencia execrable.

XLVIII. «*La justicia es lo que está establecido; y de este modo, todas nuestras leyes establecidas serán necesariamente tenidas por justas sin ser examinadas, puesto que están establecidas.*»

Cierto pueblo ha tenido una ley por la que se hacía ahorcar a un hombre por haber bebido a la salud de cierto príncipe; hubiera sido justo no beber con ese hombre, pero era un poco duro ahorcarle; eso estaba establecido, pero era abominable.

XLIX. «*Sin duda la igualdad de bienes es justa.*»

La igualdad de bienes no es justa. No es justo que, cuando se hagan las partes, los extranjeros mercenarios que vienen a ayudarme a hacer mi cosecha recojan tanto como yo.

L. «*Es justo que lo que es justo sea seguido. Es necesario que lo que es más fuerte sea seguido*.»

Máximas de Hobbes.

LI. «*¡Qué quimera es el hombre¡ ¡Qué novedad! ¡Qué caos! ¡Qué tema de contradicción! Juez de todas las cosas, imbécil, gusano, depositario de lo verdadero, amasijo de incertidumbre, gloria y escoria del universo. Si se alaba, le rebajo; si se rebaja le alabo, y le contradigo siempre, hasta que comprenda que es un monstruo incomprensible.*»

Verdadero discurso de enfermo.

LII. «*Todo lo que vemos del mundo no es más que un rasgo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. Ninguna idea se aproxima a la extensión de sus espacios. Por mucho que hinchemos nuestras concepciones, no damos a luz más que átomos en lugar de la realidad de las cosas. Es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.* »

Esta hermosa expresión es de Timeo de Locres; Pascal era digno de inventarla, pero hay que darle a cada cual lo suyo.

LIII. «*¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada respecto a lo infinito, un todo respecto a la nada, un término medio entre la nada y el todo. Está infinitamente alejado de los dos extremos, y su ser no está menos distante de la nada de la que ha sido sacado del infinito en el que se pierde. Su inteligencia tiene, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo rasgo que su cuerpo en la extensión de la naturaleza, y todo lo que puede hacer es percibir cierta apariencia del punto medio de las cosas, en una eterna desesperación de conocer el principio o el fin. Todas las cosas*

Voltaire *Cartas filosóficas*

han salido de la nada y son llevadas basta el infinito. ¿Quién puede seguir esas asombrosas trayectorias? El autor de esas maravillas las comprende; ningún otro puede hacerlo.

Este estado, que mantiene el centro entre los extremos se encuentra en todas nuestras potencias.

Nuestros sentidos no perciben nada de extremo.

Demasiado ruido nos ensordece, demasiada luz nos deslumbra, demasiada distancia y demasiada proximidad impiden la vista, demasiada longitud y demasiada brevedad oscurecen un discurso, demasiado placer incomoda, demasiadas consonancias disgustan. No sentimos ni el extremo calor ni el extremo frío. las cualidades excesivas son nuestras enemigas, y no sensibles. No las sentimos, las padecemos: demasiada juventud y demasiada vejez impiden el ingenio; demasiada y demasiado poca comida trastornan sus actividades; demasiada y demasiado poca instrucción le embrutecen. las cosas extremas son para nosotros como si no fuesen y nosotros no somos respecto a ellas; se nos escapan o nosotros a ellas.

Tal es nuestro verdadero estado; lo que encierra nuestros conocimientos en ciertos límites que no pasamos, incapaces de saberlo todo y de ignorarlo todo en absoluto. Estamos en un vasto término medio, siempre inciertos, y flotando entre la ignorancia y el conocimiento; y si pensamos ir más adelante, nuestro objeto se revuelve y escapa a nuestro poder; se harta y huye con una huida eterna; nada puede detenerlo. Esta es nuestra condición natural, y empero la más contraria a nuestra inclinación. Ardemos en deseo de profundizarlo todo y de edificar una torre que se eleve hasta el infinito; pero nuestro edificio se cuartea y la tierra se abre hasta los abismos.»

Esta elocuente tirada no prueba nada sino que el hombre no es Dios. Está en su sitio como el resto de la naturaleza, imperfecto, porque sólo Dios puede ser perfecto; o, para decirlo mejor, el hombre es limitado y Dios no lo es.

LIV. «*Los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito bien, y los que les leen quieren tener la gloria de haberlos leído; y yo, que escribo esto, tengo quizá ese deseo, y quizá los que me lean lo tendrán también*.»

Sí, corríais en pos de la gloria de pasar un día por el azote de los jesuitas, el defensor de Port-Royal, el apóstol del jansenismo, el reformador de los cristianos.

LV. «*las buenas acciones ocultas son las más estimables. Cuando veo algunas en la historia me agradan mucho; pero a fin de cuentas no han sido completamente ocultas, puesto que se han sabido; y ese poco por el que han aparecido disminuye su mérito; pues lo más hermoso, es haber querido ocultarlas.*»

¿Y cómo la historia ha podido hablar de ellas, si no han sido conocidas?

LVI. «*las invenciones de los hombres van avanzando de siglo en siglo. La bondad y la malicia del mundo en general siguen siendo los mismos.*»

Quisiera que se examinase qué siglo ha sido más fecundo en crímenes, y por consecuencia en desdichas. El autor de *La felicidad pública* se propuso este objetivo y dijo cosas muy verdaderas y muy útiles.

LVII. «*Mientras que la naturaleza nos hace siempre infelices en todos los estados, nuestros deseos nos fingen un estado feliz, porque unen al estado en que estamos los placeres del estado en que no estamos.*»

La naturaleza no nos hace siempre infelices. Pascal habla siempre como un enfermo que quiere que el mundo entero sufra.

LVIII. «*Tengo por un hecho que si todos los hombres supiesen exactamente lo que dicen unos de otros, no habría ni cuatro amigos en todo el mundo*.»

En la excelente comedia del *Plain dealer*, el hombre de franco proceder (excelente a la manera inglesa), el *Plain dealer* dice a un personaje: «Tu pretendes ser mi amigo; veamos, ¿cómo lo probarías? —Mi bolsa es tuya. Y de la primera chica que llegue. Bagatelas. —Me batiré por ti. —Y por un mentís. Eso no es un gran sacrificio. —Hablaré bien de ti a la cara de los que te ridiculicen. Oh, si eso es cierto, me amas.»

LIX. «*El alma es arrojada al cuerpo para hacer en él una estancia de corta duración*.»

Para decir *el alma es arrojada*, habría que estar seguro que es una sustancia y no una cualidad. Esto es lo que casi nadie ha investigado, y por aquí habría que empezar en metafísica, en moral, etc.

LX. «*El mayor de los males son las guerras civiles. Son seguras si se quiere recompensar el mérito; pues todos pretenden merecer.*»

Esto merece una explicación. Guerra civil si el Príncipe de Conti dice: Tengo tanto mérito como el Príncipe de Condé; si Retz dice: Valgo más que Mazarino; si Beaufort dice: Soy más que Turenne; y si no hay nadie para ponerles en su sitio. Pero cuando Luis XIV llega y dice: No recompensaré más que el mérito, entonces se acabaron las guerras civiles.

LXI. «*¿Por qué se sigue a la pluralidad? ¿Acaso a causa de que tienen más razón? No, sino más fuerza. ¿Por qué se siguen las antiguas leyes y las antiguas opiniones? ¿Acaso son más sanas? No, pero son únicas, y nos quitan la raíz de la diversidad*.»

Este artículo tiene necesidad aún de más explicación, y parece no merecerla.

LXII. «*La fuerza es la reina del mundo, y no la opinión. Pero la opinión es la que usa la fuerza.*»

Ídem.

LXIII. «*¡Qué bien se ha hecho distinguir a los hombres por el exterior*

en lugar de por las cualidades interiores! ¿Quién pasará antes de nosotros dos? ¿El más hábil? Pero yo soy tan hábil como él. Habrá que batirse por este motivo. El tiene cuatro lacayos y yo no tengo más que uno. Eso es visible. No hay más que contar; soy yo quien debe ceder.»

No. Turenne con un lacayo sería respetado por un tratante que tuviese cuatro.

LXIV. «*El poder de los reyes está fundado sobre la razón y sobre la locura del pueblo, y mucho más sobre la locura. La cosa más grande y más importante del mundo tiene por fundamento la debilidad, y este fundamento es admirablemente seguro, pues nada hay más seguro que lo de que el pueblo será débil; lo que está fundado sólo sobre la razón está muy mal fundado, como la estima de la sabiduría*.»

Demasiado mal enunciado.

LXV. «*Nuestros magistrados han conocido bien este misterio. Sus ropones rojos, sus armiños..., todo este aparato augusto era necesario.*»

Los senadores romanos vestían laticlave.

LXVI. «*Si los médicos no tuviesen sotanas y mulas, y los doctores bonetes cuadrados y ropones demasiado anchos de cuatro partes, jamás habrían engañado al mundo, que no puede resistirse a esta auténtica exhibición. Sólo los guerreros no se han disfrazada de tal suerte, porque efectivamente su papel es más esencial.*»

Hoy sucede todo lo contrario; se burlarían de un médico que viniese a tomar el pulso y a contemplar vuestras deposiciones en sotana. Los oficiales de guerra, por el contrario, van a todas partes con sus uniformes y sus galones.

LXVII. «*Los suizos se ofenden de ser llamados gentilhombres y prueban la rotura de raza para ser juzgados dignos de grandes cargos.*»

Pascal estaba mal informado. Había en su tiempo, y todavía los hay en el senado de Berna, gentilhombres tan antiguos como la casa de Austria; son respetados y ostentan sus cargos; es cierto que no están en ellos por derecho de nacimiento, como los nobles de Venecia. Incluso es preciso, en Basilea, renunciar a su nobleza para entrar en el senado.

LXVIII. «*Los efectos son como sensibles, y las razones son visibles solamente para el espíritu; y aunque sea por el espíritu por el que se ven estos efectos, este espíritu es, respecto al espíritu que ve las causas, como los sentidos corporales son respecto al espíritu*.»

Mal enunciado.

LXIX. «*El respeto es: incomodaos; esto es vano en apariencia, pero muy justo, pues es decir: me incomodaré ciertamente si lo necesitáis, puesto que lo hago sin que os sirva, además de que el respeto está hecho para distinguir a los grandes, Ahora bien, si el respeto fuese estar en un sillón, se respetaría a todo el mundo y no se distinguiría; pero siendo*

incomodo se distingue muy bien.»

Mal enunciado.

LXX. «*Ser bizarro no es algo demasiado vano; es mostrar que un gran número de gentes trabajan para uno; es mostrar por los caballos que se tiene un ayuda de cámara, un perfumista, etc., por su pechera, el hilo, y la pasamanería, etc... Ahora bien, no es una simple superficie ni un simple arnés tener varios brazos a su servicio.*»

Mal enunciado.

LXXXI. «*Es admirable; no quieren que yo honre a un hombre vestido de brocado y seguido de siete y ocho lacayos. ¡Pero, caramba!, me hará dar de correazos si no le saludo. Ese traje, es una fuerza; no sucede lo mismo que con un caballo bien enjaezado respecto a otro.*»

Bajo e indigno de Pascal.

LXXII. «*Todo instruye al hombre de su condición; pero hay que entenderlo, pues no es cierto que Dios se descubra en todo, y no es cierto que se oculte en todo; pero es cierto juntamente que se oculta a quienes le tientan y que se descubre a quienes le buscan, porque los hombres son juntamente indignos de Dios y capaces de Dios; indignos por su corrupción, capaces por su primera naturaleza.*

Si nunca hubiese aparecido nada de Dios, esta privación eterna sería equívoca, y podría igualmente referirse a la ausencia de toda divinidad que a la indignidad en que estarían los hombres de conocerla; pero el que aparezca a veces y no siempre, disipa el equívoco. Sí aparece una vez, existe siempre, y de este modo no se puede concluir otra cosa salvo que hay un Dios y que los hombres son indignos de él.

Si no hubiese oscuridad, el hombre no sentiría su corrupción. Si no hubiese luz, el hombre no esperaría remedio. De este modo es no solamente justo, sino útil para nosotros, que Dios esté oculto en parte y descubierto en parte, puesto que es igualmente peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer su miseria y conocer su miseria sin conocer a Dios.

No hay nada sobre la tierra que no muestre o la miseria del hombre o la misericordia de Dios; o la impotencia del hombre sin Dios o la potencia del hombre con Dios.

Todo el universo enseña al hombre o que está corrompido o que está redimido. Todo le enseña su grandeza o su miseria.»

Estos artículos me parecen grandes sofismas. ¿Por qué imaginar siempre que Dios, al hacer al hombre, se ha atareado en expresar grandeza o miseria? ¡Qué piedad! *Scilicit is superis labor est!*

LXXIII. «*Si no hubiera que hacer nada más que por lo cierto, no habría que hacer nada por la religión, pues no es algo cierto. Pero ¡cuántas cosas se hace por lo incierto, los viajes por mar, las batallas!*

Voltaire *Cartas filosóficas*

Digo pues que no habría que hacer nada en absoluto, puesto que nada es cierto; y hay más certeza en la religión que en la esperanza de que veamos el día de mañana. Pues no es seguro que veamos el mañana; pero es ciertamente posible que no lo veamos. No se puede decir otro tanto de la religión. No es seguro que sea; pero ¿quién se atrevería a decir que es ciertamente posible que no sea? Luego, cuando se trabaja por el mañana y por lo incierto, se actúa con razón.»

Habéis agotado vuestro ingenio en argumentos para probarnos que vuestra religión es cierta y ahora nos aseguráis que no es cierta; y después de haberos contradicho tan extrañamente, os volvéis atrás: decís que no se puede avanzar «*que sea posible que la religión cristiana sea falsa*». Sin embargo, sois vos mismo quien acabáis de decirnos que es posible que sea falsa, puesto que habéis declarado que es incierta.

LXXIV. «*Comenzad por compadecer a los incrédulos; son bastante desdichados: no habría que injuriarles más que en el caso de que eso sirviese para algo; pero les es dañoso.*»

Y vos les habéis injuriado sin cesar; ¡les habéis tratado como a jesuitas! Al decirles tantas injurias, admitís que los verdaderos cristianos no pueden dar razón de su religión; que si la probasen, no mantendrían su palabra; que su religión es una tontería; que si es verdadera, lo es porque es una tontería. ¡Oh, abismo de absurdos!

LXXV. «*A los que sienten repugnancia por la religión, hay que comenzar por mostrarles que no es contraria a la razón; después, que es venerable, y suscitar su respeto; después, mostrarla amable y hacer desear que fuese verdadera; y después mostrar, por pruebas incontestables, que es verdadera; hacer ver su antigüedad y su santidad por su grandeza y su elevación; y, finalmente, que es amable, porque promete el verdadero bien.*»

¿Acaso no veis, oh Pascal, que sois un hombre de partido que intenta hacer reclutas?

LXXVI. «*No hay que conocerse mal, somos cuerpo tanto como espíritu, y de aquí proviene que el instrumento por el que se logra la persuasión no es solamente la demostración. ¡Qué pocas cosas hay demostradas! las pruebas no convencen más que al espíritu. La costumbre hace nuestras pruebas más fuertes. Inclina los sentidos, que arrastran al espíritu sin pensar. ¿Quién ha demostrado que mañana amanecerá o que moriremos? ¿Y qué cosa es más universalmente creída? Es pues la costumbre la que nos persuade; ella es la que hace tantos turcos y paganos; ella es la que hace los oficios, los soldados, etc...*»

¿Por qué querer siempre que Dios esté oculto? Uno preferiría que fuese manifiesto.

Costumbre no es aquí la palabra apropiada. No es por costumbre por lo

que se cree que amanecerá mañana; es por una extremada probabilidad. No es por los sentidos, por el cuerpo, por lo que esperamos morir; pero nuestra razón, sabiendo que todos los hombres han muerto, nos convence de que nosotros moriremos también. La educación, la costumbre, hace sin duda musulmanes y cristianos, como dice Pascal; pero la costumbre no hace creer que moriremos, como nos hace creer en Mahoma o en Pablo, según que hayamos sido educados en Constantinopla o en Roma. Son cosas muy diferentes.

LXXVII. «*La verdadera religión debe tener por distintivo el obligar a amar a Dios. Esto es muy justo. Y, sin embargo, ninguna, salvo la nuestra, lo ha ordenado. Debe también haber conocido la concupiscencia del hombre y la impotencia en que está por sí mismo de adquirir la virtud. Debe haber aportado los remedios para esto, de los que la oración es el principal. Nuestra religión ha hecho todo esto, y ninguna otra nunca ha pedido a Dios amarle y seguirle.*»

Epicteto, esclavo, y Marco Aurelio, emperador, hablan continuamente de amar a Dios y de seguirle.

LXXVIII. «*Como Dios está oculto, toda religión que no dice que Dios está oculto no es verdadera.*»

El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios. No estaba en las tinieblas que lo ciegan, ni en la mortalidad y en las miserias que lo afligen. Pero no ha podido soportar tanta gloria sin caer en la presunción.

Fueron los primeros brahmanes quienes inventaron la novela teológica de la caída del hombre, o, más bien, de los ángeles; y esta cosmogonía, tan ingeniosa como fabulosa, han sido la fuente de todas las fábulas sagradas que han inundado la tierra. Los salvajes de Occidente, tan tardíamente civilizados, y después de tantas revoluciones, y después de tantas barbaries, no han podido ser instruidos en ellas más que en nuestros últimos tiempos. Pero hay que hacer notar que veinte naciones de Oriente han copiado a los antiguos brahmanes, antes de que una de esas malas copias, me atrevo a decir que la peor de todas, haya llegado hasta nosotros.

LXXIX. «*En vano, oh hombres, buscáis en vosotros mismos remedio para vuestras miserias; todas vuestras luces no pueden llegar más a que conocer que no es en vosotros donde encontraréis ni la verdad ni el bien. Los filósofos os lo han prometido; no han podido hacerlo. No saben ni cual es vuestra verdadero bien, ni cual es vuestro verdadero estado. ¿Cómo habrían dado remedio a vuestros males, puesto que ni siquiera los han conocido? Vuestras enfermedades principales son el orgullo, que os sustrae a Dios, y la concupiscencia, que os apega a la tierra, y ellos no han hecho otra cosa que alimentar, al menos, una de esas enfermedades. Si os han dado a Dios por objetivo, no ha sido más que para ejercer vuestro orgullo. Os han hecho pensar que le sois semejantes por naturale-*

za. Y los que han visto la vanidad de esta pretensión os han arrojado en el otro precipicio, haciéndoos entender que vuestra naturaleza era semejante a la de los animales, y os han llevado a buscar vuestro bien en las concupiscencias que son lo que corresponde a los animales. Este no es el medio de instruiros de vuestras injusticias; no esperéis, pues, ni verdad, mi consolación de los hombres. Yo (la sabiduría de Dios) soy quien os ha formado, y la única que puede ensenaros lo que sois. Pero no estáis ahora en el estado en que os he formado. He creado al hombre santo, inocente, perfecto. Le he llenado de luces y de inteligencia. Le he comunicado mi gloria y mis maravillas.»

LXXX. «*Veo multitudes de religiones en varios lugares del mundo y en todos los tiempos. Pero no tienen ni moral que pueda agradarme ni pruebas capaces de detenerme.*»

La moral es en todas partes la misma, en el Emperador Marco Aurelio, en el Emperador Juliano, en el esclavo Epicteto, al que vos mismos admiráis, en San Luis, y en Boncocdar su vencedor, en el Emperador de China, Kien-Long, y en el rey de Marruecos.

LXXXI. *«Pero considerando de este modo esta inconstante y extraña variedad de costumbres y de creencias en las diversas épocas, encuentro en una pequeña parte del mundo un pueblo particular, separado de todos los otros pueblos de la tierra y cuyas historias preceden en varios siglos a las más antiguas que tenemos. Encuentro pues ese pueblo grande y numeroso, que adora a un sólo Dios y que se conduce por una ley que dicen haber recibido de su mano. Sostienen que son los únicos en el mundo a los que Dios ha revelado sus misterios; que todos los hombres están corrompidos y caídos en desgracia ante Dios; que están todos abandonados a sus sentidos y a su propio ingenio, y de ahí vienen los extraños desvaríos y los cambios continuos que suceden entre ellos, tanto de religión como de costumbres, mientras que ellos permanecen inquebrantables en su conducta; pero que Dios no dejará eternamente a los otros pueblos en esas tinieblas; que vendrá un liberador para todos, que ellos están en el mundo para anunciarlo, que han sido expresamente creados para ser los heraldos de ese gran advenimiento, y para llamar a todos los pueblos a unirse a ellos en la espera de ese liberador.*»

¡Cómo podrá cegarse hasta ese punto y ser lo bastante fanático como para no hacer servir su ingenio más que en pretender cegar al resto de los hombres! ¡Gran Dios! ¡Un hato de árabes ladrones, sanguinarios, supersticiosos y usureros serían los depositarios de tus secretos! ¡Esa horda bárbara sería más antigua que los sabios chinos; que los brahmanes, que han enseñado a toda la tierra; que los egipcios, que la han asombrado con sus inmortales monumentos! ¡Esa escuálida nación sería digna de nuestras miradas por haber conservado algunas fábulas ridículas y atroces,

algunos cuentos absurdos infinitamente por debajo de las fábulas indias y persas! ¡Y es esta horda de usureros fanáticos la que se os impone, oh Pascal! ¡Y torturáis vuestro espíritu, falsificáis la historia, y hacéis decir a ese pueblo miserable todo lo contrario de lo que sus libros han dicho! ¡Le imputáis todo lo contrario de lo que ha hecho, y eso para agradar a unos cuantos jansenistas que han subyugado vuestra imaginación ardiente y pervertido vuestra razón superior!

LXXXII. «*Es un pueblo todo compuesto de hermanos; y, en lugar de ser como todos los otros, que están formados por la reunión de una infinidad de familias, éste, aunque tan extrañamente abundante, ha salido todo de un solo hombre.*»

No es en absoluto extrañamente abundante; se ha calculado que no existen hoy seiscientos mil individuos judíos.

LXXXIII. «*Este pueblo es el más antiguo que haya en el conocimiento de los hombres, lo que me parece que debe atraerle una veneración particular, y principalmente en la investigación que nosotros hacemos, puesto que si Dios se ha comunicado en todo tiempo a los hombres, es a éstos a los que hay que recurrir para obtener la tradición.*»

Ciertamente no son anteriores a los egipcios, a los caldeos, a sus maestros los persas, a los indios, inventores de la teogonía. Uno puede hacer como quiera su genealogía: esas vanidades impertinentes son tan despreciables como comunes; pero ¿se atreve un pueblo a proclamarse más antiguo que los pueblos que han tenido ciudades y templos más de veinte siglos antes que él?

LXXXIV. «*Como la creación del mundo comenzaba a alejarse, Dios ha dispuesto de un historiador contemporáneo.*»

Contemporáneo: ¡ah!

LXXXV. «*Moisés era un hombre hábil, eso está claro. Luego, si hubiera tenido intención de engañar, lo hubiera hecho de suerte que nadie pudiera demostrar su engaño. Ha hecho todo lo contrario, pues si ha divulgado fábulas, no habría judío que no hubiera podido reconocer la impostura.*»

Si, si hubiera escrito en efecto sus fábulas en un desierto para dos o tres millones de hombres que hubieran tenido bibliotecas; pero si algunos levitas hubiesen escrito esas fábulas varios siglos después de Moisés, como es lo probable y verdadero... Además, ¿hay alguna nación en la que no se hayan divulgado fábulas?

LXXXVI. «*En la época en la que escribía esas cosas, la memoria de ellas debían aún ser muy reciente en el espíritu de todos los judíos.*»

¿Acaso los egipcios, sirios, caldeos e indios, no han dado siglos de vida a sus héroes, antes de que la pequeña horda judía, su imitadora, existiese sobre la tierra ?

LXXXVII. «*Es imposible afrontar todas las pruebas de la religión cristiana, reunidas en conjunto, sin experimentar su fuerza, a la que ningún hombre razonable puede resistirse.*

Considerése su implantación: que una religión tan contraria a la naturaleza se haya establecido por sí misma, tan suavemente, sin ninguna fuerza ni opresión, y, empero, tan fuertemente, que ningún tormento pudo impedir a los mártires el confesarla; y que todo esto se haya hecho no solamente sin la asistencia de ningún príncipe, sino pese a todos los príncipes de la tierra que la han combatido.»

Felizmente estuvo en los decretos de la divina Providencia que Diocleciano protegiese a nuestra santa religión durante dieciocho años antes de la persecución comenzada por Galerio, y que después Constancio el Pálido, y finalmente Constantino, la establecieran en el trono.

LXXXVIII. «*Los filósofos paganos se han elevado a veces por encima del resto de los hombres por una manera de vivir más regulada y por sentimientos que tenían alguna conformidad con los del cristianismo; pero nunca han reconocido como virtud lo que los cristianos llaman humildad.*»

Eso se llama *tapeinoma* entre los, griegos: Platón la recomienda; Epicteto, todavía más.

LXXXIX. «*Considérese esa serie maravillosa de profetas que se han sucedido unos a otros durante dos mil años, y que todos han predicho, de tantas maneras diferentes, hasta las menores circunstancias de la vida de Jesucristo, de su muerte, de su resurrección, etcétera...*»

Pero considérese también esa serie ridícula de pretendidos profetas que anuncian todos lo contrario que Jesucristo, según esos judíos, que sólo entienden la lengua de esos profetas.

XC. «*Considérese, en fin, la santidad de esta religión, su doctrina, que da razón de todo, hasta de las contrariedades que se encuentran en el hombre, y todas las otras cosas singulares, sobrenaturales y divinas, que brillan por doquiera; y que se juzgue, después de todo esto, si es posible dudar de que la religión cristiana sea la única verdadera, y si nunca alguna otra ha tenido nada que se le aproximase*.»

Lectores discretos, notad que este corifeo de los jansenistas no ha dicho en todo este libro sobre la religión cristiana más que lo que dicen los jesuitas. Lo ha dicho tan sólo con una elocuencia más apretada y vigorosa. Los port-royalistas y los ignacianos han predicado todos los mismos dogmas; todos han gritado: creed en los libros judíos dictados por Dios mismo, y detestad el judaísmo; cantad las oraciones judías, que no entendéis, y creed que el pueblo de Dios ha condenado a vuestro Dios a morir en un cadalso; creed que vuestro Dios judío, la segunda persona de Dios, co-eterno con Dios padre, ha nacido de una virgen judía, ha sido

engendrado por una tercera persona de Dios, y ha tenido, sin embargo, hermanos judíos que no eran más que hombres; creed que habiendo muerto en el suplicio más infame, por ese mismo suplicio, ha quitado de sobre la tierra todo pecado y todo mal, aunque después de él y en su nombre, la tierra se haya visto inundada de más crímenes y desdichas que nunca.

Los fanáticos de Port-Royal y los fanáticos jesuitas se han reunido para predicar estos dogmas extraños con el mismo entusiasmo; y, al mismo tiempo, se han hecho una guerra mortal. Se han anatemizado mutuamente con furor, hasta que una de esas dos facciones de poseídos ha destruido finalmente a la otra.

Recordad, lectores discretos, los tiempos mil veces más horribles de esos energúmenos, llamados papistas y calvinistas, que predicaban en el fondo los mismos dogmas, y que se persiguieron por el hierro, por la llama y el veneno, durante doscientos años, por unas cuantas palabras diferentemente interpretadas. Pensad que fue yendo a misa cuando se cometieron las matanzas de Irlanda y de la noche de San Bartolomé. que fue después de la misa y por la misa cuando se degollaron tantos inocentes, tantas madres, tantos hijos, en la cruzada contra los albigenses; que los asesinos de tantos reyes no les han asesinado más que por la misa. No os engañéis, los convulsionarios que todavía quedan harían otro tanto si tuviesen por apóstoles a las mismas cabezas ardientes que incendiaron el cerebro de Damiens.

¡Oh, Pascal! He aquí lo que han producido las querellas interminables sobre los dogmas, sobre los misterios que no podían producir más que querellas. No hay un artículo de fe que no haya engendrado una guerra civil.

Pascal ha sido geómetra y elocuente; la reunión de estos dos grandes méritos era entonces muy rara; pero no les añadía la verdadera filosofía. El autor del elogio indica con habilidad lo que yo aventuro audazmente. Ha llegado por fin el tiempo de decir la verdad.

XCI. «*Él (Epicteto) muestra de mil maneras lo que el hombre debe hacer. Quiere que sea humilde.*»

Si Epicteto ha querido que el hombre fuese humilde, no debíais decir que la humildad no ha sido recomendada más que entre nosotros.

XCII. «*El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho tantos continentes como intemperantes ha hecho el de su embriaguez. No se tiene vergüenza de no ser tan vicioso como él.*»

Habría que haber dicho de ser tan vicioso como él. Este artículo es demasiado trivial e indigno de Pascal. Está claro que si un hombre es más grande que los otros, no lo es porque sus pies están tan bajos como los demás, sino porque su cabeza está más elevada.

XCIII. «*Temo que hubiera escrito mal, viéndome condenado; pero el ejemplo de tantos escritos piadosos me hace creer lo contrario. Ya no está permitido escribir bien. Toda la Inquisición está corrompida o es*

ignorante. Es mejor obedecer a Dios que a los hombres. No temo a nada, no espero nada. Port-Royal teme, y es una mala política separarlos, pues cuando ya no se teman, se harán temer más.

La Inquisición y la Sociedad son los dos flagelos de la verdad.

El silencio es la mayor persecución. Los santos nunca se han callado. Cierto es que hace falta vocación. Pero no es por medio de decretos del Consejo por los que hay que enterarse si se es llamado, sino por la necesidad de hablar.»

En estos cuatro últimos artículos se ve al hombre de partido un poco arrebatado. Si algo puede justificar a Luis XIV por haber perseguido a los jansenistas, son seguramente estos últimos artículos.

XCIV. «*Si mis Cartas son condenadas en Roma, lo que yo condeno en ellas está condenado en el cielo.*»

¡Ay! El cielo, compuesto de estrellas y de planetas, del que nuestro globo es una parte imperceptible, nunca se ha mezclado en las querellas de Arnauld con la Sorbona y de Jansenius con Molina.